

Pinochet, Vivir matando

Julio Scherer García

A media mañana del once de septiembre de 1973, el presidente Salvador Allende habló por última vez a sus hijas, a sus colaboradores más cercanos, a sus íntimos:

Les agradezco a todos la lealtad y cooperación que siempre me han prestado, pero quiero decirles que no debe haber víctimas inútiles. La mayoría de ustedes son jóvenes, tienen mujer e hijos pequeños. Tienen un deber con ellos y con el pueblo de Chile. No es éste el último combate. Habrá muchas jornadas futuras en que serán necesarios. A las compañeras no les pido, sino les ordeno que abandonen La Moneda. A los compañeros que no tienen tareas que cumplir, o no tienen, o no saben usar armas, les pido que salgan ahora, que tienen todavía posibilidades de hacerlo. Algunos deberán contar lo que ha ocurrido. Beatriz Allende, secretaria de su padre, quiere permanecer junto a él. "Nos tomarán como rehenes para presionarte", suplica. La respuesta es inmediata, brutal: "En tal caso dejaré que las fusilen y los traidores cargarán también con la cobardía de asesinar mujeres indefensas".

Nadie quiere abandonar La Moneda. Miria Contreras, también secretaria del presidente, se oculta. Después del bombardeo aéreo se suicidaría Augusto Olivares, director de Televisión Nacional: una bala le deshace el cerebro. Joan Enrique Garcés, el asesor del doctor Allende, espera. Pero el doctor Allende lo mira, una línea a los ojos y dice, alto: "Usted debe salir... alguien tiene que contar lo que aquí ha pasado y sólo usted puede hacerlo."

El consejero se resiste. En un último recurso, el presidente invoca el consenso de los presentes, unos veinte asesores. La respuesta es unánime, acordes las voces.

Allende y Garcés se abrazan. Hay un extraño parecido entre ambos: el bigote ancho y poblado, la sensualidad del labio inferior, la frente aireada, el cabello oscuro.

Garcés toma el portafolios de los acuerdos presidenciales. Lleva en su interior la convocatoria a un plebiscito nacional y emprende la salida del salón Toesca. Avanza, revueltos los sentimientos. Inesperada, escucha la voz que tan bien conoce:

—El maletín, Juan Enrique, déjelo aquí. Lo van a registrar. Garcés asiente.

Vuelve el consejero sobre sus pasos. No ha avanzado diez metros, y otra vez lo detiene el presidente:

—¿Va usted armado?

—Sí, tengo mi pistola de protección.

—Mejor la deja usted aquí.

Afuera, los civiles eran cacheados de pies a cabeza, voraces los dedos de los militares. La portación de armas era castigada sin apelación. Ahí mismo, sobre el asfalto.

* * *

Valenciano de origen, abogado y doctor en Ciencias Políticas por la Sorbona de París, Joan Garcés ayudó a Salvador Allende en su cuarta campaña a la presidencia de Chile, en la batalla definitiva que lo llevó al triunfo en septiembre de 1970.

Se conocieron en viajes inconclusos y conversaciones sin final allá por 1968. Disfrutaron lecturas paralelas y el solaz de la pintura y la poesía; se identificaron en su

concepción de los valores republicanos, las libertades y el desarrollo de la democracia política y económica.

No debiera haber más poder que el de la sociedad, organizada democráticamente, coincidían. Los ciudadanos son los titulares del poder, deben ejercerlo y delimitarlo. Sin una sociedad que participe en el gobierno, el poder es monopolizado por minorías fuera de control democrático. Nace así la fuerza que avasalla y deshumaniza: el sol y la noche tibia como privilegio, las playas y los bosques privados, la enajenación de los recursos naturales, y el tiempo con calidades distintas, unos para disfrutarlo y muchos para padecerlo. La libertad, restringida, termina en guetos que se multiplican por el mundo.

Busqué a Garcés, clave en la doble historia, la de Salvador Allende y la de Augusto Pinochet. Su tiempo y su talento seguirían siendo para Chile, alterada su tradición democrática por la insurrección militar llevada a la sevicia.

Nos reunimos el viernes cuatro de marzo del 2000 en el número 18 de la calle Alfonso XII, en Madrid. La víspera, apoyado en maniobras pactadas en la oscuridad, Pinochet había volado de Londres a Santiago en un avión de las fuerzas armadas de su país.

Durante meses de maniobras ocultas y a pesar de que los tribunales de Londres habían concedido la extradición de Pinochet, el gobierno español aisló del caso a la Audiencia Nacional. Otro tanto ocurrió en Londres con el Alto Tribunal de Justicia. En ese lapso, médicos ingleses entregaron un diagnóstico secreto sobre la salud de Pinochet. "Demencia senil", dictaminaron. El juez Baltazar Garzón y el abogado Joan Garcés sostuvieron que un examen cuyos antecedentes habían sido ocultados a los tribunales era inaceptable.

Por disposición de Garzón, y para disipar cualquier recelo, ocho médicos eminentes, psiquiatras la mayor parte, fueron designados peritos del caso. Del Hospital Clínico de Madrid, de la Universidad Complutense, del Hospital Ramón y Cajal y de la Universidad de Salamanca, concluyeron los especialistas:

1. En el informe realizado por los peritos ingleses no se presentan ni argumentos ni evidencias que demuestren en el procesado [Augusto Pinochet] alteraciones significativas de su capacidad de coordinación, recurso, retención, comprensión y entendimiento. Tampoco se aprecia la presencia de una alteración significativa de su estado de salud mental.
2. Consideramos que el examen médico practicado en Inglaterra es limitado y parcial, faltando entre otros elementos una evaluación psiquiátrica y psicopatológica.
3. El examen neurológico no demuestra daño cortical y subcortical diferentes de los que puede presentar cualquier anciano normal de su edad. Tampoco demuestra que los supuestos trastornos motores sean atribuibles a lesión cerebral. Ni hay demostración de daño en áreas frontales, temporales, etc., susceptibles de alterar significativamente su capacidad cognitiva, motora y conducta, y mucho menos que sean atribuibles a patología vascular cerebral.
4. De la evidencia extraída de los exámenes médicos revisados se puede deducir que el Sr. Pinochet presenta un estado tanto físico como mental lo suficientemente normales como para afrontar cualquier situación incómoda,

como puede ser la comparecencia en un juicio. Todo ello sin menoscabo de que nuevos exámenes clínicos pudieran demostrar lo que hasta ahora no se ha evidenciado [...] y que en el estado actual del procesado está presente un nivel suficiente de funcionamiento mental para adaptarse a las exigencias de la vida cotidiana y al desempeño de actividades sociales, relacionales, procesales, etc., dentro de los límites adaptados a su edad.

Los médicos españoles también fueron contenidos. Llamado viejo y loco, Pinochet, acobardado, se evadió.

El estupor fue mundial. En el mismísimo Cono Sur, el presidente de Argentina negó el espacio aéreo al Boeing 707 de la Fuerza Aérea de Chile que transportaba al dictador. Sin equívocos, el doctor Fernando de la Rúa lo exhibía como malhechor internacional. En Chile, el presidente Eduardo Frei Ruiz Tagle rebajó su estatura. A la hora en que el avión de las fuerzas armadas aterrizaba en Santiago, el jefe de la nación despegaba de Cerrillos rumbo a La Serena, a cuatrocientos setenta kilómetros de la capital del país. Los medios de comunicación exhibieron la mentira gestada en Londres. Pinochet había ascendido al avión militar en silla de ruedas y horas después caminaba por su propio pie en el aeropuerto santiaguino. Su mal había sido un ardid que terminaba en bafa. El dictador emergía con un bastón en alto y la sonrisa generosa que premiaba a los miles que lo acogían exultantes.

El cuatro de marzo imaginé a un Garcés malhumorado, quizá frenético. No fue así. Me dijo, abierto a la conversación:

—Pinochet es un despojo, desgarrado el manto de impunidad, sin espacio en el mundo.

—Sus partidarios se ufanan. Dicen que pudo más que "la intriga internacional" urdida en su contra.

—¿Usted cree que ganó, perdidos todos sus recursos en los tribunales de Londres y Madrid, declarado "demente" por el gobierno británico?

—Por lo pronto está en Chile, doctor.

* * *

Desde 1973 Joan Garcés ha trabajado como ninguno para documentar el genocidio en Chile. En los cuatro compartimentos de su oficina sólo hay sillas, escritorios, libros, legajos, expedientes, teléfonos. Me recibe junto al sociólogo Marcos Roitman, dos secretarías —una embarazada— y un auxiliar. No cesan las llamadas en el estudio, en apariencia tranquilo, y el mismo Garcés las atiende. Le solicitan declaraciones y entrevistas de todo género para la radio, la televisión, la prensa. Se deja fotografiar, posa para las cámaras. A nada se niega. Responde en español, francés, inglés, italiano, catalán.

"El proceso prosigue", sonrío. "Seguirán llegando a Chile pruebas judiciales contra Pinochet y sus cómplices. La última estratagema, la silla de ruedas, rebasa el desprecio para un hombre que torturó y asesinó hasta cansarse. Llegó a decir, y con razón, que nada tenía que ver con los derechos humanos, y su primogénito Augusto puso nombre al credo de todo genocida: 'Mi padre mató alimañas'."

Entre telefonema y telefonema, pausa y pausa, pregunto al politólogo:

—¿Y el futuro, doctor?

—A Chile se le abren dos vías: la condena del genocidio o su impunidad. El desenlace marcará al país. Añade, grave:

—Me parece que la condición republicana de la nación está en juego —algo así como la vida civilizada, pienso.

—¿Su vaticinio?

—Me gustaría equivocarme, pero creo que no habrá condena en Chile si en la mano del gobierno está evitarla.

—¿Por qué?

A pesar de que Pinochet fue procesado por los tribunales de España, Francia, Bélgica y Suiza, y no obstante que se encontraba detenido por la justicia británica, paradójicamente el doctor Ricardo Lagos ha esquivado el tema central. Como candidato eludió el problema de Chile, la ruptura de la fuerza armada de Pinochet con los principios republicanos de soberanía popular y gobierno representativo. Ni un soplo en su contra. Los silencios de su campaña presidencial favorecieron a la derecha, que muy cerca estuvo de sobrepasarle en votos en enero-febrero del 2000. El mutismo de Lagos sobre el intragenocidio y el golpismo convertido en doctrina de las fuerzas armadas también estimuló a los empresarios y medios de comunicación, criaturas del dictador. Ya presidente, Lagos encaró a las fuerzas armadas y al dictador octogenario. Habló en marzo ante 400 mil chilenos hastiados del absolutismo castrense, anhelantes de un retorno a la vida constitucional.

En la fiesta que fue de la esperanza, el orador se hizo eco de la multitud que entonaba: "Juicio a Pinochet". Reiteró su lealtad a los hombres y mujeres que lo llevaron a La Moneda, su confianza en los tribunales. Evocó a Salvador Allende después de años de silencio y menosprecio. En el vuelo de su mensaje volvió a Chile la imagen del doctor presidente, volvieron sin luto las palabras que dirigió a los trabajadores llegado el momento supremo:

Sólo me cabe decirles a los trabajadores: yo no voy a renunciar. Colocado en un trance histórico pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo que tengo la certeza que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos.

Y ya al final:

Superarán otros hombres este momento gris y amargo donde la reacción pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor.

Pero el daño ya estaba hecho: la reacción, pragmática e intolerante, se había reagrupado.

* * *

El escepticismo del doctor Garcés se nutre en la historia reciente. Patricio Aylwin y Eduardo Frei Ruiz Tagle, presidentes de la década de los noventa, los llamados presidentes de la "transición democrática", combatieron a Salvador Allende, su gestión y su memoria. Aylwin y Frei Montalva fueron golpistas y Frei Ruiz Tagle se sometió entero. La oposición que negoció con Pinochet el futuro de Chile colocó a parlamentarios y al jefe de Estado bajo la vergonzosa tutela de las fuerzas armadas. En el Consejo de Seguridad Nacional, los jefes militares ostentan la mayoría. El presidente de la república es uno más. Su parecer vale tanto como el voto del comandante de carabineros.

Pinochet maniobró a su gusto, senador vitalicio, intocable, dueño de la historia. Se proclamó segundo libertador de Chile, grande como el padre de la patria, Bernardo O'Higgins. El dictador lucía en su uniforme la refulgente quinta estrella, reservada para el benemérito desde el año de 1833.

Aylwin, bajo su firma, defendió el golpe ante la Democracia Cristiana Internacional. Fue en Europa. Chile necesitaba unos años de dictadura, dijo. "Pocos, dos, tres, cinco años". En los hechos, su solidaridad con Pinochet quedaba grabada con fuego.

Y Frei Ruiz Tagle habría de soportar una pesada carga: documentos desclasificados por el Departamento de Estado revelaban que ya en 1962 el gobierno de los Estados Unidos entregaba cincuenta mil dólares al Partido Demócrata Cristiano, y a su líder, Eduardo Frei Montalva, 180 mil dólares.

"Estipendio", llama Garcés a los dólares. Estipendio: remuneración, sueldo.

Primer presidente socialista desde septiembre de 1973, inquiero ante Joan Garcés sobre Ricardo Lagos:

—Ha sido elegido con los votos de los sectores democráticos. Ojalá tenga el temple para reconstruir en Chile los valores republicanos que distinguieron al país hasta 1973. Agrega, sombrío su pensamiento:

—Aylwin y Frei fueron presidentes, *capitis* disminuidos. No tuvieron la capacidad para subordinar el mando militar a la representación de la soberanía popular.

—¿Así, doctor, *capitis diminutio*?

—Dejémoslo así. Fue fugaz e intenso mi encuentro con el general Augusto Pinochet. Me recibió la mañana del cuatro de marzo de 1974 en su improvisada oficina del edificio Diego Portales. La Moneda había quedado como un testimonio de la barbarie. Bombardeada sin resistencia desde el aire, profundos los boquetes de su mole centenaria, ennegrecida la piedra por un fuego de veinte horas, se erguía como un desecho en el centro histórico de Santiago.

Pinochet despachaba en el décimo primer piso de un salón de luz transparente, la ciudad bajo el dominio de los ojos, los Andes a lo lejos. Los sillones eran severos, amplios y oscuros, la alfombra alta. Una mesa con adornos y ceniceros se integraba al conjunto y, al fondo, pesado y rectangular, el escritorio del general se exhibía pulcro, ordenadas algunas pilas de papeles.

Fernando Léniz fue la vía que me llevó a Pinochet. Su colaborador entonces ocupó la gerencia del periódico *El Mercurio* durante el gobierno del presidente Allende. Fue la época en que emprendimos tareas comunes. La principal fue la fundación de la agencia de noticias "Latín", un esfuerzo para hacer oír algo más la voz quebrada de nuestro

continente. Viajábamos con frecuencia y nos unían los sueños. Nos apartaría la vida como es, él por su lado, yo por el mío.

Pinochet llevaba encima los lujos del poder. La línea perfecta de los pantalones gris celeste, el brillo sedoso de la guerrera blanca, el rojo de las charreteras, bordados en hilos de oro las estrellas militares y los laureles de la victoria. De arriba a abajo, impecable la soberbia militar.

Aún no tomaba forma el diálogo entre nosotros y sin advertencia alguna se puso de pie. Regresó de su escritorio con un legajo en la mano. Se trataba de editoriales y cartones de *Excélsior*, todos contrarios a la Junta Militar que Pinochet presidía.

—Vea.

Miré a Pinochet sin tomar los papeles que ponía a mi alcance.

—Aquí hay maldad, calumnia.

—No, general, un punto de vista que no pocos comparten.

—Vea —exigió.

—Conozco el trabajo de mis compañeros. Sentí su pesado rostro sobre el mío, los ojos de un azul impreciso, confundidos la acuarela y el acero.

—Estoy aquí para entrevistarle, general.

Inició un monólogo: el cáncer marxista, la patria recobrada, el heroísmo de las fuerzas armadas, la fe, la justicia, la reconstrucción nacional.

—Preparé un cuestionario.

—Allende incendiaba el país.

Otro monólogo. Los buenos y los malos, los leales y los traidores, los comunistas y los demócratas, el deber del periodismo, la verdad.

—Vine para divulgar su pensamiento.

Súbito llegó el silencio como un aliado. Pinochet accedía, ceñudo.

Desde el principio fue claro que le incomodaban las preguntas y, más aún, las repreguntas sobre la marcha. Poco a poco ascendía la temperatura en el salón de luz diáfana. El general se impacientaba.

De pronto, desde el filo de su sillón, Pinochet tomó por la fuerza las cuartillas y las retuvo. Opuse resistencia, que sabía inútil. No tenía derecho a tratarme de esa manera, protesté.

Adujo que yo no apreciaba el honor de una conversación con el presidente de la Junta Militar. En su agenda sin espacio era una deferencia insólita. Elogió a Léniz. Por él y sólo por él atendería el cuestionario. Ya me haría llegar las respuestas por escrito.

Insistí. El periodista escudriña, cumple así con su deber. Nada iguala al diálogo espontáneo, inapreciable como testimonio político y humano. Exasperado, Pinochet elevó la voz. Percibí su registro nasal. Se puso de pie, yo también.

Erguido y escultórico, horizontal el brazo derecho y extendida la mano, señaló hacia la puerta como quien señala al abismo.

* * *

Ocho días después, Fernando Léniz me entregó las respuestas del general. "Quedarás satisfecho", fue su augurio. "Te irás convenciendo, es un hombre bueno".

Antes, había ofrecido una cena en su casa. Seríamos unos veinte a la mesa, entre ellos el general Sergio Arellano Stark, comandante en jefe de la guarnición en Santiago. Las señoras vestían de largo, los señores de smoking o traje negro. Sobresalían las galas del general, los dorados de su uniforme. El servicio era de plata, las copas de cristal, iban y venían meseros de librea blanca.

El vino calentaba el ambiente y llevaba las bromas a un terreno resbaladizo. Sin embargo, nadie perdía el tono. La esposa de Fernando Léniz —hermosa en el marco de su espeso cabello negro, cercana y distante, aristocrática— marcaba los límites. En contraste, la cordialidad de Léniz disipaba sombras y suspicacias.

Amigo de Arellano Stark, había sido el puente para que yo me viera con el último canciller de la Unidad Popular, Clodomiro Almeyda. Recluido en la cárcel militar del Regimiento de Tacna, en la capital, había resistido la tortura. Fue de los desterrados de la Isla Dawson, el infierno helado de la Patagonia austral, ergástula preferida de Pinochet.

—Mañana a las diez —me recordó Arellano Stark.

—¿Seguro, general?

—Tiene mi palabra.

Con el tiempo se le conocería como "El Carnicero Stark". En el norte y en el sur, bajo su mando, "La caravana de la muerte" había asolado ciudades enteras en octubre de 1973. Su corpulencia era notable, impresionantes sus pupilas oscuras bordeadas por un amarillo sin luz.

Ya en los postres y la champaña, la atención de todos se detuvo en la sorpresiva presencia de un ayudante militar. Tieso, mantuvo ante los ojos del general una pequeña tarjeta rectangular.

—Ahora vuelvo —dijo Arellano Stark.

Regresó silencioso y extendió el silencio a la mesa. Léniz se atrevió:

—¿Alguna preocupación, general?

—Almeyda se suicidó.

Se desató un murmullo. Los cómo y los asombros se mezclaron y por ahí se filtró una voz: "Traidor al fin."

—Es una broma para el periodista —se alzó la voz de Arellano Stark—. Aflójese, compañero. Mañana a las diez.

* * *

.....

Al encuentro a medias con Augusto Pinochet y a la entrevista con Clodomiro Almeyda, en la prisión de Tacna —"el poder en Chile es hoy un vacío de infamia y muerte; estoy en condición de prisionero de guerra, se puede hacer conmigo lo que quiera"—, siguieron otros afanes. Había viajado para saber de las acometidas de la Junta Militar. Hugo Vigorena, único embajador del presidente Allende en México y el primer chileno exiliado en nuestro país, me había proporcionado una lista de personas a las que podría dirigirme en Santiago. Las busqué. Palabras vagas y miradas que no miraban fueron el resultado de encuentros que nacieron sin nacer.

El sentido común me advertía que yo mismo podía representar una pista para los secuaces de la Junta. Temía por mis posibles confidentes y también por mí. La dictadura había convertido bares y restaurantes en centros de información. Los taxis eran confesionarios abiertos. En el Hotel Carrera, frente a La Moneda, hurgaban manos de paga. Se escuchaba el murmullo inaudible de las delaciones.

Uno de esos días, uno de los hombres de mi lista me miró, inquisitivo. "¿Y por qué habría de tenerle confianza?", me preguntó, baja la voz. Desganado, sus movimientos eran los de un enfermo.

El instinto se hizo cargo de la respuesta. Me oí decir: "Confíe porque así somos los hombres. Confiamos porque hay que confiar."

En el umbral de una casa pequeña de paredes lisas, dos muchachos observaban. Esperaban sin saber que esperaban.

—A mi hija, la grande, la volvieron loca. Pregunté, sin sentido:

—¿Vive?

—Murió con una rata en la vagina. Siguió una voz, dulce:

—Entremos. Hijo, trae los papeles.

Sobre la mesa del comedor, uno de los muchachos acomodó un legajo alto. Se trataba del informe preparado por el Comité para la Paz en Chile desde el inicio de la barbarie el once de septiembre de 1973. Constaba el expediente de decenas de páginas y ocho anexos. En la cubierta anunciaban pesadas letras negras: **Torturas.**

* * *

Guiaba a Chile su ángel protector, la Junta Militar, discurrió Pinochet a lo largo de sus respuestas a mi cuestionario escrito. Afirmaba que había seguridad para todos, detenidos y procesados. Si algún reo quedaba en el abandono, casi siempre por razones económicas, aparecía la venerable figura del abogado defensor. Los juicios militares eran públicos y estrictos. La ley marcaba el tiempo de la patria. "Bajo mi palabra de soldado", el honor militar como garantía de la verdad, negó la existencia de la represión que, dijo, había sido constante y ubicua bajo el comunismo de Allende. La amenaza de la guerra civil se había desvanecido y el orden sustituía al caos. Respiraba el país, renovados los valores de la cultura cristiana, la fe en Dios.

Monocordes los periódicos, la radio y la televisión, siempre Pinochet, siempre las fuerzas armadas, siempre los comandantes, siempre la multitud que aclamaba a sus salvadores, aseguró el general que los medios de comunicación se gobernaban por sí mismos. Ésta fue su explicación: "Hay una suerte de autocensura, que cada órgano maneja según su discreción y que consiste en hacer un uso prudente de su delicada función, acorde con la situación de emergencia que vive el país."

El tema del marxismo fue ocasión para que Pinochet se mirara en la memoria del futuro. Sería padre y maestro de la nación. A ocho meses del poder sin restricciones ya se esculpía.

A raíz del golpe había declarado que aspiraba a erradicar el marxismo de la conciencia de los chilenos. ¿Era el marxismo un mal tan profundo que justificaba la violación del pensamiento íntimo?, le había preguntado. Fue rotundo:

No se trata de impedir que los chilenos conozcan intelectualmente lo que es el marxismo. Lo saben y además lo han sufrido en la vida práctica.

Conquistar lealmente las conciencias no es violar el pensamiento íntimo. Es ejercer la más noble de las funciones humanas, donde la tarea del gobernante se funde con la del padre y maestro.

Por razones humanitarias, sostuvo también, no fueron publicadas fotografías de Allende muerto, desfigurado el rostro en su sillón ensangrentado. Y por apego a la dignidad, negaba la versión de que el gobierno de los Estados Unidos hubiera intervenido en los acontecimientos del once de septiembre.

Bromeó para la posteridad: "Si no fuera humorada, tendría que rechazarla como una insolencia."

En su alegato, Pinochet desconoció su arrebato en la malograda entrevista la mañana del cuatro de marzo de 1974. Escribió a solas:

Inicialmente sostuve una entrevista con el señor periodista, durante la cual respondí en forma breve e improvisada las preguntas que él me planteara. No obstante y como la reunión se alargara más allá de lo previsto, unido a la circunstancia de que el señor periodista tenía preparado un cuestionario extenso y fundamentado, creí preferible dar respuesta escrita e integral a éste.

Por esos días de marzo, encubiertas sus intenciones, cineastas de Alemania Oriental habían llegado hasta Pinochet. Querían ganárselo para trabajar en su contra. Guardadas las formas y una distancia prudente, avivaban su vanidad. Hablaban como él, repetían sus palabras. "El pronunciamiento militar del once de septiembre había salvado a Chile del caos", decían. "De no haber intervenido las fuerzas armadas, la guerra civil habría cobrado incontables muertos. La nación encarnaba, al fin, en un patriota".

Admirador de la disciplina y el vigor alemanes, en muchas ocasiones, Pinochet había exculpado a los generales del Tercer Reich. Lucharon en los frentes de batalla y nada habían sabido de los campos de concentración y los hornos crematorios. La locura desatada de 1939 a 1945 había sido obra de las fuerzas de asalto, las SS, uniformadas de negro, brutales. De Hitler sostenía que, ante la historia, nadie había probado que estuviera al tanto del exterminio de los judíos, "la solución final".

En los preparativos de la filmación, las cámaras, las luces, Pinochet se alisaba la guerrera y tensaba su cuerpo erguido.

"No digo que yo haya triunfado totalmente sobre el marxismo —conversaba—. El marxismo es como un fantasma. Cuesta domarlo."

Medidas sus frases, sensible al peligro, Peter Helmich, camarógrafo en jefe de la firma Heynowski und Scheumann, había solicitado la autorización de Pinochet para volar sobre la zona norte del país. Descendería en la capital, Antofagasta. Auxiliado por sus reporteros y narradores, filmaría desde el aire las salitreras inmensas, océano sin litoral, y ya en tierra captaría la vida recia de los habitantes de la región. Mostraría en las pantallas de Europa el espíritu levantado de los trabajadores, fieles a sí mismos, fieles a sus familias, fieles a la Junta Militar, fieles a Chile, fieles a la cultura occidental.

De obtener el permiso, se decidió Helmich ante Pinochet, filmaría también el campo para delincuentes de la Unidad Popular, marxistas y traidores todos ellos.

El general ordenó a su edecán que preparara dos cartas con el sello de las fuerzas armadas y el nombre del presidente de la Honorable Junta Militar. La primera autorizaba el viaje; la segunda ordenaba al comandante de la zona que guiara a los periodistas. Ambas las firmaría ahí mismo. No obstante, el dictador se protegía. Supremo en Chile, prohibía la visita a los detenidos.

La voz de Robert Michel narra la historia inverosímil:

En una carpeta de plástico transparente, dorso contra dorso, ajustamos las cartas. Al frente colocamos el visto bueno para volar y, en el envés, el documento clave. De esta suerte, el destinatario de los documentos habría de dar vuelta a la carpeta para enterarse de la orden perentoria: "Sin visita a detenidos".

En Antofagasta entregamos los documentos al general Joaquín Lagos, comandante de la provincia remota. Lagos se detuvo en el sello de las fuerzas armadas, observó la firma de Pinochet y se dio por satisfecho: "A sus órdenes, señores".

Camino a las barracas, informaba: "La mayoría de los detenidos estará aquí mientras se instruyen los sumarios respectivos. Pero hay un grupo que, por su peligrosidad y a pesar de no tener cargos en contra, permanecerá en Chacabuco hasta que comprenda que su camino estaba errado".

La luz del sol descendía blanca y el salitre reverberaba. Hilos de sudor se desprendían del rostro de los soldados y los cineastas. Continuaba: "El desierto de Atacama que rodea Chacabuco es conocido como el más seco del mundo. Días calcinantes y noches glaciales marcan el paso del tiempo."

Flacos, entrecerrados los ojos, apretados los labios para evitar el paso de la brasa a la intimidad del cuerpo, desfilan en la pantalla los primeros detenidos. Micrófono en mano, los cineastas registran la tersa brutalidad de los interrogatorios:

—¿Su nombre? —pregunta el general Lagos.

—Mario Uriza.

—¿De dónde es usted?

—Soy de Santiago. También soy estudiante de la Universidad Técnica del Estado.

—¿Era militante de algún partido político?

—No.

—¿Y por qué está aquí?

—No está claro cuál es mi acusación en concreto. Está por clarificarse.

—¿Nombre?

—Luis Enrique Álvarez.

—¿Era militante de algún partido político?

—Sí.

—¿De qué partido?

—Comunista.

—¿Está esperando proceso?

—Yo estaba trabajando y de ahí se me trajo acá. No sé qué proceso se me va a hacer.

—Guajardo González.
—¿Era militante de algún partido político?
—Simpatizante del Partido Socialista.
—¿Está esperando proceso?
—No llega.

—Orlando Barrientes.
—¿Era militante de algún partido?
—Del Mapu Obrero Campesino.
—¿Y desde cuándo está prisionero?
—Veintidós de septiembre.
—¿Está esperando proceso?
—No tengo acusación. No sé si espero proceso.

—Doctor Danilo Bartulín Fovich.
—¿De dónde es?
—Yo trabajaba en La Moneda.
—¿Es usted médico?
—Médico.
—¿Y por qué está aquí?
—Me llamaron por bando militar el doce de septiembre.
—¿Y desde entonces lo trajeron aquí?
—Primero Estadio Chile, luego Estadio Nacional, Chacabuco.
—¿Cuánto tiempo cree que estará aquí todavía?
—No sé.
—¿Qué hace?
—Estoy a cargo de la atención médica del campo, del policlínico que tenemos.
—¿Hay muchos enfermos?
—Atendemos a la población, ochocientos cincuenta habitantes. Hay un promedio de treinta y cuarenta enfermos diarios.
—¿Enfermedades graves?
—Neurosis, trastornos psíquicos.
—¿Cómo se manifiestan?
—Insomnio, angustia, temblor.

El sorpresivo interrogatorio a Bartulín despertaría al campo. En unos minutos, soldados y reos se aproximaron a los actores. Intervino el general Lagos. En la pantalla aparece de frente y se le ve confundido. Los periodistas grabaron:

Tengo declaraciones de los familiares de los detenidos. Después de la propaganda tan tergiversada que se está haciendo en el exterior, han vuelto reconfortados al ver a su gente en perfectas condiciones. Los han visto tranquilos e incluso hasta rebosantes de salud tanto física como espiritual, que es lo más importante.

Bartulín me contaría: Algunos domingos, sacerdotes enviados por la Junta Militar celebraban misa y entre cánticos y aromas a incienso ofrecían la comunión. Al frente de una mesa adornada con veladoras y flores de papel, prevenían a los presos contra los males de la concupiscencia. Hablaban del pecado de la carne y el infierno, la abstinencia sexual, la pureza. Remataban el oficio con la bendición, el brazo derecho al cielo, horizontal al mundo, unidos el cielo y la tierra, el Salvador y su criatura.

"Id con Dios", despedían a los presos, generosos los sacerdotes en el hielo del amor abstracto.

Después volaron los cineastas a Pisagua, campo distante. El cuadro era el mismo de Chacabuco: las alambradas y los puñales de acero en las alturas, las ametralladoras de la torre orientadas a los cuatro puntos cardinales, la guardia terrestre, incesante, traumática, las barracas sin ventanucos, ardientes y gélidos los días. Hacia el horizonte, la nada y el absoluto se confundían en la mente.

Pisagua tenía su historia. Hacia 1950 todavía se le llamaba "Villa Maldita", la crueldad como rutina.

A los obreros mal vistos, sus capataces los acostaban sobre pesados cilindros de acero, separados entre sí unos treinta centímetros. Colgantes las caderas en el espacio vacío, caída la cabeza hacia atrás, sujetas las manos a la espalda y atados los tobillos a un palo grueso, ahí quedaban los reacios.

De su paso por la villa, algunos sobrevivientes dejaron vestigio del martirio: cruces anónimas cubiertas por pintura aislante.

A la entrada de Pisagua, los cineastas filmaron el entorno del campo y un letrero que informaba: **Prisioneros de guerra.**

* * *

Junto con catorce *hawker hunter*, malévolas y veloces aves picudas, el general Gustavo Leigh Guzmán, comandante de la fuerza aérea, emprendió su solitaria batalla el once de septiembre. Sin enemigo arriba ni abajo, dejó caer cohetes y metralla sobre La Moneda y la residencia de la familia Allende en la calle de Tomás Moro. Cada avión cargaba dos lanzacohetes de cuarenta y sesenta centímetros de diámetro y cuatro cañones con una cadencia de tiro de cinco mil seiscientos proyectiles por minuto.

De la hazaña quedaría para siempre la belleza fúnebre del humo negro y las llamas anaranjadas que envolvieron el monumento de Chile.

Rodeado de periodistas, el comandante rechazó su petición para que pudieran entrevistarse con los pilotos de guerra.

Razonó: "Quiero mantener su anonimato por razones obvias. Yo no quiero que aparezcan los pilotos en la televisión, porque habría gente que pudiera hacer cargos."

Un reportero inquirió sobre su hijo, Gustavo Leigh Yates, del grupo siete, la unidad de combate del once. El comandante respondió que su identidad quedaría oculta.

El reportero insistió. Cortó Leigh: "Razones de seguridad." Esperó alguna otra pregunta, que no se produjo. Sonrió entonces. Sonrió a las cámaras, sonrió al país.

Altivo en su uniforme verde olivo, apenas inclinada la gorra rematada en el centro por una estrella, cantó la gloria militar: "Yo siempre he estado orgulloso de mi fuerza aérea,

no solamente el día de hoy. Pero el día de hoy, debo decir, los pilotos coronaron mis aspiraciones."

Siguió: "Gana una batalla, y eso lo saben los alemanes tan bien como yo, el que actúa de la manera más drástica durante los primeros momentos. Así que nosotros tuvimos que actuar en un solo día, drásticamente, para derrocar al sistema marxista de la Unidad Popular".

Ya no abandonaría la sonrisa el comandante. Los periodistas grabaron: "Para mí los aviadores alemanes fueron ejemplares durante la Segunda Guerra Mundial. No tengo en estos momentos más nombre que el de Galan o Galán. No sé como se pronuncia, pero conservo un libro con la historia de los ases de la guerra, en especial los de Alemania, los más numerosos."

Se explayó. Transmitía placer: "En los *hobbies* también estoy con los alemanes. Mi principal es la música: Beethoven, Mozart..."

La entrevista fue censurada, pero no extraviada. La conserva la Fundación Salvador Allende.

* * *

Augusto Pinochet y Gustavo Leigh comulgaban en el mismo altar. Pensaban que la democracia era para el pueblo y asunto de los militares el destino de la patria. No fueron amigos, pero Allende los unió. De ser necesario, llevarían al traidor a la muerte.

Personajes anónimos grabaron las voces de los comandantes y algunos de sus auxiliares el once de septiembre. La historia necesita tiempo para su purificación. El 23 de noviembre de 1983, la revista *Análisis* difundió el documento insólito.

No ofrece duda la voz de Pinochet. Tampoco la de Leigh. A cambio de la capitulación ofrecían al presidente Allende un avión para que abandonara el país con su esposa, sus hijas, el pequeño grupo de íntimos "y los gallos que quisieran acompañarlo". Un DC 6 esperaba en la estación militar de Cerrillos.

Se escuchan claras las palabras del general Augusto Pinochet y del almirante Patricio Carvajal, jefe del Estado Mayor de las fuerzas armadas. Desde sus puestos de mando, Pinochet en la Central de Comunicaciones de Peñalolén, en la zona oriente de Santiago, y Carvajal en el Ministerio de Defensa, a unos metros de La Moneda, mantenían fluido contacto radiotelefónico:

Carvajal: La idea no es parlamentar, sino tomarlos presos inmediatamente.

Pinochet: Conforme, Patricio. Hay que tener listo el avión en Cerrillos. La gente llega, la toman, arriba al avión y parten.

C: La idea sería dejarlos presos por el momento, después se verá. Pero por el momento la idea es tomarlos presos.

P: La idea mía es que estos caballeros se toman y se mandan por avión a cualquier parte e incluso por el camino los van tirando abajo.

Avanzaba la mañana, cercano el ultimátum para que Salvador Allende se entregara:

C: El comandante Badiola [hasta horas antes edecán del presidente Allende] está en contacto con La Moneda. Le va a transmitir un último ofrecimiento de rendición. Pero acaban de informar que habría intención de parlamentar.

P: Rendición incondicional, nada de parlamentar. Rendición incondicional.

C: Muy bien, conforme. Rendición incondicional en que se le toma preso, ofreciéndole nada más respetar su vida, digamos.

P: La vida y su integridad física y enseguida se le va a despachar a otra parte.

C: Conforme. O sea, que se mantiene el ofrecimiento de sacarlo del país.

P: Se mantiene el ofrecimiento de sacarlo del país. Y el avión, viejo, se cae cuando vaya volando. [En momento alguno se le ocurrió a Pinochet que Allende cerraría su vida en un segundo aterrador.]

C: El edecán naval me dice que anda con un fusil ametralladora con treinta tiros y que el último tiro se lo va a disparar en la cabeza.

P: Ese huevón no se dispara ni en las...

10:57. Faltaban tres minutos para la orden definitiva, el bombardeo. Los objetivos principales habían sido ratificados: La Moneda y la casa de Allende.

Apremiante el tiempo, el Ministerio de la Defensa informó al jefe de la fuerza aérea: "En estos momentos parte del Ministerio un *jeep* a La Moneda para retirar seis mujeres".

Leigh se yergue: "Déjense, déjense de labores dilatorias y de mujeres y de *jeep*. Yo voy a atacar de inmediato".

A continuación, seguro, comunicó su decisión a Pinochet. La tensa pausa apenas duró segundos: "Que esperen un momento los aviones de La Moneda, porque van a salir las mujeres". Poco después, el general Díaz Estrada, de la Fuerza Aérea, informa a Pinochet: "La Moneda está libre".²⁶

* * *

Temprana la mañana del día once, Allende se comunicó con su esposa, Hortensia Bussi y con la esposa de José Tohá, Victoria Morales. Se llamaban hermanas, se decían familia. A la Tencha y a la Moy, así conocidas, el presidente les había pedido calma y que por motivo alguno salieran a la calle. "Lo escuché tranquilo", recuerda la Moy.

Ese martes las señoras se mantuvieron cerca del teléfono, en comunicación incesante. La esperanza y la zozobra disputaban su mundo privado. Pensaban que podría repetirse la revuelta del 29 de junio, sólo estrepitosa, pero sentían que los sucesos serían diferentes en esta ocasión. Se tenía noticia de que los bombarderos del general Leigh volaban ya sobre Santiago.

Rechazada la capitulación que la Junta Militar exigía al presidente Allende, principió la guerra de un solo lado. La furia cobró su propio impulso. En Tomás Moro, un estruendo aturdió a la Tencha. Al bombazo siguió una descarga de metralla. La casa trepidaba. De las paredes se desprendieron los cuadros y cayeron pedazos de los vitrales que daban al jardín y a la piscina. Impotente, sola, se tendió bajo la mesa del comedor, la cabeza inmóvil sobre los brazos cruzados.

Arreciaba el fuego. La destrucción hacía inevitable la visión de la muerte. La Tencha buscó a su chofer y huyó de la locura. Encontró refugio con Felipe Herrera, amigo de toda la vida.

Cuenta la Moy:

Felipe Herrera vivía a unas quince cuadras, pero yo no tenía manera de acompañar a la Tencha. El toque de queda nos aislaba. Después de las cuatro de la tarde el terror vaciaba las calles. Los soldados tiraban a matar.

Ya tarde me llamó la Tencha, dramáticamente serena. Hablaba sin sobresaltos, apenas disminuida la voz. Al día siguiente viajaría a Valparaíso para sepultar al presidente. Los generales habían decidido por ella. El funeral sería breve, sin manifestaciones políticas. Así se le había advertido. Inhumaría a un hombre de infeliz memoria para la nación. Sólo eso.

Temprano, el miércoles nos comunicamos de nuevo. La Tencha preguntaba por Isabel y la Tati, pero nadie sabía de sus hijas. Tampoco de Laura Allende, la hermana de Salvador, advertida por el cáncer de su fin cercano. Le propuse a la viuda, mi hermana de todos los días, acompañarla a Valparaíso, pero me dijo que no. "Mira, tú con tus amigos militares tienes que encontrar la manera de entrar a Tomás Moro. Estoy con lo puesto, sin una muda."

Necesitaba su ropa, sus medicinas, débil de salud desde niña. Quería la pulsera de oro con las medallas conmemorativas que su marido le había ido regalando: ministro, senador, diputado, presidente. También me pidió los ciento cincuenta dólares que guardaba en el *secreter* de su pieza de vestir y su bolsa, abandonada. Comprendí su comentario amargo: "tus amigos militares". José había sido dos años y medio ministro de la Defensa. Los conocíamos, los habíamos tratado.

Sigue la Moy:

El mismo miércoles hablé con el general Nicanor Díaz Estrada, jefe del Estado Mayor de la Defensa. No habría problemas. La visita sería inmediata, no faltaba más. A su certeza siguió un tiempo perdido. El jueves me informó Díaz Estrada que ya había localizado al general Oscar Bonilla, ministro del Interior. Pasó otro día. El viernes, todo resuelto, hombres del ministerio pasarían a mi casa.

En tres automóviles viejos llegaron los militares. Vestían para la guerra: las botas cafés a media pierna y las suelas con estoperoles sonoros. También me llamaron la atención los uniformes, diseñados para el combate en la jungla: sobre un fondo color lodo, combinaban los verdes con los amarillos, los ocre y los cafés. Pasadas las cuatro de la tarde, desierta la ciudad, en unos minutos llegamos a Tomás Moro.

—Señora —me dijo un oficial, custodio de la casa—, yo a usted no la puedo dejar pasar.

—Lo siento. Vengo con una orden escrita del general Díaz Estrada y usted me va a dejar pasar.

—Así será, pero usted no entra.

Intervino uno de los hombres de Díaz Estrada:

- La señora entra.
- La señora no debe entrar.
- Órdenes son órdenes.
- Le digo que la señora no debe entrar.
- ¡Abra la puerta!

De los rosales en flor que flanqueaban el camino de herradura que conducía a la entrada y salida de la residencia, no quedaban ni vestigios. Vi basura por todos lados, arbustos desencajados, raíces al descubierto, ramas secas con hojas verdes, montículos, agujeros. Sentí un hedor.

En el acceso a la residencia, hermosas piezas de talavera habían terminado en añicos. Una colección de barro precolombinos, los guacos, también habían perecido. Salvador los mostraba con orgullo, "vivo el ritmo musical en las manos sedosas de los artistas", como le oí decir alguna vez. .

Sobre la mesa del comedor se encontraba la bolsa de piel de cocodrilo que tanto me había encargado la Tencha, regalo de la esposa del presidente de Argentina, general Alejandro Lanusse. Tomé la bolsa. La supe vacía.

De un cuadro de Roberto Matta, por ahí tirado, más o menos de uno veinte por noventa centímetros, poco quedaba, rasgado el lienzo. Admiraba la obra y la conocía bien. Bajo un fondo negro se adivinaban las formas borrosas de unos tanques. Puntos rojos, allá lejos, despertaban en mí sentimientos contradictorios.

Por la escalera rumbo a las habitaciones de la Tencha habían rodado brazos, piernas, bustos y máscaras de armaduras antiguas, de tamaño natural. Ascendía a trancos. Algunos peldaños de la escalera habían sido arrancados de cuajo.

La esposa del presidente tenía para sí dos recámaras, un baño y un cuarto de vestir. Entré al cuarto. Del *secreter* habían quebrado las patas y destruido las gavetas. El guardarropa mostraba la inutilidad de los ganchos desnudos. Algunas prendas se habían librado del saqueo. Para nada. Sobre la alfombra no había una falda que combinara con una blusa ni dos zapatos iguales. De las valijas que recorrieron buena parte del mundo en manos de la Tencha, no existía ni huella. Busqué las medicinas. Había frascos sin tapa, pastillas en el suelo, ampollitas quebradas. De la recámara principal me queda el organismo descompuesto, la náusea.

Una bomba había abierto un boquete en el techo, atravesado la cama y explotado en el salón principal de la planta baja.

Prosigue la Moy:

En la Navidad de 1972, a menos de un año del golpe, el Grupo de Amigos Personales (GAP) hizo a Salvador Allende un regalo deslumbrante: jugador empedernido, habían hecho llegar a su casa un ajedrez gigantesco. Las piezas de madera, proporcionadas a un hombre de unos ochenta centímetros de estatura, habían sido talladas con paciencia y arte: los caballos eran caballos, los alfiles, alfiles y la reina y el rey, monarcas. De las figuras seleccionadas por

Allende, para mostrarlas y presumirlas, no quedaron la almena de una torre ni el cuello corto y estilizado de un peón.

Por la biblioteca, el espacio íntimo de la residencia, caminé entre libros destrozados y las páginas arrancadas a miles de volúmenes. Pisaba mullido como en un bosque en otoño. Del salón contiguo habían desaparecido las fotografías de Salvador, la Tencha, Isabel, la Tati, los amigos, los amores de la familia. Lisas las paredes, mostraban los manchones del tiempo.

No hallé rastro de las colecciones de marfil, las lacas y las flores duras, obsequio de los gobiernos de China, la Unión Soviética y Corea. Busqué el Cristo con incrustaciones de nácar que la madre de Salvador había heredado a su hijo. Lo encontré en un sitio alto, fuera de su lugar los dos años y medio de Allende en el poder. Respondí al impulso de llevármelo para la Tencha. "Señora, por favor", fue la respuesta burlona del oficial que me seguía y miraba.

Continué por un pasillo y llegué a la habitación del presidente. Sobre la cama, suelto el cinturón, semidesnudo, puestas las botas de guerra con sus puntas de acero, babeante, un soldado roncaba su cruda. Al lado, a medio llenar, se le había ido de las manos una botella de Chivas Regal.

* * *

Victoria Morales viuda de Tohá llegó a su exilio mexicano ocho meses después del golpe militar en Chile. De falda negra y blusa oscura, llevaba de las manos a Carolina y a José, sus hijos de ocho y cinco años.

Rubia de piel transparente y grandes ojos pasmados, avanzaba por los pasillos del aeropuerto al paso semilento de un par de guardias de seguridad. Inerte el cuerpo joven, me pareció que respiraba sin vivir.

—Moy —la llamé en voz alta. Siguió de frente.

—Moy —ya cerca de ella.

Nos habíamos conocido en Santiago. Recordaba a José Tohá, uno de los tres vicepresidentes de la Unidad Popular, delgado y musculoso, de bigote y barba en punta, los pómulos salidos, erguido, muy alto. Sugería al Quijote, la mirada hirviente.

Quise abrazarla, se dejó abrazar y me pidió que nos apartáramos de los turistas que se internaban en el país. Indicó a los niños que se acomodaran en el suelo, que tuvieran paciencia y en un rincón me contó de su marido, de ella, de Augusto Pinochet, de la tragedia vivida. Su voz transmitía un estado de estupor y vivacidad.

Confinado en la Isla Dawson junto con personajes leales a Salvador Allende, la nieve y las ventiscas quebraron la salud de Tohá. Fue trasladado de urgencia al hospital más cercano, en Punta Arenas y de ahí a un hospital militar en la capital del país. Asediado por psiquiatras que hurgaban en su depresión y juzgado por coroneles que entrenaban perros para las fuerzas armadas, las acusaciones caían: ladrón, asesino, traidor. El golpe final sobre el moribundo descendió como una acusación más.

La viuda leyó el expediente que le entregó el fiscal, coronel Andrés Oteiza. Concluía que Tohá se había ahorcado. Ahí estaban las pruebas, las manchas rojas y los verdugones en la base del cráneo. De 1.95 de estatura, el líder socialista expiró abajo de los cincuenta kilos.

* * *

Victoria Morales había luchado por su marido de cara a Pinochet. En el edificio Diego Portales, que alojó a la UNCTAD y a los mandatarios de América Latina en marzo de 1972, el dieciocho de marzo de 1974 vio al jefe militar por última vez. Al entrar a la oficina observó sobre una mesa las gafas negras, que el once de septiembre se había ajustado el hombre que tenía enfrente. Apretados los labios en una línea y encarcelados los ojos, la luz de ese rostro se había extinguido.

"Su aspecto era amable. Me dijo: 'Señora ¿qué se le ofrece?' Perdóneme, le contesté, no vengo a hablar con el presidente de la Junta de Gobierno, vengo a hablar con Augusto Pinochet, a quien conozco desde hace tiempo".

Y sin detenerse:

Vengo a pedirte que me devuelvas a mi marido inmediatamente. Quiero que me lo devuelvas porque está mal, porque ha habido problemas, porque ha sido sacado de su recinto hospitalario sin autorización médica. Cualquier cosa que le pase en este momento puede ser gravísima. Necesito verlo, necesito estar con él. Quiero que me lo devuelvas.

Me dijo: "No me puedes pedir esto. Esto no lo puedo hacer yo. Seguramente la FACH (Fuerza Aérea de Chile) tendrá algún cargo contra tu marido. Tú tienes que agradecerme, Moy, que me hayas pedido audiencia y en menos de doce horas te haya sido concedida. Tienes que pensar en la cantidad de gente que me ha esperado durante meses para que yo la recibiera".

Lo miré con extrañeza. Tú nunca tuviste que pedir audiencia para llegar a mi casa. Llegaste y fuiste bien recibido. Fuimos amigos con ustedes, los sentimos nuestros amigos.

Se paseaba de un lado a otro del salón. "Yo no me comprometo a nada", me decía. "Sí, Tohá fue amable conmigo, tú también". Entremedio gritaba. Decía cosas como que la Tencha iba a ser declarada apátrida. Tomaba agua y gritaba muy fuerte. ¿Por qué gritas tanto? Hace ya mucho tiempo que no te puedo oír ni en la tele, gritas demasiado. Me contestó: "Eres igual a mi mujer. Me dice que grito el día entero. Pero yo ya soy viejo y sigo gritando, no puedo cambiar". Le dije: hace seis meses eras igualmente viejo que ahora, pero eras un viejo simpático, ahora eres un viejo gritón. Me miró y me sonrió. Me recordó un poco al antiguo general Pinochet.

Pasaban los minutos y yo insistía en explicarle la situación de José. "Si hago algo —me dijo— lo voy a hacer por ese niño chico que merece un padre". Le contesté: De ese niño chico me encargo yo, que soy su madre. Si tú haces algo será porque reconoces que José es un ser maravilloso, el ser humano a quien tanto conociste. Si haces algo será porque le tienes respeto. Pinochet seguía paseándose y seguía hablando. "No puedo hacer nada, no me comprometo a nada". Como no avanzáramos, le dije que me iba. Me contestó: "Mira, lo único que puedo hacer es apurar el proceso. Voy a hablar con el fiscal para que tengas facilidades y puedas ver a tu marido."

De la relación entre la familia Tohá y la familia Pinochet no había duda. En varias ocasiones, el niño Tohá recibió del general regalos soberbios: cajas con soldados de plomo. Y el diez de julio de 1973, dos meses un día antes del golpe, el matrimonio Pinochet envió al matrimonio Tohá una carta con una inscripción del puño y letra del general. En el margen superior izquierdo, una bandera de tres estrellas embellecía el presente. Quedó escrito:

Lucía y Augusto Pinochet Ugarte, general de división, saluda atentamente a los distinguidos amigos don José Tohá G. y señora Victoria E. Morales de Tohá y en forma muy sentida les agradecen el noble gesto de amistad que tuvieron al despedirse de su gestión ministerial.

Lucía y Augusto le expresan el sentido afecto que ellos tienen por el matrimonio Tohá Morales y les piden que los sigan considerando sus amigos.

Esperamos que al regreso de Lucía tengamos la suerte de compartir con la grata compañía de ustedes. Mientras tanto, reciban el saludo y el afecto de siempre. Santiago, 10 de julio de 1973.

* * *

A quince días del golpe, maduro el huevo de la serpiente, a punto de nacer el reptil, el presidente Allende modificó su gabinete. Nombró ministro de la Defensa a Orlando Letelier. Cuatro días antes había designado comandante en jefe del ejército a Augusto Pinochet, hasta entonces una personalidad bien distinta.

Isabel Margarita, la mujer de Letelier, escultora de ojos verdes hipnotizados por la forma de los seres y las cosas, evoca aquel tiempo:

Recuerdo al general Pinochet. Se me acercó con los brazos extendidos y me dio un beso en cada mejilla. Muy zalamero, muy adulator, me dijo: "Señora, quiero felicitarla por el nombramiento de su esposo. También quiero decirle cuan afortunados somos los militares al tener señoras de ministros de la Defensa tan encantadoras, tan agradables".

Orlando comentó ese día que Pinochet lo había llevado a pensar en el hombrecito de las peluquerías. Con una escobilla en la mano sacudía el traje de los clientes y no los dejaba ir hasta que le hubieran dado una propina. Orlando lo dibujó: "quería ponerme el abrigo y cargarme el portadocumentos".

Sueltos los cabellos negros, desganado el cuerpo, me pareció que la voz de Margarita Letelier llegaba de muy lejos:

A primera hora del once, Salvador llamó a Orlando para informarle de movimiento de tropas en Valparaíso. Le pidió que se comunicara con los comandantes en jefe, el general Pinochet, el general Leigh y el almirante Montero. Poco después llamó de nuevo. Salía para La Moneda, le dijo a Orlando.

—Yo también voy a La Moneda, presidente.

—No, Orlando. Yo prefiero que el ministro de la Defensa vaya al Ministerio de la Defensa.

A mediodía estallaban las bombas sobre La Moneda, el presidente adentro, amarrado a su muerte. La tragedia se extendía por el país y yo iba y venía sin saber de Orlando. El Ministerio de la Defensa había asignado a nuestra casa un cocinero, un mayordomo y un chofer. Yo quería estar sola. Retírense, les dije. No, señora, me respondió uno de ellos. Repetí la orden. Se rehusaron. Sin un gesto, el mayordomo volvió indiferente a la limpieza inútil de los muebles y el cocinero se retiró a la cocina. Sazonaba mermelada de naranja.

Ese día, a las siete, besé por última vez a mi marido como hombre libre. Vendrían la tortura, el destierro y el asesinato.

A esa hora, las siete en punto, como siempre, se había presentado su chofer:

—¿Y su compañero? —le preguntó mi marido.

—Disculpe, ministro. Tuvo problemas familiares. Su esposa está por dar a luz.

Al cruzar el edificio de la Defensa, me contaría Orlando mucho después, sintió fuego en el hombro. Su guardaespaldas le había dejado ir un culatazo y lo encañonaba.

El guardaespaldas se llama Daniel Gilbeet. Sería edecán de Pinochet y miembro del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas. Historias vividas narran su demencia: desde un helicóptero arrojaba al mar los cuerpos desgarrados de sus víctimas. Armado de un garfio, les abría el vientre para que no flotaran en el agua.

* * *

.....

A juicio del doctor Joan Garcés, la Junta Militar intentó la destrucción psicológica y física de José Tohá. Que de Tohá nada quedara. Otro tanto pretendió con Orlando Letelier. Primero lo privó de la libertad, luego lo torturó en un campo helado, más tarde prohibió la difusión de sus palabras y escritos. Insatisfecha la Junta, canceló la nacionalidad del excanciller, apátrida. Finalmente lo liquidó en la avenida Massachusetts, de Washington.

—¿Por qué esa carga de odio, doctor?

Garcés se instala en el punto central de la tragedia, 1973:

Chile vivía la confrontación de dos proyectos políticos, colectivos, nacionales. Uno, animado por el presidente Allende, era un proyecto de desarrollo de la personalidad histórica del país, la recuperación democrática de sus recursos naturales y el estímulo a la solidaridad latinoamericana. Todavía en aquella época, el principio de los setenta, la práctica democrática en Chile era de las más desarrolladas del mundo y, desde la perspectiva de la geografía hispana, quizá la más avanzada. El Parlamento sesionaba sin interrupción desde la independencia en 1818, el respeto a la ley era una constante y en siglo y medio los

legisladores habían redactado sólo dos constituciones. La historia institucional de la nación podía compararse a la trayectoria de la Escandinavia europea, la propia de Inglaterra o los Estados Unidos.

El proyecto antagónico, alentado por la derecha, se propuso demoler la democracia representativa, anular a los ciudadanos como dueños del destino nacional. Planeaba un país de oligarcas, el poder centralizado, abolir el sufragio universal. El mundo latinoamericano era distante, ajeno. El exterminio físico de los republicanos precedía a la libertad, le daba sentido. La nación se miraría en el espejo de una fuerza armada fuera de todo control democrático.

La Moneda en llamas, la derecha no perdió tiempo. Al frente de la Junta Militar, montada el once, clausuró el Parlamento, destruyó los registros electorales, suprimió los partidos políticos, los sindicatos, las organizaciones civiles del orden que fuera. Militarizó las universidades y disolvió los colegios de profesionales. No quedó uno. Ni la Pontificia Universidad Católica pudo salvarse. Le impusieron un rector militar.

Al par de la destrucción de las instituciones, inició el exterminio de los líderes políticos y civiles partidarios de la forma representativa de gobierno. No quedaría un dirigente comunista, un socialista, un simpatizante de la Unidad Popular, un republicano demócrata. La tortura fue elevada a método de gobierno y los detenidos fueron llevados a los estadios, a los campos de concentración, al Estadio Nacional, al Estadio Chile, a las salitreras, a las islas de la costa. Los cuarteles fueron habilitados como centros de tortura.

Se fue sabiendo. El sexo brutal con perros amaestrados, el alto voltaje en las partes más sensibles del cuerpo, los latigazos con alambre de púas, el descuartizamiento de los cuerpos, el martirio psicológico. Y nimiedades como la de Carlos Zúñiga Lebert, líder sindical de la provincia de O'Higgins:

"La primera comida que los militares nos dieron fue un pocilio de lentejas con excrementos humanos. Se reían, nos preguntaban si estaban buenas y nos obligaban a comer a punta de culata o apuntándonos en la cabeza. No recuerdo siquiera si fue una gran prueba. Desfallecía". ("¡No habrá olvido!": Ximena Ortúzar).

No hay pasado en el presente de Garcés. Narra el politólogo:

Recuerdo al comandante Pacheco. Era jefe de la base de helicópteros en la provincia de Temuco, zona mapuche al sur de Chile. Allá habíamos llegado el mes de febrero del 73. El presidente Allende se encontraba de gira, las elecciones parlamentarias eran el cuatro de marzo. Yo era parte de la comitiva y me alojé en la base aérea, donde conocí al comandante. Fue simpático, cordial. Había estudiado en Italia, hablamos en italiano y nos contamos anécdotas de Europa. Me invitó a volar por los alrededores de Térmico. Se comportaba como una persona civilizada.

Nueve meses después ese comandante Pacheco colgaba de su helicóptero a dirigentes sindicales y los tallaba contra las copas de los árboles. Poco a poco los destrozaba. Caían los pedazos, los jirones.

Le pregunté a Joan Garcés por las fuerzas armadas:

Financiada por la CÍA (los documentos del gobierno y del Congreso de EEUU así lo reconocen), la derecha chilena organizó un paro centrado en los propietarios de camiones. La paralización del transporte buscaba desestabilizar el sistema económico. Chile no disponía de un ferrocarril capaz de asegurar el aprovisionamiento de mercancías.

Era octubre de 1972 y por esos días fui invitado por un centro universitario de Alemania Federal a participar en un simposium. No debía declinar la invitación, me indicó el doctor Allende. Hice escala en París y llamé al embajador, Pablo Neruda. Me recibió en su despacho. Lo acompañaba el escritor Jorge Edwards, que se mantuvo en silencio.

Hablamos sobre la insurrección de la derecha y yo transmití la información que me permitía la posición que ocupaba. El ejército cumplía las órdenes del gobierno y mantenía las carreteras libres para el transporte. Los carabineros prevenían los disturbios callejeros.

Me interrumpió Neruda. "No hace falta que nos dé más detalles. Los militares chilenos son constitucionalistas. Lo sabemos todos".

—¿Y Pinochet, doctor?

El mes de junio de 1971, un atentado costó la vida a un eminente demócrata cristiano, el exministro del Interior, Edmundo Pérez Zujovic. Nunca antes había ocurrido un hecho semejante y habla de siglo y medio de historia republicana. La conmoción fue nacional y amenazaba ir más allá del duelo.

Pinochet era comandante de la guarnición de Santiago y el crimen había ocurrido en la capital del país. Habló con el presidente y le dijo espontáneamente: "Presidente: aquí al primer coronel que se mueva yo mismo le pego un tiro".

—¿Pinochet era leal? —pregunté al doctor Garcés.

—Todos pensaban que sí, los propios militares, en primer lugar.

—¿Qué pasó?

—Fue el último que se unió a la sedición, después de Leigh.

—¿Y luego?

—Sus crímenes son de notoriedad pública. Traicionó como nadie.

—Traidor de última hora. ¿Por qué, doctor?

—Hasta el nueve de septiembre de 1973 Pinochet hizo esfuerzos para identificarse con la personalidad institucional del ejército. Se alineaba con los generales constitucionalistas.

(Lo veo como me lo han descrito: parecía llevar en las venas la tradición de su arma. Se mostraba natural, sin artificio. Me contaban que era estricto en el cuartel y afable en la vida cotidiana.)

Sigue el politólogo:

A lo largo de 1972 y 1973, primero como comandante de la Guarnición de Santiago y después como jefe del Estado Mayor del general Prats, desbarató sucesivas intentonas insurreccionales. Hizo sentir la autoridad del gobierno. Abrió procesos, pasó a retiro a oficiales conspiradores. En su vigilancia sobre el ejército y el cumplimiento de los deberes con el gobierno constitucional, no tuvo reproche de sus superiores. "Fue escrupuloso, como exige el a b c de la traición. Sin confianza del otro no hay puñal en la espalda, como bien saben los renegados, los hijos de Bruto".

Tras el golpe, la difusión de un "Plan Z", preparado por los propios golpistas después del once de septiembre, sirvió a éstos para acallar la conciencia de los oficiales no criminales. Aquéllos inventaron un Plan Z para eliminar a mandos militares. Semejante "complot virtual" era utilizado para estimular torturas y asesinatos reales.

Al servicio de la traición, Pinochet no dejó espacio sin control. Suprimió a los jefes de cada unidad militar la facultad de designar a sus respectivos ayudantes personales, que en lo sucesivo fueron nombrados y removidos por Pinochet. Oficiales que se negaron a asesinar fueron detenidos, torturados y eliminados, como los jefes de los regimientos de Talca, los Andes y Chuquicamaba. Para escarmiento del resto de los oficiales, fueron sometidos a un plan deliberado para implicarlos en la barbarie. Así, designó al general Arellano Stark como delegado personal del presidente de la Junta y comandante en jefe del ejército. En el pasado reciente edecán del presidente Eduardo Frei Montalva, Arellano Stark sembró el terror a su paso. "La caravana de la muerte", fue llamada su tropa. Entre otros delitos, se le acusa del fusilamiento de quince prisioneros en La Serena. Los reos ya habían sido condenados a penas largas por un consejo de guerra presidido por el comandante Ariosto Lapostol Arrego. En las circunstancias de la guerra, declarada por el mando sublevado, el poblado vivía una paz tensa.

Llegó Arellano Stark a La Serena y exigió los expedientes de los presos, centenares. Revisó los papeles para identificar a los líderes. Infirió que quince eran los de mayor significación política, dispuso un simulacro de juicio y los mandó al paredón, la fachada de una pobre casa.

Los cargos siguen. En Copiapó, un microbús militar transportaba trece presos a La Serena, distante 300 kilómetros. El vehículo se descompuso, los detenidos pretendieron huir y ahí quedaron, "agujereados".

Ni al funeral religioso tenían derecho los deudos. Eran claras las disposiciones del Consejo de Guerra:

"La sepultación será en la morgue local, prohibiéndose la salida de los restos fuera del cementerio local, conforme a las disposiciones penales vigentes para estos casos".

"La sepultación será sin ceremonia alguna y con asistencia de no más de cinco personas".

Ocurrieron las matanzas a finales de 1973 y del tiempo vivió despreocupado el general Arellano Stark. Lo resguardaba la amnistía decretada por la Junta Militar en 1978. Los sucesos de 1973 a 1978 quedaban archivados. Chile necesitaba sosiego, paz, volver a la recuperación de un organismo sano, fuerte.

Después de litigios dolorosos, el empecinamiento del juez Garzón y el redescubrimiento de los horrores padecidos, los sumarios contra el general fueron abiertos, al fin vivos. Y del general se habla otra vez, pero no como antes, cautivas las palabras, sin salida.

Desfallece bajo arresto domiciliario desde hace más de un año.

* * *

Cuatro semanas después del asalto a La Moneda, Pinochet creó la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) bajo la responsabilidad del teniente coronel Manuel Contreras Sepúlveda. La importancia del cargo rebasaba a las estructuras del mando regular de las fuerzas armadas, cinco grados abajo de un comandante en jefe.

Un reporte del Departamento de Inteligencia de la Defensa estadounidense, fechado el cinco de mayo de 1974, da cuenta de los méritos civiles y la carrera militar de Contreras:

Nacimiento: 4 de mayo de 1929, Santiago. Raza: caucásica.

Educación civil: Contador, licenciado en Biología, licenciado en Historia del Arte,

Idiomas: español, francés, inglés (fluido como traductor e intérprete).

Servicio Militar:

1944-48: Cadete, Academia Militar.

Enero de 1948: promovido a segundo teniente.

1948-51: líder de pelotón, Segundo Regimiento de Ingenieros.

1952: promovido a primer teniente.

1952-53: ingeniero instructor, Academia Militar.

1955: curso para tenientes, Escuela de Ingenieros Militares.

1957: promovido a capitán.

1954-59: comandante de compañía, Batallón de Tropas de Escuela, Escuela de Ingenieros Militares.

1960-62: estudiante, Colegio de Guerra de la Armada.

1965: curso pedagógico de la Armada.

1963-65: profesor, Colegio de Guerra de la Armada.

23 de enero de 1966: promovido a mayor.

1966: Comandante, batallón de tropas de escuela, Escuela de Ingenieros Militares.

Septiembre de 1966-septiembre de 1967: Curso de ingeniería, Fuerte Belvoir, Virginia.

Octubre 1967-enero 1968: secretario de estudios, Escuela de Ingenieros, Tejas Verdes.

Enero 1º: promovido a coronel.

Febrero 24, 1974: director de Inteligencia (DINA).

Un segundo documento del Departamento de Inteligencia de la Defensa, expedido el quince de abril de 1975, señala: "La captura de autoridades militares de alto rango apunta a la posibilidad de que la DINA se convierta en una Gestapo moderna."

Contreras sufrió una transformación parecida a la de Pinochet. Formaron pareja. Uno ordenaba, otro ejecutaba. Pinochet impuso el terror y Contreras lo consolidó.

La DINA asesinó a dirigentes y cuadros intelectuales, políticos, sindicales y religiosos de la democracia chilena. Su tarea se extendió al corazón de las fuerzas armadas. En su escala, Contreras alcanzó la cúspide con el atentado que terminó con Letelier y Ronni Moffit, en Washington. El FBI llegó al fondo de la tragedia y Contreras quedó al descubierto. Pinochet cambió el nombre de la DINA y ya no pudo dar la cara por su colaborador, de visita diaria en los buenos tiempos. Impune con el más alto derecho de picaporte, Contreras no podía haber imaginado su destino. En octubre de 1995, la Corte Suprema de Chile lo condenó a la cárcel. Ahí sigue.

* * *

—Vuelvo a mi pregunta, doctor: ¿Por qué llama a Pinochet traidor de última hora?

—Los propios golpistas han contado que el sábado ocho de septiembre de 1973 todavía no estaba decidida la fecha del asalto. Faltaba Pinochet. Si el comandante en jefe del ejército no se les unía, el complot podía terminar en fracaso.

"Más aún: años después del once de septiembre, el embajador de Estados Unidos, Nataniel Davis, publicó un libro de memorias y análisis. Dice que para él fue una sorpresa la participación de Pinochet en el golpe que se venía gestando durante los meses anteriores. Y añade, para los biógrafos: a partir del once observó una transfiguración en la personalidad de Pinochet. Fue otro". Fue otro y era el mismo. Había traicionado. Mostró su alma.

Patricia Verdugo, reconocida en Chile como periodista sobresaliente, relata que Leigh y Pinochet, uno después de otro, firmaron el domingo nueve de septiembre el manuscrito que sellaba el compromiso: el fin del gobierno representativo y todo el poder para los militares. A las cinco de la tarde, Leigh se había trasladado a la casa de Pinochet. Ya reunidos, llegaron los almirantes Carvajal, Huidobro y el comandante González con el documento histórico en la mano. Leigh firmó de inmediato.

"Si esto se filtra puede sernos de graves consecuencias", dijo Pinochet, según recuerda Leigh.

Temeroso, dudó Pinochet y el general Leigh lo empujó apenas, diciéndole: "Decídase general. Firme". Pinochet fue a su escritorio, abrió un cajón, sacó una lapicera y un timbre. Y finalmente firmó.

* * *

Pinochet parecía vertical, como su cuerpo vigoroso. Abundan las fotografías que lo muestran a caballo detrás del presidente, mirándolo, cuidándolo.

El 29 de junio de 1973, a dos meses y medio del golpe, los tanques del Segundo Regimiento de Blindados abandonaron sus cuarteles. Oficiales y soldados, comandados por el mayor Roberto Souper, se lanzaron a La Moneda para aprehender o liquidar al presidente.

Bastaron unas horas al general Carlos Prats, comandante en jefe del ejército y a su segundo, el general Augusto Pinochet, para dominar la asonada. Hubo bajas de un lado y de otro, sin relieve en la aritmética castrense. Souper perdió a los más: siete soldados sepultados esa misma tarde, de viento helado.

Tensa la ciudad de Santiago bajo un cielo encrespado, las cámaras de televisión siguieron por las calles al general Prats, al ministro de la Defensa, José Tohá, y al general Pinochet. Avanzaban rumbo a La Moneda para dar cuenta de los sucesos al titular del Ejecutivo. Prats vestía el uniforme reglamentario, verde olivo; Tohá el traje que acostumbraba, gris, cruzado el saco. Pinochet, de casco, se cubría con una chamarra gruesa, café. Apretadas las mandíbulas, el gesto marcaba el leve prognatismo que le daba un carácter a su rostro.

En las oficinas del presidente, José Tohá anunció su renuncia al Ministerio de la Defensa. Allende habló unas palabras con su colaborador y amigo. Tohá se sostuvo. Había sido drástico. Volvería a serlo, la voz firme y el cuerpo inmóvil: no contaba con la lealtad probada de las fuerzas armadas.

Esa noche, la del 29, íntimos y conocidos visitaron al matrimonio Tohá en su casa, un departamento de la calle Enrique Foster, arrendada en un primer piso. Llegaron muchos, Prats y Pinochet los primeros. Las historias militares y las anécdotas cruzaban el salón. La vida de Tohá cobró forma como en una película. Días después, en un discurso, el almirante Patricio Carvajal dijo que su esposa había dado a luz un niño. Lo bautizarían con el nombre de José, en recuerdo y homenaje de José Tohá.

El departamento daba a un jardín, que a esas horas y desde las alturas era sólo un manchón sombrío. Pinochet mantenía el rostro contra el ventanal y contemplaba la oscuridad, densas las sombras de los árboles. La señora Tohá se aproximó y atrajo su atención. Volteó el general: "Vi sus ojos empañados. Escuché palabras de afecto y admiración para José".

.....
* * *

Hombre taimado fue Pinochet, dos caras o muchas más. Él mismo se describe, orgulloso de su astucia. Los engañó a todos.

A Prats, definitivo en su ascenso a la cúspide del ejército; a Tohá, su amigo: "Juntos emprendían largas caminatas, las caminatas del cazador, tramos silenciosos apenas interrumpidos por conversaciones que sólo ellos conocieron", ha relatado Prats; a Salvador Allende, de quien dice Pinochet que siempre supo llevaría a Chile al caos, "azote para el país", comunista y traidor.

En el libro autobiográfico *El Día Decisivo, 11 de septiembre de 1973*, Pinochet da cuenta de su comportamiento en la jornada que dio el triunfo electoral a Allende:

El cuatro de septiembre de 1970, en el cuartel general de la VI División del ejército, tuve noticia del triunfo de Allende. Abrumado, esa noche reuní a mis oficiales y les dije:

Chile entra a un periodo que no deseo calificar, pero quien conozca a los marxistas-leninistas comprenderá por qué siento horror al pensar en los sucesos que ocurrirán a muy corto plazo. Esta crisis no tiene salida. Sin embargo, aún espero que los partidos políticos no acepten este azote para el país.

Y en cuanto a lo que a mí respecta, creo que ha llegado el fin de mi carrera, pues el señor Allende tuvo hace algunos años una dificultad conmigo en Pisagua y

debe conocer mi actuación con los comunistas. Creo que el problema de Chile se agravará día a día para llegar finalmente a manos del ejército cuando todo esté destruido.

El destino no se encauzó como Pinochet lo había pensado ese día. Al parecer, Allende lo confundió, como sucedió otras veces, con el coronel Manuel Pinochet, a quien atribuyó los sucesos de Pisagua. Primos Augusto y Manuel, éste fue responsable el once de marzo de 1966 de una masacre que costó la vida a nueve trabajadores del mineral de cobre El Salvador, al norte de Chile. Su nombre y actuación tuvieron gran notoriedad. Tres años después, el Senado, a propuesta de la izquierda, objetó su ascenso a general y pasó a retiro.

A su autorretrato, agrega el general Pinochet una pincelada de color sombrío: "Recordando las tácticas que ellos [los comunistas] emplean me mantuve en silencio y actué con cautela".

Cuenta así el suceso de Pisagua:

Al frente de un grupo de congresistas, el senador Allende se presentó intempestivamente en Pisagua. Pretendían conocer las condiciones en que vivían los quinientos comunistas confinados en el desierto. Los carabineros marcaron el alto a los legisladores. Las palabras subieron de tono, de un lado y otro. Les hice informar que les dispararía sobre el camino. Estaba dispuesto a hacerlo. Allende nunca aludió a este hecho.

Un gesto cierra el capítulo: "Muchas veces he pensado por qué fui yo el designado por Allende como comandante en jefe, en circunstancias en que él podía contar con otros, que eran sus amigos. Sin duda creyó que me iba a manejar con su juego de embustes y halagos".

* * *

Narra Pinochet:

"General [le dijo el presidente Allende], creo que usted es el hombre que debe seguir en el puesto del general Prats". Ante tan imprevisto nombramiento sentí intensamente que algo me decía que no mostrara mayor interés y le contesté: presidente, le agradezco, pero en estos momentos es fundamental tener amplias atribuciones de mando en la Institución. La respuesta fue: "Lógico, general, usted las tiene".

Las nubes se desvanecían. Pinochet vio el destino, amó la vida. Rememora:

Había como una luz divina que iluminaba esos días negros. Todos los problemas se aclaraban o se solucionaban en forma tan limpia y normal, que hasta los hechos que parecían negros tenían un final favorable. Hoy, cuando miro el

camino recorrido, pienso cómo la Providencia, sin forzar los actos, iba limpiando la senda de obstáculos para facilitar con ellos la acción final que debíamos realizar sobre el gobierno de la Unidad Popular.

Quedaban otros problemas. Dios los eliminaría. Expone Pinochet: En su origen, la embestida contra la Unidad Popular había sido planeada para el catorce de septiembre. El día once, los tribunales de Valparaíso votarían el desafuero de Carlos Altamirano como senador. El suceso desataría la revuelta. No había, pues, manera de sorprender al país con una acometida súbita y envolvente.

Ocurrió, sin embargo, que el senador socialista Carlos Altamirano pronunció el día nueve, en Santiago, un arrebatado discurso contra la Armada. Allí estaba la solución del problema.

Escribe Pinochet, iluminado:

Nuevamente la Providencia nos proporcionaba su generosa ayuda. El encubrimiento resultaba perfecto, pues nadie podía oponerse a que tomáramos medidas para resguardar el orden. Ahora tales disposiciones nos permitían encubrir todo el alistamiento de las tropas de Santiago y alrededores. Cuando recuerdo este momento debo agradecer a este señor (Altamirano) que con su violencia nos ayudó a cumplir nuestra misión. Doy gracias a Dios por haberlo cegado.

En Tomás Moro, la noche del diez y la madrugada del once, Allende, Letelier, ministro de Defensa, Briones, ministro del interior, Garcés y el director de la Televisión Nacional, Augusto Olivares, preparaban la convocatoria a un plebiscito: que el pueblo decidiera el rumbo del país.

El anuncio debía hacerse público el martes once de septiembre. El pasado mes de marzo, la Unidad Popular había elevado de 36 a 44 por ciento el número de sus votantes. Nunca, en la historia de Chile, un gobierno en ejercicio había aumentado su base electoral.

Pinochet refleja en sus memorias la inminente convocatoria de los ciudadanos a las urnas, en referéndum: "Las elecciones mostraron un resultado inesperado. Había en el ánimo de los oficiales que preparaban la expulsión del gobierno, el más absoluto convencimiento de que para Chile no existía otro camino que actuar por la fuerza de las armas".

De cuerpo rotundo, acicalados como para una fiesta el cuello, los brazos, las mejillas, los ojos, la señora Lucía Hiriart de Pinochet había accedido un mediodía soleado a una entrevista con Elinor Comandan Kaiser. La periodista le había preguntado:

—¿Qué sintió cuando su marido asumió el cargo, la comandancia en jefe del ejército?

—Fue tal el impacto que llegué a pensar que Augusto me hacía una broma. Me pareció inaudito que Allende lo hubiese nombrado comandante en jefe. ¿Acaso no sabía lo contrario que era a sus ideas marxistas? Después de la sorpresa, me alegré por unos segundos: era la culminación de una hermosa carrera militar. Luego me preocupé. ¿Cómo podría Augusto estar al lado de alguien tan negativo para Chile, al lado de un

gobernante que se decía de algunos chilenos, o sea, sus adeptos? Todo me pareció dudoso y más alarmante que feliz.

Quizá ni ella imaginaba la profundidad de la traición.

* * *

Liquidado Allende, la Junta Militar difundió El Plan Z. El documento era escalofriante. De haber continuado la Unidad Popular en el poder, Chile sería una laguna de sangre. Explícita, informaba la Secretaría General del nuevo régimen:

El pueblo y el gobierno de Chile no tienen miedo alguno a la verdad y, con este Libro Blanco (que incluía el Plan Z), la presenta con todos sus antecedentes y pruebas a la opinión universal. Que ella juzgue si los chilenos tuvimos o no derecho a sacudir, el once de septiembre de 1973, el yugo de un régimen indigno y oprobioso para iniciar el camino de la restauración y de la renovación nacional.

La Unidad Popular se ajustaba para el autogolpe definitivo. Sería el 19 de septiembre. Comandos terroristas eliminarían a los altos oficiales de las fuerzas armadas y de carabineros. Asesinarían también a dirigentes políticos y líderes gremiales. Volarían puentes, se apoderarían de los aeropuertos, obstruirían carreteras, cercarían ciudades, llevarían el sabotaje a donde fuera necesario. Instalarían la muerte en el país.

Quince mil guerrilleros, soviéticos y cubanos sobre todo, habrían llegado a Chile para reforzar la maniobra criminal. Todo preparado, el contrabando de armas habría sido masivo. La Moneda y Tomás Moro serían depósitos inaccesibles. Ocultaban fusiles automáticos, ametralladoras, granadas, bombas, material sofisticado.

Denunciaba El Plan Z: "El asesor intelectual de la Unidad Popular y de Allende, el español Joan Garcés, propiciaba el descabezamiento de los máximos mandos militares, según apareció en sus documentos confidenciales".

Se refería a un escrito de Fidel Castro hallado en La Moneda. El 29 de julio de 1973 habían viajado a Santiago dos de las más renombradas figuras de su régimen, Carlos Rafael Rodríguez y Manuel "Barbarroja" Piñero. Llevaban una carta manuscrita de Fidel para Allende. Decía, pulcras las líneas horizontales, limpias las letras:

Habana, julio 29 de 1973.

Querido Salvador:

Con el pretexto de discutir contigo cuestiones referentes a la reunión de países no alineados, Carlos y Piñero realizan un viaje a ésta. El objetivo real es informarse contigo sobre la situación y ofrecerte como siempre nuestra disposición a cooperar frente a las dificultades y peligros que obstaculizan y amenazan el proceso. La estancia de ellos será muy breve por cuanto tienen aquí muchas obligaciones pendientes y, no sin sacrificio de sus trabajos, decidimos que hicieran el viaje.

Veo que están ahora en la delicada cuestión del diálogo con la D.C. en medio de acontecimientos graves, como el brutal asesinato de tu edecán naval y la nueva huelga de los dueños de camiones. Imagino por ello la gran tensión

existente y tus deseos de ganar tiempo, mejorar la correlación de fuerzas para caso de que estalle la lucha y, de ser posible, hallar un cauce que permita seguir adelante el proceso revolucionario sin contienda civil, a la vez que salvar tu responsabilidad histórica por lo que pueda ocurrir. Éstos son propósitos loables. Pero en caso de que la otra parte, cuyas intenciones reales no estamos en condiciones de valorar desde aquí, se empeñase en una política pérfida e irresponsable exigiendo un precio imposible de pagar por la Unidad Popular y la Revolución, lo cual es, incluso, bastante probable, no olvides por un segundo la formidable fuerza de la clase obrera chilena y el respaldo enérgico que te ha brindado en todos los momentos difíciles; ella puede, a tu llamado ante la Revolución en peligro, paralizar a los golpistas, mantener sus condiciones y decidir de una vez, si es preciso, el destino de Chile. El enemigo debe saber que está apercebida y lista para entrar en acción. Su fuerza y su combatividad pueden inclinar la balanza en la capital a tu favor aun cuando otras circunstancias sean desfavorables.

Tu decisión de defender el proceso con firmeza y con honor hasta el precio de tu propia vida, que todos te saben capaz de cumplir, arrastrarán a tu lado todas las fuerzas capaces de combatir y todos los hombres y mujeres dignos de Chile. Tu valor, tu serenidad y tu audacia en esta hora histórica de tu patria y, sobre todo, tu jefatura firme, resuelta y heroicamente ejercida, constituyen la clave de la situación.

Hazle saber a Carlos y a Manuel en qué podemos cooperar sus leales amigos cubanos.

Te reitero el cariño y la ilimitada confianza de nuestro pueblo.

Fraternalmente.

Fidel Castro.

Los ojos de Garcés algo anticipan, sus labios se despegan apenas en una sonrisa.

Razona: Un hombre con vocación militar, como Fidel Castro, no improvisa en cuestiones de guerra. En la guerra ha estado metido siempre. No cabía un conflicto de esa magnitud en el Chile republicano.

Su carta a Salvador Allende lo sitúa lejos de la trágica intimidad de Chile. Desconoce el drama que se gesta y así lo expresa. No está en condiciones de valorar "la otra parte", las "intenciones reales" de la democracia cristiana. Los hechos pesan y no hay manera de resbalarse en el equívoco. No ha estado en Chile la política cubana.

El viaje de Carlos Rafael Rodríguez y Manuel Piñeiro a Santiago tiene el valor de un abrazo solidario a Salvador Allende. Para enfrentar los riesgos de un autogolpe como el descrito por el Plan Z, no se conversa algunas horas con el protagonista de esa historia, el presidente Allende.

Fue claro Fidel: "La estancia de ellos [de Rodríguez y Piñeiro] será muy breve por cuanto tienen muchas obligaciones pendientes y, no sin sacrificio de sus trabajos, decidimos que hicieran el viaje."

Era abierta la relación de ambos gobernantes y no tenían por qué disfrazarla. En el llamado "Diálogo de las Américas", estuvieron juntos frente a la televisión chilena, conducida por Augusto Olivares. Ocurrió el encuentro en un jardín de la casa de

Allende, contigua a un colegio del Sagrado Corazón. Por momentos hasta ellos llegaba la algarabía de las niñas. "Quieren verte", dijo divertido Salvador a Fidel Castro. Se vieron, divertido Fidel entre las monjas y sus alumnas. Corría el mes de diciembre de 1971 y el presidente de Chile ya anticipaba que la derecha estaba dispuesta a matar para preservar sus privilegios. Sabía de la política, de su exaltación y desdichas.

Dijo a Fidel: "Yo terminaré de presidente de la república cuando cumpla mi mandato o tendrán que acribillarme a balazos. Defiendo al pueblo de Chile en su justo anhelo por su dignidad y un destino nacional independiente".

Castro, al final, recordó "La Carta de la Habana":

"Nosotros consideramos que este continente tiene en su vientre una criatura que se llama revolución, que viene en camino y que inexorablemente por ley biológica, por ley social, por ley de la historia, tiene que nacer y nacerá de una forma o de otra. El parto será institucional en un hospital o será en una casa, serán ilustres médicos o será la partera quien recoja a la criatura, pero de todas maneras habrá parto".

* * *

La visita de Fidel Castro a Chile, en diciembre de 1971, encendió fuego en la Cordillera. Fueron 25 días de discusiones iracundas, a punto la violencia física. En su condición de gobernador de la Plaza de Santiago, Pinochet debió rendir homenaje a Castro. Por esos días se les vio hombro con hombro.

Castro, gigantón, jugaba básquetbol, actuaba, vociferaba, encantaba, enfurecía y volvía a seducir. A Pinochet no se le notaba un gesto, pero sus ojos se mantenían en movimiento incesante. Observaba, vigilaba.

El cinco de diciembre su rabia estalló. Demandó a *La Tribuna*. Había insultado a las fuerzas armadas, proferido "graves ofensas contra su dignidad".

El periódico había publicado: "Nuestra lucha [contra Allende] recién comienza. Las fuerzas armadas se entregaron por un automóvil nuevo, por una casa, por un aumento de sueldo. Los carabineros tienen miedo".

Ante los periodistas que cubrieron la noticia, Pinochet habló de "la ultraderecha": "¿Qué quieren? —los desafió— ¿Una guerra civil? Porque golpes de Estado no ocurren en Chile".

Veintiún meses después, inminente el golpe, Prats indicó a Allende que nadie como Pinochet para relevarlo como cabeza del ejército. Su confianza en el hombre que durante más de un año había sido su segundo era manifiesta. Allende accedió sin objeciones, mientras Pinochet diría después, para encubrir su cambio, otra piel, otra personalidad: "Yo no hablaba nada, sólo escuchaba. Cuando uno habla mucho, está entregando sus ideas y a mí en esos momentos el que me entregaba era Allende y yo no devolvía nada".

Él mismo cuenta acerca de sus relaciones institucionales con el presidente durante su época de jefe de zona en la capital:

Yo traté de estar lo menos posible en Santiago, pero de todas formas fueron unas relaciones normales. Él solía llamarme a las once de la mañana y yo venía a La Moneda. Nos paseábamos por el salón central. Allí él me hablaba de la miseria y de la pobreza

del pueblo. Decía que había que levantar a la gente, ¡sacarla de ese estado!, que todo el sistema comunista era tan favorable al pobre y otras materias sobre el tema. Todo esto parecía el deseo de presentarme la materia con angustia para hacerme lavado cerebral.

* * *

No olvidaría a Prats. Larga y arriesgada había sido la batalla para desplazarlo del poder. Pinochet volvía al doble juego. Declaraba en voz alta su adhesión al jefe indiscutido y en voz baja preparaba la trampa para liquidarlo. Cuenta:

En diciembre de 1972 el señor Allende viajó al exterior y el general Carlos Prats quedó como vicepresidente de la República. Creo que esta situación resultó decisiva para el general Prats, pues si antes era posible tratar con él algunos aspectos desfavorables al gobierno, desde este instante su reacción ante cualquier intento de crítica fue de rechazo total, llegando al extremo de respaldar todas las acciones que la Unidad Popular intentaba realizar. Comprendí entonces que ya no se podía contar con el general Prats para alguna solución y que la acción que se preparaba debía llevarse forzosamente a cabo para salvar el país y había que hacerlo aun a riesgo de la vida.

Atacado por la derecha, algunos de sus compañeros de armas y mujeres organizadas en grupos que lastimaron su honor militar con gritos y señas soeces, el general Prats renunció como comandante en jefe el 23 de agosto de 1973. El 15 de septiembre, cuatro días después del golpe, abandonó Chile y dirigió una carta al general Pinochet:

Augusto:

El futuro dirá quién estuvo equivocado. Si lo que ustedes hicieron trae el bienestar general del país y el pueblo realmente siente que se impone una verdadera justicia social, me alegraré de haberme equivocado yo al buscar con tanto afán una salida política que evitara el golpe.

En su carta de despedida, Prats aboga por Fernando Flores, ministro de Economía de Salvador Allende. Dice a Pinochet: "Me permito solicitarte revisen el caso de Fernando Flores. Mucho me tocó tratarle en el gabinete y estoy convencido que su posición era de extraordinaria sensatez y ponderación, pese a su juventud, por lo que mucho contribuyó a frenar ímpetus de otros con sus francos consejos al presidente". Flores fue hecho prisionero y enviado a la Isla Dawson. Ahora radica en los Estados Unidos. Prats, como Letelier, moriría trágicamente. Una noche de septiembre, cálido el clima de Buenos Aires, estalló el automóvil en que viajaba con su esposa.

* * *

Vuelve el doctor Garcés al Plan Z. Evoca el episodio durante nuestra conversación en Madrid. Poco duró el estruendo que provocó el documento apócrifo, dice. No había manera de sostener tan burda mentira. Y agrega:

Permanece, eso sí, la brutalidad que llevó a Pinochet al genocidio. Fue manifiesta su voluntad de aniquilar a un grupo nacional con valores humanos, sociales, culturales y políticos extendidos por el país. En términos jurídicos, genocidio es la destrucción parcial o total de un grupo nacional o religioso, étnico o racial. La descripción viste a Pinochet, el traje a la medida.

En su libro *Soberanos e intervenidos*, narra Garcés:

Todavía en la primera semana de septiembre de 1973, el presidente Allende instruía al ministro del Interior, Carlos Briones, para que acordara con el Partido Demócrata Cristiano un pacto parlamentario que preservara el Estado democrático. En todo caso, con o sin acuerdo de la dirección del PDC o de algunos de los partidos de la coalición del gobierno, convocaría el martes 11 a un referéndum que marcara el rumbo de la nación. Pero Allende iba por un camino y sus enemigos por otro. El lunes diez de septiembre, Henry Kissinger había recibido en Washington a su embajador en Santiago, Nataniel Davis. Fue festivo el saludo del secretario del Departamento de Estado. Es fácil imaginarlo, sonriente:

"Bueno, por fin vamos a tener mañana un golpe en Chile".

* * *

Por su honor de soldado, de padre, de hijo, por su honor de hombre, Pinochet desconoció la intervención del gobierno de los Estados Unidos en la vida entrañable de Chile. Mintió desde el primer día. Mentirá hasta su muerte. La mentira tiñe su alma. Declaró al *Washington Post* el mes de julio de 1985, ya capitán general de las fuerzas armadas y presidente de Chile: "El pronunciamiento militar en Chile no le costó a los Estados Unidos ni un dólar, ni un disparo, arma alguna, ningún hombre. Nadie puede decir en Estados Unidos: 'Ayudamos a Chile'. Ése no es el caso. Lo hicimos solos aquí, en Chile".

Desde el 23 de abril de 1976, el Senado norteamericano había consignado en sus archivos la historia de ese tiempo cruento, la historia que le pertenece.

El documento, realzado su carácter eminente con el escudo de los Estados Unidos al centro, precisa en sus páginas iniciales:

Cuando el intento del golpe falló y Allende tomó posesión como presidente, la CIA recibió autorización para financiar grupos de oposición en Chile. El esfuerzo fue masivo. Se gastaron ocho millones de dólares entre la elección de 1970 y el golpe militar de 1973. Se proporcionó dinero a organizaciones de medios de comunicación, a partidos políticos de oposición y, en cantidades limitadas, a organizaciones del sector privado.

Agrega el informe, desnudo el lenguaje: "El dinero de la CÍA podía canalizarse a través del mercado negro chileno. El tipo de cambio no oficial a escudos chilenos frecuentemente alcanzaba cinco veces el tipo oficial".

Continúa: la imagen de Salvador Allende debía evocar la figura de José Stalin y el pánico habría de prenderse de las conciencias de los chilenos. Al precio que fuera había que cerrar el paso al candidato socialista. La CÍA organizó una campaña para ese fin. La llamó "propaganda de terror".

El reporte senatorial detalla: emisión de un boletín anticomunista distribuido por vía postal entre cerca de dos mil periodistas, políticos, académicos y personas influyentes en la vida cotidiana del país; grupos entrenados para repartir folletos con escenas de una vida inhumana de triunfar el candidato de la Unidad Popular; equipos organizados para dejar la palabra "paredón" en dos mil muros; fotografías que recordaran la invasión soviética de Checoslovaquia y frotomontajes con tanques en el centro de Santiago; carteles que mostraron a prisioneros cubanos frente a pelotones de fusilamiento; eslógans que advertían: la victoria de Allende traerá consigo el fin de la religión y la vida familiar en Chile.

El Mercurio, el periódico más influyente, abiertas sus páginas a las orientaciones de la CÍA, publicó más de un editorial diario contra la amenaza en gestación. Los artículos, reproducidos en órganos afines y transmitidos por cadenas radiofónicas, llegaban a cinco millones de personas.

Las predicciones del colapso económico golpeaban al unísono en periódicos latinoamericanos y europeos. Se dio el caso de que, en respuesta a las críticas que Allende elevó contra el diario, la CÍA orquestó una campaña en apoyo de su aliado y censuras contra el candidato. El suceso alcanzó cobertura mundial.

Aún más violenta fue la campaña a partir del cuatro de septiembre de 1970, el día triunfal de la Unidad Popular. Debía arder la atmósfera, debían desatarse el pánico financiero y la inestabilidad política. El tiempo apremiaba: el presidente Eduardo Frei o el ejército chileno, las grandes reservas contra la Unidad Popular, tendrían que actuar sin demora. Por su parte, el presidente Richard Nixon debía aparecer en escena. Y apareció.

Narra el documento: el quince de septiembre el presidente Nixon indicó al director de la CÍA, Richard Helms, que un régimen presidido por Allende era inaceptable para los Estados Unidos. Ordenó, en consecuencia, el golpe militar.

La estrategia aprobada se orientaría en una doble vía. La Vía Uno se ocuparía de las actividades encubiertas, políticas, económicas y de propaganda. La Vía Dos alentaría a las fuerzas armadas para que actuaran contra Allende.

Cita el documento que las notas personales de Helms, después de su reunión con el presidente Nixon, el quince de septiembre, consignan: "Hacer gritar a la economía".

Por esos días, el embajador en Chile, Edward Korry, informó a la Casa Blanca que había hecho llegar a Frei, a través de su ministro de Defensa, el siguiente mensaje: "Bajo Allende, no permitirán los Estados Unidos que entren a Chile ni una tuerca ni un tornillo".

La guerra fue frontal y en todos los campos. La CÍA financió a los partidos de oposición y trabajó para tronar a las fuerzas cohesionadas de la Unidad Popular. De la noche a la mañana, el Partido Demócrata Cristiano y el Partido Nacional, los más poderosos,

tuvieron estaciones de radio y periódicos propios. Nacidas del misterio, empezaron a circular por el país revistas de muy alto costo. También hojas clandestinas. Hubo contacto con oficiales del ejército y los chilenos que mostraron inclinación por el golpe fueron apoyados fuertemente en los niveles más altos del ejército estadounidense. Grupos del sector privado recibieron dinero y contaron con estímulo foráneo los movimientos de huelga. Los recursos llegaron también a los radicales, los terroristas agrupados bajo el lema "Patria y Libertad".

Narra el informe: durante la presidencia de Allende, "Patria y Libertad" constituyó la voz más estridente, exigiendo resistencia a las medidas del gobierno e instando a la insurrección de las fuerzas armadas. Sus tácticas llegaron a semejarse con las del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), en el extremo opuesto del espectro político. Los contingentes de "Patria y Libertad" marchaban en los mítines de oposición vestidos con el atuendo antimotines. Durante la huelga de los camioneros de octubre de 1972, "Patria y Libertad" supuestamente regó "miguelitos" (tachuelas de acero de tres puntas) en las carreteras del país con el propósito de paralizar el transporte. El trece de julio de 1973, "Patria y Libertad" publicó que se hacía responsable del golpe malogrado el 29 de junio, y el 17 de julio su líder, Roberto Thieme, anunció que sus grupos lanzarían una ofensiva total armada para derrocar al gobierno.

Cincuenta y seis días después, La Moneda ardía.

Sin que importe el tiempo, nubla la *razón* el siguiente párrafo del testimonio senatorial:

Como queda claro por las discusiones de las Estimaciones de Inteligencia Nacional en la Sección IV de este documento (Reporte Final), los temores más extremos sobre los efectos de la elección de Allende eran infundados: nunca hubo un riesgo significativo de presencia militar soviética, la influencia al exterior de la revolución allendista era limitada y su valor como modelo todavía más restringida. Allende, por otra parte, era poco más hospitalario hacia los activistas exiliados de otros países latinoamericanos que su predecesor. No obstante, esos temores, a menudo exagerados, parecen haber provocado a los funcionarios de Washington.

* * *

"Después de 1973", tituló la comisión senatorial el último capítulo de su minucioso trabajo. Dice el reporte: el primer objetivo de la CÍA fue aliviar la imagen de la Junta Militar. Así nació el Libro Blanco del Cambio de Gobierno en Chile. Difundido por el mundo, fue un intento más para justificar el derrocamiento de Allende.

Según el libro, la Unidad Popular pretendía el poder absoluto para el Estado y un régimen comunista para los chilenos. Dispuesta a todo la coalición marxista, no importaba el número de víctimas que pudiera ocasionar el afán totalitario. A la Sierra Maestra del Caribe seguirían las montañas andinas del Cono Sur. Inspirado en el Libro Blanco, Pinochet encontró su frase: preferimos cien mil muertos ahora que un millón de muertos más tarde.

Sin Allende, el poder foráneo marcó el futuro de Chile. Dos años después del 11 de septiembre, la CÍA se congratulaba: "Con la participación de agentes encubiertos, el plan económico ha servido para las acciones más importantes de la Junta". Persistía, no obstante, el fuego de La Moneda. La CÍA reportó el catorce de octubre de 1975:

Se sigue acusando a la Junta de violaciones a los derechos humanos. Un informe de las Naciones Unidas señala que existen once centros donde se interroga a los prisioneros con métodos equiparables a la tortura. El gobierno de Pinochet ofreció a un grupo de la ONU la más completa libertad de movimientos en el país. Sin embargo, seis días antes del arribo del grupo a Santiago, el gobierno dio marcha atrás y canceló la visita.

Poco antes, el 20 de junio, el presidente de la Junta Militar se había fundido con el futuro, facultad divina.

Consignó la CÍA: "Declaró Pinochet: 'no habrá elecciones en Chile durante mi vida ni durante la vida de mi sucesor'."

* * *

.....
El 28 de abril de 1976 la CÍA preparó dos expedientes sobre Pinochet. Uno fue público; el otro, confidencial. La Central de Inteligencia cuidaba a su personaje.

El tres de julio de 1999, desclasificados nuevos documentos sobre el general, fue conocido el doble bosquejo biográfico. Stephen Fried, del Instituto de Estudios Políticos en Washington, consigna: "Parece que la CÍA creó dos Pinochets: el hombre-militar duro que muestra el archivo confidencial y el humano lector y escritor de libros de texto que aparece en el documento público. Y de alguna manera durante su transformación, Pinochet hasta se las arregló para aprender un poco de francés". Dice el estudio de Fried:

La copia confidencial se refiere a Pinochet como "hombre conocido por su dureza". La copia pública omite esta cláusula.

En la discusión sobre su desagrado por los políticos, la copia confidencial anota que Pinochet "se reserva una antipatía particular por el Partido Demócrata Cristiano". La copia pública simplemente anota que "culpa a los políticos de los problemas que hicieron necesario el golpe".

Con respecto a su imagen, la versión confidencial dice que "para los críticos internacionales, Pinochet es la personificación de la maldad". Defensivo frente a la crítica, reconoce que hay abuso a los derechos humanos en el país, pero que ha estado renuente o imposibilitado para realizar las mejoras significativas que han sido demandadas. La versión pública afirma que "tiene preocupación por la gente". Es genuinamente popular a pesar de la severa crítica que proviene del extranjero.

Sobre los tratos de Pinochet con los Estados Unidos, la copia confidencial establece que "el presidente ha estado francamente indignado frente a los intentos de parar el flujo de auxilio militar a Chile y se ha reservado particular ira para el senador Edward Kennedy, quien ha conducido tales esfuerzos". La versión pública describe a Pinochet bajo una luz más positiva y dice que "el general admira a los Estados Unidos, pero ha sido infeliz frente a los intentos del Congreso para evitar el flujo de la ayuda militar para Chile".

La copia confidencial no alude a los hábitos personales de Pinochet; la copia pública, menciona algunos: "no fuma, pero bebe con moderación. Disfrutaba de la lectura y ha escrito tres obras sobre geografía, una de las cuales es utilizada como libro de texto".

La copia confidencial señala, finalmente: "Pinochet habla sólo un poco de inglés". La pública dice que "habla algo de francés y un poco de inglés".

* * *

El tiempo oscurecía la relación entre Pinochet y Leigh. Eran los duros de la Junta Militar. Los había unido la ambición del poder, los apartaba su ejercicio. Según Leigh, Pinochet no tenía ojos para el futuro y según Pinochet, Leigh quería el futuro para sí.

El comandante de la fuerza aérea consideraba que la Junta debía explicar la razón de sus decisiones, envuelta como estaba en una conjura que iba mucho más allá de Chile. No era el punto de vista del comandante del ejército. La nación marchaba y la opinión pública no era un asunto central. El mundo no se resuelve por votos, sostenía.

Cavilaba Leigh sobre el centenar de ministros, parlamentarios y otros dirigentes chilenos confinados en la Isla Dawson y después del encierro esclavo (levantaban postes para la luz, hacían sus casuchas) eran enviados a México, a la Unión Soviética, a Cuba, a Europa del Norte; los dos años cinco meses sometido el país al ambiente enrarecido del toque de queda; la tortura a la doctora Sheila Cassidy, inglesa ilustre; la desaparición de sacerdotes del ala "Cristianos para el Socialismo"; el aislamiento de la Junta en los foros internacionales y, desde hacía dos semanas, la ira en el mundo por el atentado terrorista contra Orlando Letelier y Ronni Moffit, en Washington. Se sumaban la acción terrorista contra Carlos Prats y su esposa en Buenos Aires y el atentado contra el matrimonio Leighton, en Roma.

Para ocuparse de todo esto, supuso Leigh, Pinochet había citado a una reunión urgente. Desestimó un dato: no sesionarían los jefes militares en el último piso del edificio Diego Portales, el Salón Azul. El encuentro sería en el Ministerio de la Defensa por decisión de última hora del presidente de la Junta.

Ese día, 24 de julio de 1978, Leigh sabía de los venenos del poder.

La siguiente es su crónica de los hechos: "Llegué al ministerio y me di cuenta que había demasiada tropa adentro, que había paracaidistas. Los oficiales me informaron de Diego Portales, diciéndome que también había mucha tropa y la tenaza estaba atestada de carabineros. Observé también mucha tropa en los alrededores del ministerio".

Siguen los sucesos, rápidos, violentos: Pinochet abrió la sesión y dio la palabra al almirante Merino, el número uno de la Armada. Dijo, sin más, que el general Leigh

expresaba sin recato su desacuerdo con la Junta y había llegado al extremo de criticarla en periódicos del extranjero.

Continuó el general Mendoza, de carabineros. El general Leigh había admitido la hipótesis de alguna posible intervención del gobierno chileno en el asesinato de Letelier. No había atenuante para el comportamiento del jefe de la fuerza aérea. Por su culpa, el país había corrido riesgos, en juego la paz interna (Leigh había declarado a *El Corriere della Sera* que sería infame cualquier presunción que relacionara a la Junta con el atentado).

Llegó el turno de Pinochet. El relato continúa:

Tengo todas las oportunidades para decirle que usted se ha salido de los márgenes con posiciones diferentes, así que deseo que usted presente su renuncia. Dije [Leigh] que no iba a presentar ninguna renuncia. Entonces dijo que me iba a destituir. ¿Y con cargo a qué ley me va a destituir? Bueno, no se preocupe, tenemos atribuciones para hacerlo y aquí está para que firme el decreto ley. Porque hasta eso llegó la ironía de presentarme un decreto ley para que yo firmara mi destitución. Entonces les dije que si estaban locos que hicieran lo que quisieran, porque yo me voy a reunir ahora con mis generales. Pinochet contestó entonces que ni hiciera tal cosa, porque a los generales ya los tenía citados en su despacho.

Se me cerraron todas las puertas y los medios de difusión y simultáneamente todos los edificios. Hubo generales a los que no se dejó salir ni entrar al Ministerio de la Defensa. Se me aplicó una fuerza que siempre he estimado como un golpe de Estado de parte del presidente de la Junta.

Colgado el uniforme de algún gancho de su guardarropa, civil nostálgico dedicado al negocio de bienes raíces, Leigh terminó sus días enajenado a Pinochet. Lo alejaba de su memoria y lo atraía a su recuerdo; evitaba su nombre y lo llamaba "él". "Él" estaba en su alma, la cubría.

Piloto de guerra, adiestrados el ojo y el pulso para volar objetivos militares y civiles, Leigh sostuvo al final de su vida que las fuerzas armadas no tenían responsabilidad en la oscuridad de Chile. Desde la cúspide, Pinochet dejaba caer las órdenes que oficiales y soldados bajo su mando cumplían con fidelidad militar. Eran prusianos, la disciplina hecha conciencia.

En una entrevista publicada once años después del 11 de septiembre, afirma el bombardero de La Moneda que "él" siembra odio y rencor en el territorio que ha hecho suyo. Rector de la sociedad, es conocida su amenaza velada: "No se mueve ni una hoja sin que yo lo sepa".

Dice Leigh: "'Él crea miseria, cesantía, provoca caos económico. Margina a los más necesitados y da fuerza al comunismo".

Leigh murió el 29 de septiembre de 1999. Quedaría para su eterna soledad: "Gana una batalla quien actúa en la forma más drástica los primeros minutos".

* * *

Fui a Chile en mayo de 1973. "Conversemos un fin de semana. Ni entrevista ni declaraciones", me había propuesto el presidente Allende. Un ayudante me condujo al "Cañaveral", al pie de los Andes. No había manera de interesarse en la casa de reposo. El mundo estaba ahí. Levantado el brazo, los dedos sentían el vapor de las nubes; hacia abajo, los ojos se llenaban de un río centelleante; hacia el horizonte, la cordillera se transformaba en un infinito de roca y nieve.

Allende descansaba en un sillón, reclinado el cuerpo, la cabeza sobre un cojín. Su pastor alemán se alejaba y regresaba, animalazo negro de ojos dorados. La quietud de esa tarde era grata, lejano el nerviosismo que acompaña la vida de los gobernantes.

—¿Cómo está, doctor? —le dije doctor porque no le gustaba que lo llamara presidente.

—¿Quiere un huisqui? —y miró el suyo, al lado.

Contó que una vez, en el Senado, un demócrata cristiano lo llamó "pije" por sus telas inglesas, las camisas a la medida, las corbatas de seda, los zapatos italianos, su abrigo de pelo de camello. Tiene usted razón, respondió Allende. Pero sólo por fuera. Me gusta la vida, mucho, la vida es para vivirla con ánimo abierto, sin ocultarse en rincones ni hipocresías. Me gusta el licor importado y tengo ojos para las mujeres. La vida es como el sol y la luna, los contrastes que dan unidad al ser humano. Pero por dentro soy un luchador, treinta años en la oposición, socialista desde el primer día. Me ato al rigor, a los principios que comprometen, la lealtad a los amigos. De mi condición de "pije" da cuenta mi ropa, de mi condición de hombre da cuenta mi vida.

Habló de la muerte sin angustia ni morbo.

"Estoy en la última trinchera", dijo, los ojos entrecerrados bajo los cristales grandes y redondos.

Aún no era explícito. Dijo sin decir que el espacio se le acababa.

Escuché, neutra su voz: "Ya sólo hay campo para abajo".

Cenamos. Estuvieron presentes su secretaria, Miria Contreras, el médico personal, Danilo Bartulín, dos personas de quienes perdí la memoria y tres auxiliares. Charlamos sin conversar. Habló el afecto.

—Ya me voy, doctor.

—Quédese a dormir.

No supe qué decir. Y dije:

—No traigo pijama.

—Eso lo resolvemos al tiro (un ayudante regresó con una pijama de seda azul marino, bordadas las iniciales del presidente en el saco: SAG).

Me condujo a una recámara. Llamaban la atención fotografías personales sobre la blancura de las paredes. Una mesa exhibía papeles en orden y desorden.

—No olvide que soy periodista, doctor.

—Está en mi casa. Puede hacer lo que quiera.

* * *

En 1989 apareció en Chile un libro sorprendente. Pinochet aceptaba el examen de algunas líneas de su mano derecha, se llamaba demócrata, sostenía que nada supo de la tortura, los juicios sumarios y los asesinatos masivos en Chile, si los hubo, y manifestaba su desprecio por los políticos propios y ajenos. Sólo el Papa le interesaba.

Raquel Correa y Elizabeth Subercaseaux entrevistaron a Pinochet con una grabadora al frente. No hubo abuso ni sorpresas. El general les preguntó si trabajaban para un libro y las periodistas respondieron en sentido afirmativo.

La infancia de Pinochet surgió de manera natural en el inicio de la conversación. Dijo el militar:

—Con mente europea, amplio criterio, mi abuelo político me enseñó el francés. Por eso hoy puedo leerlo y lo entiendo. Pero a mí me gustaba el latín, orábamos en latín, sabíamos también algunas frases. Pero hoy lo que más recuerdo son las declinaciones y uno que otro verbo, como conjugar ser o estar. Por ejemplo: *ego sum*, yo soy.

—*Ego sum* —repitió una de las periodistas y dijo para sí con voz audible—: el título del libro.

La conversación avanza. Preguntan Raquel y Elizabeth (en adelante RE):

—¿Qué siente cuando piensa que ni un solo gobernante democrático quiere invitarlo a su país, cuando piensa que ninguno quiere venir a Chile mientras usted esté en el poder? La pregunta era insalvable. El 22 de enero de 1975, Juan Carlos había jurado ante las Cortes como rey de España y el 27 asistiría a un *Te Deum* en la catedral. Pinochet se encontraba en Madrid desde la madrugada del 21. La gira había transcurrido sobre alfombras y exultante festejaría su cumpleaños el día 25, sesenta bien vividos.

El 24, personajes del mundo europeo propalaron que no asistirían a la ceremonia si Pinochet figuraba entre los invitados. Fue terminante la decisión del presidente de Francia, Giscard D'Estaing; del presidente de Alemania, Walter Schell; del príncipe Felipe de Inglaterra, representante de la Corona británica.

La delegación de Suecia recordó que su embajador en Chile, Harald Edelstam, había salvado a centenares de hombres y mujeres durante el golpe y el tiempo oscuro que lo siguió. En los informes a su gobierno quedaba clara la furia homicida de Pinochet. Tampoco asistiría a la catedral. *El País* publicó: "La siniestra imagen de la capa del general golpista cuadra mal con los nuevos tiempos."

Forzado a salir de España, el militar regresó a Santiago la víspera de su cumpleaños.

En Manila, Ferdinand Marcos canceló súbitamente la visita de Pinochet el 21 de marzo de 1980. Greg Cendana, el secretario de Marcos, difundió el desafío al protocolo: "El presidente debe dejar la ciudad por un asunto urgente y apremiante".

Y así, incesante el rechazo.

El cinco de septiembre de 1977, junto con los jefes de Estado del continente, Pinochet asistió en Washington a la firma del tratado que veinte años después haría a Panamá dueño del canal que por derecho le pertenecía. James Carter y Omar Torrijos, los anfitriones, de tiempo atrás habían hecho público su desprecio por Pinochet. Parecía interminable el toque de queda en Chile, la desaparición de hombres y mujeres, el destierro, la tortura, el crimen. Graham Greene, invitado a la ceremonia por su amigo Torrijos, escribió:

Después de la firma del Tratado, Carter y Torrijos se alejaron del estrado en direcciones opuestas para saludar a los jefes de gobierno. El *abrazo* es el saludo amistoso habitual en América Latina, pero advertí que Torrijos abrazó sólo a los presidentes de Colombia, Venezuela y Perú, limitándose a un seco apretón de manos en el caso de Bolivia y Argentina. Lentamente avanzaba a lo largo de la

fila de mandatarios en dirección de Pinochet. Pinochet había notado la actitud de Omar y sus ojos brillaron con una expresión maliciosa. Cuando le llegó el turno estrechó la mano del general Torrijos y con la mano libre lo abrazó. Si en ese instante se hubiera tomado una foto, habría parecido que Torrijos abrazaba a Pinochet.

A la pregunta sobre su reacción ante el repudio internacional, respondió Pinochet: —Nada que afecte mi psiquis ni mi proceder como gobernante. Tengo la enorme satisfacción de haber recibido al Santo Padre, lo demás no me interesa. Comprendo que muchos gobernantes que se autodenominan "democráticos" cuidan su imagen y las calumnias, que son infinitas, los afectan. ¿Y cómo me van a invitar si nuestros compatriotas mienten con mil cosas sobre los derechos humanos? Dicen mil barbaridades sin misericordia y todo por lograr el poder y luego dicen que soy un dictador y mil falacias. Cómo me van a invitar estos señores gobernantes si saben mi actitud ante los políticos.

A Pinochet le atrae el tema del destino. "Muchas veces se ha dicho que consulta adivinas, que cree en oráculos, que entiende los signos del zodiaco. Él lo niega".

RE: Pero alguna vez le habrán mirado las manos.

P: Claro que me las han mirado.

RE: A ver, muéstrenos su mano.

P: Aquí la tienen —dice y estira la mano derecha. Una mano grande, gruesa, firme. De soldado.

RE: Mírese la mano y diga cómo va a terminar su vida. ¿Terminará en la *cama*, viejo y chuñusco? ¿Cómo lo ve en su mano?

P: [Observa atentamente su mano.] Les cuento lo que veo aquí. Terminó viejito ya. Miren, ¿ven? Es larguísima la línea de mi vida.

RE: En la línea de su vida no aparece el atentado en septiembre de 1986.

P: ¿Cómo que no aparece? Aquí está, ¿ven? —advierde y señala un punto en la línea.

RE: Hombre de pasiones. Eso se ve aquí.

P: Oiga, pero usted parece que sabe de estas cosas. Hombre de triunfo también. Miren.

RE: ¿Dónde está ese triunfo?

P: Aquí. Esto significa triunfo —y dobla un dedo.

RE: ¿Se siente predestinado?

P: Creo en el destino como el camino de la vida. Yo podría haber muerto muchísimas veces. Ya les conté que cuando niño me arrolló un coche, pero me han pasado muchas cosas. En Bucalemu me invitaron a La Serena, en avión. Cuando estaba todo preparado, surgió un problema y decidí cancelar la invitación. En la pista me habían preparado ocho bombas vietnamitas.

La entrevista da un giro. Las periodistas quieren saber por qué el Departamento de Estado apoyó el golpe y luego lo repudió.

RE: ¿Cómo entiende usted el fenómeno del gobierno norteamericano apoyando después a la oposición chilena, siendo los Estados Unidos un país tan anticomunista?

P: El Departamento de Estado es un organismo pluralista. Plu-ra-lis-mo, esa palabra que les gusta tanto a ustedes. Segundo: hay algunos senadores o diputados cargados para la izquierda o creen que con la izquierda van a sacar alguna ventaja. Tercero: los refugiados tenían amigos allá. Hay un montón de gente marxista que está contra todo lo que sea democracia, pero que hablan tanto de la democracia que parecen demócratas. Y lo otro, que no pueden ver a las dictaduras y creen que ésta es una dictadura.

RE: Pero han apoyado y sostenido a varias. ¿Por qué razón piensa que no intentaron derrocarlo a usted?

P: Porque se dieron cuenta que el país estaba bien. A la semana [del golpe] vino Vernon Walters, subdirector de la CÍA. Yo lo conocía desde Ecuador. Y él sabía que era demócrata, aunque ustedes no lo crean.

RE: ¿Demócrata?

P: Soy democrático, pero a mi manera. Mire que la democracia depende, pues. Una novia puede ser muy linda si es joven y puede ser muy fea si acaso es vieja y chuñusca, pero es la misma novia. Hay una gama de escalones muy variados.

RE: Lo cierto es que su gobierno no tuvo el visto bueno del Departamento de Estado.

P: Primero se quedaron callados y después... repudio.

RE: ¿No le parece que la forma como usted gobernó fue decisiva en esa falta de apoyo? Hechos como el asesinato de Orlando Letelier en Washington ¿no cree que influyeron en ese repudio?

P: No puede usted relacionarlo con este gobierno —replica con voz dura.

RE: Todo el mundo lo relaciona con este gobierno.

P: Porque todo el mundo está influenciado. Es cuestión de pensar un poco cómo hoy todo lo sucedido es culpa nuestra y los buenos fueron atacados por los malos. Cuando mucha gente nuestra fue dada de baja el once de septiembre.

RE: ¿Cuántos?

P: El día 11 de septiembre hubo exactamente en el ejército 318 bajas: 101 muertos, 171 heridos graves, 46 heridos leves.

Raquel Correa escribe en *El Mercurio*. Enemigo abierto de Salvador Allende y vocero encubierto de Augusto Pinochet, el diario quedó marcado. Fue cómplice junto con *La Tercera*; la Junta autorizó su libre circulación, suelta en la opresión.

Ya al final de la entrevista con Pinochet, las periodistas endurecieron el lenguaje:

—¿Le informaron que hubo simulacros de fusilamiento de prisioneros en la Escuela Militar y en el Estadio Nacional?

P: Mire, a mí no me llegó nunca ese cuento. Y yo no soy amigo del que se chopea, perdone la palabra, hablando de alardeo ni por uno y otro lado.

RE: ¿Qué quiere decir?

P: De "show". Nosotros, los militares, llamamos "chopearse" a los que les gusta hacer demostración. Y yo soy enemigo de eso, nunca me ha gustado. Ni nunca me contaron un cuento así. Cuando uno hablaba de que había pegado una "apretada" —una apretada no significa pegarle ni matarlo, sino tenerlo de pie, por ejemplo—, yo llamaba la atención y no lo aceptaba. Decía: "Está mal eso". Si usted aprieta no lo diga, pues no lo debe hacer, pero si llega a cometer el error de hacerlo, no lo diga para "chopearse".

RE: ¿Le informaron de los fusilamientos sin juicio que se efectuaron esos días? En los cordones industriales, por ejemplo.

P: Eso sí que no supe. De eso le puedo dar mi palabra. De combate de patrullas sí que supe.

RE: Pero después habrá sabido que hubo fusilamientos sin juicios de ninguna especie.

P: Nunca. Cómo se le ocurre que iba a aceptar que me fusilaran a la gente por amor al arte? Si yo soy militar, no soy de la tropa SS. ¿Cómo iba a aceptar que me dijeran "fusilamos a un prisionero"? ¿Con qué derecho?

RE: Pero usted sabía de los centros de reclusión en la calle Londres, en Borgoño, Tres Álamos, Cuatro Álamos, Villa Grimaldi, cuarteles...

P: Sabía que había cuarteles y armas en esas partes y autoricé al presidente de la Corte Suprema, señor Eyzaguirre, para que fuera a visitarlos. Lo mismo hice con las autoridades de la Cruz Roja. Se olvidan de eso.

RE: ¿Su conciencia está tranquila?

P: No tengo ningún cargo en mi conciencia. Tendré pena por otras cosas. Me puedo preocupar por un nieto, por mi mujer, por mis hijos, pero tengo mi conciencia limpia de lo que usted dice.

RE: Admitiendo que se cometieron excesos, ¿qué responsabilidad moral, personal, asume usted?

P: Ninguna. ¿Qué responsabilidad moral puedo tener en un hecho que ni supe que estaba sucediendo? ¿Qué responsabilidad? Nada. No me consta que esas cosas hayan pasado.

RE: ¿Usted conoce, más o menos, en detalle, lo que ocurrió en Lonquén, por ejemplo?

P: No, pero he leído y creo que puede ser factible que hubo un combate, una lucha y ahí parece que aquéllos que combatieron no encontraron nada mejor que meter a los muertos adentro de unos hornos.

RE: ¿Sabe usted, general, que esos campesinos estaban en sus camas, dentro de sus casas y que los sacaron en la noche, en paños menores, les llenaron la boca y las narices con paja, los lanzaron dentro de los hornos y luego los taparon con cal viva? **P:** ¿De dónde sacó ese cuento?

RE: Está en el proceso.

P: Ah, claro, los campesinos no hacían nácia. Yo no justifico los asesinatos, pero acuérdesese, en tiempos de la Unidad Popular a una señora la violaron delante de sus hijos y luego se suicidó.

RE: ¿Los campesinos de Lonquén?

P: No, otros, pero así eran esos angelitos que ustedes pintan como santos. Como le estoy contando: violaron a una señora delante de sus hijos, al extremo de que esta señora se suicidó. Y al teniente Lacampetre: lo asesinaron, sólo por matar. Eso no vale.

RE: ¿Y los tres profesionales comunistas que fueron degollados en el año 1985?

P: Ese cuento no me lo cuenten a mí. No tengo idea. Yo pedí que se investigara a fondo. El gobierno no tiene nada que ver con ese caso. No tiene nada que hacer mi gente.

RE: Por ese caso, incluso, renunció un miembro de la Junta de Gobierno.

P: El general Mendoza dijo que se iba para que se investigara sin trabas. [Carabineros, bajo su mando, los mataron.] "¿Para qué te vas, hombre?", le dije. Esto va a crearnos

más problemas que otra cosa. "Me voy para que se investigue", dijo él. Ustedes creen que él estaba metido. ¿Él?

RE: No, pero un grupo de carabineros sí.

P: No sé yo. No le puedo decir sí ni no.

RE: General, usted sabe cómo es la imagen que proyecta en el mundo, ¿no es cierto? La de un dictador despiadado.

P: Ah, que soy un dictador. Tengo mi conciencia tranquila, ya les dije. No soy despiadado con nadie, todo lo contrario. Cuando puedo ayudar a alguien, lo ayudo. ¿Que soy enemigo de los comunistas? Soy enemigo. Y de los marxistas y los gramscianos, también. Y que el mundo está dominado por los marxistas, lo sé. Entonces han dado la vuelta al mundo diciendo que soy un dictador, un canalla, un bandido.

Pinochet clama por el olvido de un pasado que nació el once de septiembre de 1973. Las periodistas inquieran:

RE: El que perdió a su padre, a su marido, a su hijo en la guerra sucia ¿tiene que olvidarse, general? ¿No hay justicia para ellos?

P: No era una guerra sucia. Era el aborto de una guerra civil en ciernes. ¡Tiene que olvidarse, tiene que olvidarse! De otra manera se transforma en una mesa de pimpón de un lado, luego del otro, hasta el infinito. Hay que dar un solo corte.

RE: ¿Y seguir viviendo sin saber siquiera dónde están los restos?

P: ¿Y qué se saca? Nada. Sólo abrir heridas.

Las sesiones de la entrevista han sido a puerta cerrada. Termina Pinochet: "Los civiles nunca nos han entendido. Pero ahora será la historia la que tendrá que juzgarme".

Cierra *Ego Sum Pinochet*: "Miró el reloj. Se puso bruscamente de pie. Tomó nuestros abrigos y dijo una vez más: 'Déjenme ayudarlas, porque la mujer que no acepta que le pongan el abrigo, no tiene abrigo ni tiene amigos, Sacó dos claveles de un florero, nos entregó uno a cada una y partió por los pasillos de La Moneda".

* * *

Camilo Escalona, uno de los cuatro asesores del presidente Ricardo Lagos, trabaja en el sótano de La Moneda, el búnker que fue de Pinochet. Puertas de hierro gris carcelario, fúnebres y amenazantes, protegen el acceso y salida de tres pequeñas piezas y un baño exigente: espacio para el ejercicio, sauna, una plancha de piedra para tenderse y el armario para los uniformes y también los trajes y los zapatos, la ropa interior, las corbatas.

El espacio mayor es para Escalona. De una pared cuelga una fotografía de Allende. Parece día domingo, día de jolgorio. De camisa abierta, sonríe y saluda con el brazo extendido a una multitud que le corresponde. La pieza intermedia comunica a las otras dos y la menor es para Arturo Barrios, jefe de gabinete de Escalona.

En ella operaban los técnicos de Pinochet ocho computadoras conectadas con los salones, oficinas, baños y rincones del palacio presidencial. El general estaba al tanto de las palabras y suspiros de sus ministros, de los cónclaves de los oficiales, el ir y venir

de los visitantes. Desde el búnker se cumplía al pie de la letra una de sus máximas: "No se mueve la hoja de un árbol sin que yo lo sepa".

Al propio Pinochet pudo parecerle excesiva la reminiscencia bíblica, quizá de mal gusto y una vez la corrigió, puntual: "No se mueve la hoja de un árbol de mi gobierno sin que yo lo sepa".

* * *

Fui a Lonquén acompañado por Arturo Barrios. Guiaba el auto don Carlos Guzmán. A treinta minutos de Santiago, la plaza del poblado se exhibía sin piedad. De su tierra seca se desprendía un polvo tenaz que cubría cuanto tocaba. Había montones de basura y basura dispersa, bancas a medio caer, árboles de hojas pardas y un enorme tronco desencajado.

Del asta bandera, en el centro preciso de la plaza, colgaba un gato amarillento, gordo. Allá arriba parecía vivir, atento a la lejanía. A unos pasos, un Cristo de pasta blanca y tonos rosados en los labios y las mejillas tenía a sus pies flores humildes conservadas en botes de lámina. Alrededor no se veía un alma. Ni un perro.

Al rato llegaron Emilio Astudillo y Sergio Cid. Astudillo carga el luto y la zozobra: su padre y dos de sus hermanos terminaron bajo la cal y los asesinos andan sueltos, protegidos por la Ley de Amnistía. Son inocentes legales. Cid es personaje en la historia. Hizo posible que la matanza se conociera en el mundo.

Astudillo, alto, fuerte la voz como su cuerpo, dice: "Cuando supimos de mi padre y mis hermanos, la esperanza se nos agotó. Llegó la tranquilidad, pero se alejó la fuerza. Vimos los restos, atados con alambres de púas las muñecas y los tobillos, las muñecas como trenzas, a la espalda. Los hincaron, en actitud de perdón. Y los acabaron".

Cid, chaparrón de barba poblada, cuenta: Un sacerdote escuchó en confesión el relato vil. Sigiloso, el pecador entregó el secreto, el sitio insólito donde habían sido arrojados los cuerpos. El cura, fiel al profundo sentido de su ministerio, conservó para sí el nombre del cristiano y transmitió la información al cardenal Raúl Silva Henríquez.

Monseñor reunió a unos amigos y a un fotógrafo que trabajaba en una revista, también su amigo. Les pidió que verificaran los datos, asumido el riesgo de una muerte segura si de sus pasos algo se sabía. El fotógrafo reveló las placas cuanto antes. Empezó a sudar y a temblar. El pánico lo hizo suyo. Se pensó torturado, muerto, torturados su mujer y sus hijos, sacrificados también. No pudo más y empezó a borrar las huellas de su trabajo. Fue sorprendido, entre otros por Cid, diseñador gráfico de la revista. Auxiliado por sus compañeros, rescató veinticuatro fotos perfectas que envió a unos conocidos en los Estados Unidos, periodistas. Pronto se difundió la historia y traspasó fronteras. En Chile, sordo y con miedo, poco se sabía de la masacre.

Los mandos militares dinamitaron los hornos y borraron tardíamente las huellas del horror. Del paraje quedaron lomas de piedras y lajas. A los carabineros asesinos, ocho a las órdenes del teniente Lautaro Castro, los trasladaron lejos, al norte de Santiago. Lautaro fue ascendido a capitán.

—¿Y el fotógrafo?

—No quiso saber de Chile —responde Cid—. Huyó a Europa. Sin relaciones, enloquecía. Viajó a Cuba. Sin ideología alguna, enloquecía. Ahora está en Bolivia. Sin brío, quizás enloquezca.

Nuestro vehículo camina a vuelta de rueda rumbo a los hornos. Bajo un cielo despejado, el paisaje se repetía. Arbustos sucios, árboles contrahechos, polvo como neblina sucia. Llegamos a donde debíamos arribar. Al centro de un cuadrado minúsculo, sobre la tierra, vimos un pequeño bloque de rosa de pelequén y sobre el mármol humilde, de pobre calidad, una placa de bronce. Dicen las letras: "En Memoria de los Detenidos Desaparecidos en este lugar. La Comunidad. Lonquén, febrero 25 de 1996".

Y la lista:

Enrique Astudillo Álvarez
Ramón Astudillo Rojas
Omar Astudillo Rojas
Carlos Hernández Flores
Óscar Hernández Flores
Nelson Hernández Flores
Sergio Maureira Lillo
Sergio Maureira Muñoz
José Maureira Muñoz
Rodolfo Maureira Muñoz
Juan Ordoñez Lama
José Herrera Villegas
Manuel Navarro Salinas
Manuel Brant Bustamante

A unos metros, tallado sobre la roca viva, se repite el homenaje a las víctimas de Lonquén. Pablo Neruda da aliento a los deudos: "Aunque los pasos toquen mil años, este sitio no borrará los nombres de los que aquí cayeron."

* * *

No fue circunstancial mi relación con el presidente Allende. Conocí del trato con sus amigos y colaboradores, amistoso antes que autoritario. Tuvo rasgos de egolatría y a veces se golpeaba el bíceps del brazo izquierdo con la mano derecha y jugaba, grave: "Toca esta carne que un día será mármol". Advirtió desde el principio, "todo puede pasar en Chile " y sin desviaciones avanzó a la muerte.

En su tiempo, Allende se hizo querer y aborrecer. Después de los 503 días de detención del hoy exsenador vitalicio en Londres y la grotesca aventura que le siguió, el mundo tomó partido. Qué bien que Pinochet haya sido recluido, qué bien el fallo histórico y político que lo condenó. Pero falta el juicio legal, que son las leyes las que dan cuenta de la vida cotidiana.

Conocí a Allende cinco días antes de que tomara posesión de la Presidencia de la República, el cuatro de noviembre de 1970. Conversamos setenta y cinco minutos frente a una botella de huiqui que consumimos íntegra. No hubo vacíos en ese tiempo,

momentos de silencio para dar pie a una reflexión de último minuto. Marcó una línea insalvable con Fidel Castro y elogió a las fuerzas armadas de Chile. Sin imaginarlo, bosquejó un Pinochet.

Insólito el encuentro, escribí entonces: "A mi petición de registrar sus palabras en una grabadora, saltó: 'No, compañero. Trabaje usted, no la grabadora'. Y cuando se habló de un cuestionario formal (que llevaba escrito), respondió: 'Improvisé usted, como voy a improvisar yo. Iguales'."

En el punto más alto de la entrevista, precisó: "Los Andes serán una Sierra Maestra' fueron palabras de Castro, no más. Mi límite y mis problemas son uno solo: Chile".

Dijo Allende:

La revolución chilena es auténticamente nuestra. Cuba tenía sus problemas, su historia, su idiosincrasia y nosotros tenemos nuestros problemas, nuestra historia, nuestra idiosincrasia. No se pueden comparar Cuba y Chile. Es imposible. Cuba, hasta el año 1938, tuvo la enmienda Platt (que dio forma legal a la intervención). Nunca hubo allí una democracia, ni siquiera burguesa. Todo fueron dictaduras. En cambio, Chile ha sido uno de los países más evolucionados de América Latina. El Congreso Nacional tiene más de ciento veinte años de existencia ininterrumpida. Sin una sólida, apasionada creencia en las instituciones democráticas, no es posible mostrar hechos tan elocuentes.

—¿Vislumbra usted posibilidades de una guerra civil en Chile?

—No creo en la guerra civil —respondió—. El pueblo es suficientemente fuerte como para impedirlo. Las fuerzas armadas chilenas son fuerzas profesionales respetuosas de la Constitución y de la ley. No son guardias pretorianas al servicio de un hombre.

Sensibles al huisqui, la conversación seguía a despecho de los invitados a la reunión de esa noche, en casa del agregado cultural de México en Santiago. Emisarios amables se asomaban a nuestra pequeña sala y sonreían al presidente. Allende les hacía señas, también sonreía y me invitaba a continuar.

—Se dice que usted admira por sobre todo a Ho Chi Minh, a Mao, al Che Guevara, a Castro. ¿No implica esta actitud admirativa una definición política intrínseca?

—Añada: también admiro a Lázaro Cárdenas, a Bolívar, a O'Higgins, a Morelos, Miranda, Lenin, a muchos más.

—En su casa tiene usted cuadros colgados sólo de los cuatro primeros.

—Son cuadros dedicados por Castro, Che Guevara, Ho Chi Minh y Mao, a quienes evidentemente admiro. O qué quiere: ¿que cuelgue un cuadro dedicado por Cristo?

Esa noche saludé a Hortensia Bussi de Allende, recluida en sí misma. Sus ojos verdes daban expresión a su rostro y aun a su cuerpo, ojos verdes que eran como uvas peladas, agua profunda.

* * *

Por decreto, bajo su firma, el general Pinochet dispuso de la vida, la muerte a su servicio.

El 17 de septiembre de 1973 los comandantes promulgaron el Bando número 30, Jefatura de Estado de Emergencia:

Cualquier acción de resistencia de parte de grupos extremistas obliga a las Fuerzas Armadas a adoptar las más drásticas sanciones, no sólo respecto de los agresores sino que también en contra de quienes permanecen detenidos o sometidos a arresto domiciliario y vigilancia.

Las Fuerzas Armadas y de Carabineros serán enérgicas en el mantenimiento del orden público, en bien de la tranquilidad de todos los chilenos. Por cada inocente que caiga serán ajusticiados diez elementos marxistas indeseables, de inmediato y con arreglo a las disposiciones que el Código de Justicia Militar establece en tiempo de guerra.

Funcionaba con eficacia la máquina asesina. Las cárceles eran secretas, los tribunales actuaban en secreto, había policía secreta, los entierros eran secretos. Los militares legislaban en secreto y expedían de la mañana a la noche los bandos que aterrorizaban a la población. El misterio cubría a la nación y frente al misterio no había defensa posible.

El lenguaje de los bandos va y viene con un ritmo aciago. El bando número uno termina con los escrúpulos y advierte que "se actuará de la manera más drástica posible"; el bando número dos previene de "ataques por tierra y aire"; el siete alude al "rigor de la ley militar"; el nueve anticipa la represión "sin contemplaciones"; el diez, el diecinueve y el veintitrés mantienen la pesadilla: en adelante —dicen— "se actuará con la misma decisión y energía que la ciudadanía ya ha conocido".

Los hermanos Carmen, Roberto y Manuel Carretón Merino se unieron para analizar los bandos. Carmen, pedagoga y filósofa, puso al día los archivos del crimen; Roberto, relator de los derechos humanos en la ONU, documentó la barbarie; Manuel escribió *La faz sumergida del iceberg*, el rostro apenas visible del pinochetismo.

Señalan: "El bando número veintiocho castiga con la pena máxima al personal que sea sorprendido dentro de una industria', insólito delito que no debiera merecer más que alguna forma de amonestación por parte del patrón". La Junta —agregan— fue consecuente con sus decisiones: prevalecería el abuso ilimitado del poder, la tiranía.

Entre centenares de casos, casi al azar, personalizan:

Luis Bush, Francisco Valdivia y Andrés Rojas, en Calama, fueron detenidos, torturados y juzgados sin derecho a defensa, condenados, ejecutados y sus cuerpos escondidos, todo en 24 horas, por un "intento de sabotaje".

Las ejecuciones sumarias de Luis Rojas Valenzuela, el 18 de septiembre de 1973, en Arica, y la de Juan Rojas, el 10 de octubre, en La Calera, fueron explícitamente justificadas "en cumplimiento de las disposiciones de la Junta Militar de Gobierno", sin explicación mayor ni menor. Ramón Palma Cortez "fue ajusticiado" el dos de octubre de 1973 por el hecho de considerársele un degenerado sexual. El bando número 24 preveía casos como el suyo.

Hubo muchos más. La aberración campea. Reseñan los hermanos:

El bando número 17 dispuso que los poseedores de armas y explosivos debían entregarlos a las unidades de las fuerzas armadas y Carabineros dentro del plazo de "48 horas a contar de las 24 horas del día de hoy, 11 de septiembre de 1973". El plazo vencía, entonces, el trece a las 24 horas, y si las armas no se entregaban el infractor sería castigado con "todo el rigor de la ley militar". Pero al día siguiente el bando acortó el plazo a las 24 horas del día doce de septiembre de 1973, bajo sanción del mismo "rigor". Ese mismo día, el bando 22 vuelve a disminuir el plazo a las 15 horas del día doce, si bien ahora se especifica el "rigor": "ataque definitivo o fusilamiento en el acto". Para los detenidos, fueran autores, cómplices o sospechosos del agravio militar, no habría escapatoria.

Hay bandos que se incorporan a la historia ínfima de la represión. El terrorismo y la locura siempre se encuentran. El bando número 55 prohibió la enseñanza del karate, aikido, *kick-boxing*, kung-fu, tae-kwon-do y todo ejercicio parecido a cualquier persona que no fuera militar, carabiniero o funcionario de investigaciones. Del delito conocerían los tribunales de guerra.

Degradó la justicia al más bajo nivel el propio presidente de la Corte Suprema de Chile, José María Eyzaguirre Echeverría. Aceptó la legalidad del bando a nivel constitucional y tuvo por inapelables las decisiones castrenses. Por sí y ante sí, las fuerzas armadas resolvían los conflictos de la nación y las querellas ciudadanas. Los códigos se agotaban en Pinochet, fuente del derecho.

Sentencian Carmen, Roberto y Manuel: "El once de septiembre se produjo el acto más indigno en la historia de la Corte Suprema". Explican que el juriconsulto abolió el derecho e hizo de la justicia una utopía. Apoyados en sus bandos, los militares no tenían por qué ajustar sus acciones a normas precisas. Su voluntad de poder fue la nueva legalidad.

En los albores del golpe, implacable la guerra unilateral, Eyzaguirre Echeverría y su corte de jueces fueron trasladados de sus hogares a la sede de los tribunales. El recorrido fue a bordo de un microbús del ejército, escoltado por personal militar. A la hora de los parabienes y los discursos, reunida la judicatura con los comandantes, el presidente de la Corte dijo que recibía a los gobernantes con "satisfacción, orgullo y optimismo". Al terminar, les deseó éxito para "el bienestar de nuestra ciudadanía y para el país entero". Comentan los hermanos:

No hubo en la ceremonia alusión alguna al estado de guerra, al estado de sitio, al estado de emergencia, a los fusilamientos, a los campos de concentración. Poco tiempo después, al mismo presidente del supremo tribunal de justicia se le preguntó a partir de qué arreglo, derecho o legitimidad gobernaba Pinochet. La respuesta fue pública: "Gobierna con el derecho del vencedor".

* * *

Desde el encierro de Pinochet en Londres, el hijo mayor del presidente de la Corte Suprema, de su mismo nombre y profesión, se incorporó al cuerpo de abogados del

general. No dudó en su trabajo José María Eyzaguirre Jr.: la grandeza de Pinochet no era comparable con las miserias de que se le acusaba.

No cree Eyzaguirre en la lógica interna de los hechos, la única vereda que aproxima a la intimidad del hombre y a la explicación de su conducta. Cree en los documentos, las firmas, las pruebas que se ven. El resto es niebla, viento. Sin la prueba legal el juicio queda abierto a la fantasía, opina.

Sostiene que carece de sustento la asociación de Pinochet con los crímenes atribuidos al general Sergio Arellano Stark y "La caravana de la muerte". Nada significa que Stark haya sido el delegado personal de Pinochet en zonas donde el crimen masivo fue impune. No hay pruebas, dice Eyzaguirre. ¿Dónde está la firma del general Pinochet, dónde sus órdenes de matar y secuestrar? "Pinochet dijo que en Chile no se movía la hoja de un árbol sin su consentimiento". Para bien del país fue así, respondería Eyzaguirre.

Gloria Giner, periodista chilena, le preguntó:

—¿Pensó en algún momento que podría tener un costo profesional asumir un juicio tan político como éste, el de Pinochet?

—Para mí —respondió el abogado— es un honor y estoy en este caso por lealtad al general Pinochet, quien hizo por este país una obra inmensa desde el punto de vista histórico. Me siento moralmente obligado a colaborar en su defensa.

No considera Eyzaguirre que el general pudiera ser arrastrado a una última y definitiva desdicha: el juicio público, la rendición de cuentas por los muertos, los desaparecidos, los mutilados y los desarraigados durante dieciséis años de mandato omnímodo. Sus males orgánicos han minado de tal manera su energía que no hay manera de "consultarlo acerca de su defensa".

La descripción de Eyzaguirre corresponderá a la depresión extrema: lúcida la mente, rota la voluntad. Dice el abogado sin decirlo que el general está aniquilado.

—¿Qué le dice su experiencia judicial y su sentido común acerca de cómo debieran resolverse las transiciones políticas, como la chilena? —pregunta Claudia Giner.

Responde Eyzaguirre como lo harían el propio Pinochet, su familia, los comandantes, los presidentes de la transición democrática, Aylwin y Frei, como tantos otros, muchos henchidos en el bienestar, muchos hastiados: "Aquí lo que interesa es que el país pueda mirar su desarrollo futuro como un solo todo, unido, y no con el odio que reviven estos procesos".

El miedo o la resignación se habían extendido en Chile. Pinochet había salido ileso de un atentado en septiembre de 1986 y los servicios de inteligencia de las fuerzas armadas habían descubierto un gigantesco contrabando de armas procedente de Cuba meses antes. El terrorismo había sido quebrado y rota su red subterránea. El país era para los uniformados y sus aliados. Por los muertos y desaparecidos hablaban unos cuantos.

Adiestrados en el manejo de la falsificación de los documentos, en sus manos la papelería y los sellos del gobierno, los militares se inventaron dueños de Villa Grimaldi, la casa de la tortura. Pusieron el inmenso terreno en venta y obtuvieron la gracia de un comprador. La operación se llevó a cabo cubierta la apariencia de la ley. El negocio fue pingüe, repartido entre pocos.

Era demasiado. Nació la protesta. El Partido Socialista y los pocos que se animaron cobraron confianza. Los socialistas encabezaron el clamor en sordina, negado el acceso a los medios de comunicación a pesar de todo el alboroto. El fraude fue invalidado y

los terrenos transformados. Nació el "Parque de la Paz". Se abrieron senderos, se plantaron árboles, se llevó agua en abundancia. Sería un jardín. Irían las familias, niños sobre todo.

Los militares habían destruido los vestigios físicos del horror. No pudieron hacer otro tanto con la memoria de los hombres y mujeres que ahí conocieron la muerte y volvieron a la vida. Tampoco tenían manera de borrar el recuerdo, luz de la historia. Víctimas de hombres y mujeres ejecutados, desaparecidos y arrojados lejos de su país, de sus familias, rindieron testimonio. La memoria se conservaba abierta, como una llaga. "Aquí estaban las celdas de mujeres", recordaba una de ellas y señalaba el sitio preciso. "Aquí las mazmorras de un metro cuadrado" y relataba lo que allá adentro pasaba. "Al fondo, cercana al muro de piedra, la piscina para amedrentamiento, poza cuadrada de tres metros de profundidad". Poco a poco se rehizo el pasado en Villa Grimaldi. Quedó un jardín fantasmal, sin gozo.

* * *

El cuatro de mayo del año 2000, Juan Pablo Cárdenas recibió en Boston la medalla "Héroe de la Libertad". Conferida por el Instituto Nacional de la Prensa, con sede en Viena, a la ceremonia asistieron el vicepresidente de los Estados Unidos, Al Gore y el secretario general de la UNESCO, Federico Mayor.

El reconocimiento fue para cincuenta periodistas, veintitrés de ellos muertos. El número obedece a los cincuenta años de vida del instituto, cumplidos al caer 1999.

Cárdenas dirigió la revista *Análisis*, autorizada en ocasiones por la Junta Militar, semiclandestina en otras y en la oscuridad cuando fue necesario. En diez ocasiones estuvo Cárdenas en la cárcel y dos veces fue incendiada su casa. La segunda, de su hogar quedaron las fotografías.

El día del atentado a Pinochet, el domingo siete de septiembre de 1986, el gobierno giró órdenes draconianas: sin demora tendrían que ser aprehendidos cincuenta sospechosos, entre ellos Cárdenas.

Los militares llegaron a la recámara de sus padres, que despertaron aterrorizados. La suerte estuvo del lado del periodista. No llegó esa madrugada con sus padres, su esposa y sus hijos a resguardo.

La barbarie desatada estuvo a la altura de Pinochet. El toque de queda fue el mismo del once de septiembre de 1973. La vida y la muerte a criterio de la represión, el allanamiento de casas, departamentos y oficinas a juicio de soldados y carabineros, la venganza impune para liquidar cuentas. En la cacería, uno de los conjurados - clamó piedad, el tiro de gracia. Fue rociado con ciento once balas.

Cárdenas también recuerda: El editor internacional de *Análisis*, José Carrasco, fue asaltado en su casa y entre obscenidades arrastrado al parque "El Recuerdo". Ahí quedó deshecho. Al final, al peor estilo, de rodillas, fue liquidado con disparos en la nuca.

Enrique París, psiquiatra reconocido, amigo del presidente Allende, fue detenido en La Moneda el once de septiembre de 1973 y martirizado en horas de extravío. Hierros candentes quemaron sus huesos. Cárdenas halló su cuerpo, o lo que de él quedó, en el patio número nueve del cementerio general. Es la zona de las fosas comunes para los irreconocibles, los desechos, los anónimos.

Parientes de Pinochet ocuparon el departamento donde vivió París. Se ubica en la alameda Bernardo O'Higgins, frente a La Moneda.

Ahora Cárdenas da clases en la Universidad de Chile y dirige una página de Internet, el periodismo remoto. No sólo eso, se empeña contra la historia que se va y quiere que el gobierno actual, el socialista, el de Allende, levante un museo de la tortura. Tiene localizada una casa en el barrio Nuñoa, en Santiago. Ahí se trabajaba con fruición demente.

* * *

Iluminado por Dios, venerado por las fuerzas armadas y amado por su familia, los dones de la vida habían sido pródigos para Augusto Pinochet. El temple fue un don más. Pinochet era como un círculo, perfecto en sí mismo. Gobernaba seguro, respiraba sin pesares.

No podía equivocarse, como no yerra el maniqueo. Instalado en un extremo inmutable, el hombre de una pieza no se quiebra la cabeza ni agita sus sentimientos por asuntos menores. El blanco es blanco y el negro es negro. La diferencia entre las personas se da a partir del matiz, que Pinochet menospreciaba. Decía: los políticos tienen ideas; los soldados, principios. No hay en la vida más línea que la línea recta, la línea militar.

De niño su abuelo político le enseñó francés, lengua que decía dominar. Pinochet echaba de menos el latín, le gustaba más. De pantalones cortos y largos confesaba y comulgaba, fiel a la Iglesia. La visita del Papa a Chile representó su momento cercano al éxtasis. Una nube pasajera ocultó el sol. La esposa de Pinochet, Lucía Hiriart, recuerda dolida: "Hubiera querido recibir la comunión de manos del Papa, pero la Iglesia no nos invitó a ninguna de las ceremonias que ofreció el Santo Padre".

El día en que Pinochet ingresó a la Escuela Militar, se postró ante la Virgen del Perpetuo Socorro. Tiempo después, ya cadete, volvió a la iglesia de su predilección. Dejó ahí "una plaquita dorada" que se conserva, testimonio histórico. Dice: "Gracias, Madre mía, por tu amparo. Alférez Augusto Pinochet Ugarte, 1936."

Pinochet recobra el tiempo, ávida su memoria. Hubo claridad ese día, transparente el futuro, como en su misa matrimonial, el nacimiento de sus hijos, el primer nieto y los que siguieron, su preocupación, "la más honda".

Dios y el ejército se unieron para salvar a Chile el once de septiembre de 1973. Sin su concurso habría sido impensable la refundación de la República, que nació independiente con O'Higgins y estuvo a punto de la abdicación con Allende. Dios permitió la desventura de Chile y de Dios proviene la autoridad. En esa medida vive Pinochet confiado, conforme a leyes sagradas, las leyes de Dios. Anticipa que pasará a la historia al lado de O'Higgins. La radiante quinta estrella del libertador también es suya y ya la ostenta en las grandes ceremonias.

Nada tuvieron que ver los civiles en la salvación de Chile. No podía ser de otra manera. Sólo el ejército forma para el heroísmo. El civil no mira la muerte con los ojos serenos del oficial. El hombre cotidiano vive para la vida y el soldado para la vida y la muerte. La palabra inmolación, el giro "murió por la patria" y tantas otras expresiones similares pertenecen al lenguaje y espíritu castrenses. Los soldados aman la vida dispuestos a entregarla, porque día tras día saludan a la muerte.

Propietario de Chile, Pinochet modificó la Canción Nacional. Al coro del canto patrio agregó la estrofa número tres:

Vuestros nombres, valientes soldados
que habéis sido de Chile el sostén,
nuestros pechos los llevan grabados
lo sabrán nuestros hijos también.
Sean ellos el grito de muerte
que lancemos marchando a lidiar
y sonando en la boca del fuerte,
hagan siempre al tirano temblar.

Pinochet preside una familia unida en el amor, la rectitud, la pureza de sentimientos, el patriotismo, el valor. Es visto por su esposa y sus hijos como un hombre inmenso, reconocido, en el mundo. Doña Lucía Hiriart de Pinochet dice de sí misma:

Me produce alegría una hermosa puesta de sol, el contacto con la naturaleza, el encontrarme con mis seres queridos, acariciar un nieto. Me emociona el cariño que me entregan los seres anónimos cuando voy a lugares apartados de Chile. Podría decir que todo lo bueno que me sucede es Dios quien me lo da y lo malo me lo envía como una prueba de mi fe y mi fortaleza. Dios es la luz que me espera después de las tinieblas de la noche.

Y de Pinochet, afirma:

Sus cualidades son múltiples, destacándose su gran sentido del humor, lo que lo hace muy simpático, receptivo. Gran observador, de pocas palabras, pero no banales. Sensible ante el sufrimiento de los demás. Leal con quienes son sus amigos y colaboradores. Arrojado, no conoce la palabra venganza. Excelente padre. Le doy nota de buen esposo. Para mí no tiene defectos o si los tiene no los capto.

Sus enemigos no la alcanzan ni tocan a la familia. Son mezquinos, de poca visión, de poca inteligencia. "¿No le duele el corazón al prender el televisor y escuchar sólo críticas al gobierno pasado?", le preguntó la periodista Elinor Comandari Kaiser ya en la "transición democrática". "No, para nada —respondió doña Lucía—. Sé que son puras injusticias".

La hija mayor del matrimonio Pinochet, Lucía, la regalona, como dicen en Chile, la consentida, como decimos en México, mira a su padre con ojos agrandados. Del pueblo que desconfía de Pinochet sostiene que "no es muy agradecido, más aún, es irresponsable". No importa. La fuerza del general es de tal naturaleza que "recibe bien cualquier golpe. A costa de su sacrificio, se entrega".

En la alborada de 1996, Lucía estrenó oficinas en la Fundación Nacional de la Cultura. Dueña de tiempo, recursos, archivos y cuanto pudiera desear o necesitar, se propuso editar un libro sobre su padre. Lo llamaría *Augusto Pinochet. Pionero del Mañana* y lo

imprimiría a todo lujo en español y en inglés. Sería un regalo y una conmemoración: los ochenta años del general.

Consta en la obra, grande, pesada, de 231 páginas y 533 fotografías a todo color, que el paraíso también es de este mundo. Pinochet aparece en todas las fotos, con excepción de unas cuantas dedicadas a sus padres, a sus suegros y a su esposa. Baila, canta, ríe, sonrío, estrecha manos, da palmadas, posa, come del pastel de su primer nieto, mira arrobado a su bisnieto Felipe Augusto García, sopla a las velas de su pastel de octogenario, pronuncia discursos, escucha, luce uniformes de todos los colores y condecoraciones de todos los brillos, rojas, azules, blancas, grises las casacas, áureos y diamantinos los galardones, ostentosos los rubíes y las esmeraldas, pasa revista a las tropas, saluda, una estatua, aparece en el campo, bucólico, firma autógrafos, rubrica decretos, monta a caballo, toma la pata de su perro amaestrado, observa la nieve andina desde la ventanilla de un avión, recibe flores, corta listones, observa maquetas, asiste sombrío al duelo de Jaime Guzmán, su ideólogo, asesinado, estrecha la mano del general argentino Jorge Rafael Videla, el presidente homicida que inauguró el campeonato mundial de fútbol "en nombre de Dios", agasaja al Papa, visita la Plaza Roja en China, es recién nacido, captado en pañales, es joven, es viejo, es inmortal. Escribe Lucía en *Augusto Pinochet. Pionero del Mañana*. "Algunos editores norteamericanos hoy le califican como el principal *Super Star* latinoamericano vigente".

También: "El proyecto refundacional [de Chile] que tuvo en mi padre a su principal artífice e impulsor, le valió el reconocimiento internacional del que legítimamente disfruta".

Y sigue:

Ha sido de universal conocimiento que ni mi padre ni los restantes Comandantes en Jefe se movilizaron por ambiciones personales o intereses subalternos.

La llegada del General Pinochet a la Jefatura del Estado derivó en una inmensa responsabilidad que la Divina Providencia colocó sobre sus hombros.

En la medida que sepamos abordar el futuro reconociendo la mayoría de factores aglutinantes y elementos comunes que nos aunan, como hijos de una misma patria y herederos de una hermosa historia y evitemos que las mezquinas rencillas de la cotidianidad política nos fragmenten, el ideario de este "Pionero del Mañana" —que ha amado a Chile por sobre todas las cosas— se cohesionará y dará grandeza a la Patria.

* * *

.....

José Tohá pudo asilarse donde hubiera deseado. No aceptó protección alguna y se entregó a la Junta Militar, como exigieron los comandantes el once de septiembre. Fue preso y ya sólo supo del suplicio en la carne y más adentro.

Su mujer no entendía la sinrazón. En la oscuridad del hombre, aun la tortura debiera responder a un móvil. ¿Por qué?, le preguntó al general Carlos Prats en un mensaje

pesaroso. Los conocía a todos, a los militantes de la Unidad Popular, a los generales, a Salvador Allende, a Pinochet, a Tohá.

Desde Buenos Aires, el 29 de agosto de 1974, Prats hizo llegar esta nota a la viuda:

Creo poder dar respuesta a tus dudas que tanto te atormentan y que lo comprendo muy bien hacen más dolorosa la herida incicatrizable que para ti y los tuyos constituye la pérdida de José. ¿Por qué ellos se ensañaron con José? Porque a cada uno de los comités de hoy les torturaba la evidencia de que, dentro de la Unidad Popular, José era quien mejor los conocía. Los observó humildes y obsecuentes, los vio hacer genuflexiones y supo de sus miserias íntimas, de los celos interarmas, de su concupiscencia y frivolidad, de sus limitaciones intelectuales y culturales y de la falta de su lealtad. José tenía mucho qué decir y cada palabra suya, avalada por su incuestionable autoridad moral, habría tenido la fuerza suficiente para derribarles su autoelegido pedestal a estos apostatas del profesionalismo militar. Ten la certeza de que si hubiesen encontrado el más mínimo cargo afrentoso contra él; les habría convenido dejarlo vivir.

En cuanto a la conducta de Pinochet puedo decirte que su traición no tiene parangón en la historia de Chile. Sólo siento un gran anhelo, que llegue cuanto antes el día en que la masa de mis compañeros de armas se convenzan por sí mismos de que han sido engañados y que han incurrido en la equivocación histórica más tremenda al convertirse en los verdugos del pueblo de su patria. Porque sólo en este momento se puede empezar a recorrer el camino de la liberación.

Frente al recuerdo de Carlos Prats, Augusto Pinochet tropieza y cae. No resiste a las periodistas Raquel Correa y Elizabeth Subercaseaux, que lo interrogan severas sobre el atentado en Buenos Aires. Pinochet pretende rehacerse, recurre a la broma y cae en la incoherencia.

RE: El general Prats fue asesinado y luego, cuando lo enterraron, ni siquiera se permitió que fuera sepultado con los honores que correspondían a un excomandante en jefe del ejército. ¿Por qué se actuó de esa manera?

P: Oiga, no, permóneme que le diga, pero eso no es verdad. Supe que lo enterraron aquí, en Santiago, pero posteriormente.

RE: ¿Por qué le negaron los honores?

P: Honestamente no recuerdo el detalle. Si realmente fue así, fue un error. A un general de la república, comandante en jefe, no se le deja abandonado y, si muere, recibe todos los honores y hay que enterrarlo así, como un hombre que entregó toda su vida al servicio de las armas en defensa de la república.

RE: ¿Cuál es su interpretación del asesinato del general Prats?

P: ¡Sepa Dios quién lo mató! Eso me gustaría *aclarar* por muchas razones. Culpan que fueron los chilenos en Argentina, otros que fueron los fascistas. Es muy difícil de averiguar y mis investigaciones no han llegado a nada concreto.

RE: La versión más conocida es que ese asesinato fue ejecutado por la DINA, que en la muerte del general Carlos Prats estaba la mano de Michael Townley [agente de la DINA], quien puso la bomba que asesinó a Orlando Letelier en Washington. ¿Qué dice usted?

P: Siempre repiten lo mismo, que la DINA es culpable. Creo que el gobierno arbitró medidas dentro de sus posibilidades para proteger al general Prats. Sin embargo, yo no tengo mayores antecedentes. En todo caso, pienso que la muerte de Prats fue algo vil y perverso.

RE: Para usted era una molestia el general Prats.

P: No, ninguna molestia. Todo lo contrario. Éramos camaradas de armas con Carlos Prats. Pese a que nos habíamos distanciado después del once de septiembre, yo siempre le guardé mi afecto.

RE: ¿Ha vuelto a tener contacto con la familia del general Prats después de su muerte? ¿Ha intentado hablar con ellos?

P: No. ¡Qué le voy a decir a la familia! Ya ve que la familia busca un chivo expiatorio y para ellos ése soy yo.

RE: Usted dijo que el general Prats había sido seducido por ciertos aspectos del poder. Que había sido seducido por Allende.

P: Sí, dije eso, pero también agregué una frase: "Todo puede ser un juicio sin base". Agregue esa frase, no se olvide.

RE: Sí, pero dentro de su juicio, o de sus prejuicios, ¿cree que el general Prats estaba políticamente inclinado a favor del gobierno de la Unidad Popular?

P: El general Prats pudo sentirse tocado en ese sentido. Yo supe por corrillos que le habrían dicho o mejor habrían informado a él que sería el futuro presidente de Chile. Él puede haberse sentido hasta tentado por eso. El señor Allende era muy hábil. Y en esa forma lo fue cercando y lo nombró vicepresidente. Eso se llama, con licencia del lenguaje, "pu-pi-la". Perdonen que yo sea medio campechano para expresarme, pero yo soy así y no voy a cambiar nunca. "Pupila" llaman a lo que tuvo Allende para hacer diabluras a futuro.

* * *

El siete de septiembre de 1973, cuatro días antes del golpe, Augusto Pinochet envió una carta cuidadosa a Carlos Prats, considerado el primer soldado del presidente Allende. Prats merecía la confianza absoluta del Ejecutivo. Lo designó orador oficial en el acto masivo de diciembre de 1972, lleno el Estadio Nacional para honrar a Pablo Neruda por la obtención del Nóbel de Literatura de 1971. Por recomendación de Prats, Allende nombró a Pinochet comandante en jefe del ejército el 23 de agosto de 1973. El consejero Joan Garcés, en cumplimiento de sus funciones, dudó de Pinochet como la mejor solución para el cargo. Transmitió al presidente su intuitiva sospecha. Recuerda que Allende le respondió: "Si usted me invita a su casa, yo confío en el cocinero".

La carta expresa el límite al que llegó Pinochet. Al redactarla y cubrir a Prats de elogios y reconocimiento, expresaba su fidelidad al presidente Allende. No podía ser leal con uno y desleal con otro. En público y en privado, Allende y Prats se comportaban como una acabada unidad humana y política.

De soldado a soldado, de hombre a hombre, de amigo a amigo, Pinochet escribió el texto, elocuente, sin reservas:

Mi querido general y amigo:

Al sucederle en el mando de la Institución que Ud. comandara con tanta dignidad, es mi propósito manifestarle, junto con mi invariable respeto hacia su persona, mis sentimientos de sincera amistad, nacida no sólo a lo largo de nuestra profesión, sino que muy especialmente cimentada en las delicadas circunstancias que nos ha tocado enfrentar. Al escribirle estas líneas, lo hago con el firme convencimiento de que me dirijo no sólo al amigo, sino ante todo al Sr. General que en todos los cargos que le correspondía desempeñar lo hizo guiado sólo por un sentido de responsabilidad tanto para el ejército como para el país. Es por lo tanto para mí profundamente grato hacerle llegar, junto con mis saludos y mis mejores deseos para el futuro, en compañía de su distinguida esposa y familia, la seguridad de que quien lo ha sucedido en el mando del ejército queda incondicionalmente a sus órdenes, tanto en lo profesional como en lo privado y personal.

Afectuosamente,

Augusto Pinochet Ugarte,

General del Ejército Comandante en Jefe.

* * *

De la traición no se regresa. La infamia marca y no hay manera de confiar una segunda vez en el sujeto desleal.

Pinochet pretendió cambiar las reglas inmutables y rebasar su traición. Se diría fiel a sus ideas desde siempre, enemigo de Allende desde siempre. Apostó a su metamorfosis. A Arturo Fontaine, director de *El Mercurio* y más tarde embajador en Alemania, le contó en los días de un aniversario más del golpe, en septiembre de 1977:

Ayudado por el destino fui haciendo méritos ante el presidente Allende. En marzo de 1971, me tocó participar en el esclarecimiento del asesinato del exministro Pérez Zujovic y el señor Allende me felicitó. El ocho de julio vino el terremoto, fui nombrado jefe de la Zona de Emergencia, salí airoso y el señor Allende me felicitó. Luego vino la interminable visita del señor Fidel Castro, fui su edecán y me gané una nueva felicitación.

Después, Allende le confió el honor del ejército, comandante en jefe.

Agrega Pinochet, una estrella en su casaca: "En la Academia de Guerra se enseña que el gran mérito de un general es que jamás el enemigo pueda vislumbrar sus movimientos".

El nueve de septiembre de 1973 Pinochet estaba listo. El Ministerio de Defensa, recinto de las fuerzas armadas, dista cien metros de La Moneda. A la vista de los acontecimientos, estremece la cercanía.

A Pinochet le bastaría cruzar una plaza para adentrarse en la sede presidencial. Ya nada lo detendría. Soñaba con los pies en el lodo. Enfrentaría la traición que cometió y que lo liquidaba como hombre. Sería dios.

* * *

A los expresidentes no les gusta la palabra tortura. Ellos sabrán por qué. Prefieren y casi siempre emplean un término pálido: "apremio, apremio físico".

Anduve por Villa Grimaldi con Camilo Escalona, Arturo Barrios, Carlos Guzmán y la señora Carmen Andrade, torturada en ese sitio hace veintisiete años. Un enrejado color naranja viste la villa en su exterior y al interior se alzan dominantes árboles frondosos como el laurel, llamados ambú. También se ven árboles de tronco delgado y hojas recientes.

A la entrada del jardín inmenso, un medallón azul y blanco, sobre el piso, evoca y pide:

Este sitio donde hoy se levanta un parque fue hace unos pocos años lugar de tortura y crueldad. Los nombres de cada uno de estos rincones corresponden a los testimonios, al recuerdo acongojado de algunos sobrevivientes de la Villa Grimaldi. Cada flor, regada con lágrimas de ayer, es un firme propósito de que aquí nunca más, en Chile, se repita la tortura.

En otro sitio de la ciudad se conserva sin envejecer "El Memorial de los Detenidos". Ahí dejó una línea el poeta Raúl Zurita: "Todo mi amor está aquí y se ha pegado a las rocas, al mar, a las montañas". Tienen vida prestada las rocas. Sobre la superficie lisa de algunos peñascos y en los intersticios entre unos y otros, hay vasos con flores, floreros con rosas, claveles de tallo largo, flores artificiales, imágenes, mensajes escritos.

A la distancia, incrustados en el mármol de un libro abierto, se leen los nombres y apellidos, el día, el mes y el año de hombres y mujeres martirizados. A la izquierda, visto el monumento de frente, constan los desaparecidos; a la derecha, queda nota de los ejecutados. Al centro, tallado en bajorrelieve, destaca el rostro de "Salvador Allende, presidente de Chile".

Dice Escalona que la matanza obedeció a una lógica implacable. Los primeros nombres, los más antiguos, corresponden sobre todo a militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), intransigente, jurado como ninguno contra Pinochet. El tiempo del MIR corrió de septiembre de 1973 y a todo lo largo de 1974. Siguió el exterminio de los cuadros del Partido Socialista, 1975 y 1976. Terminó el crimen selectivo con los miembros del Partido Comunista, 1976 y todo 1977. De la masacre ni los niños se salvaron, da cuenta el monumento.

Sergio Gómez Arriagada, once años, desaparecido el 30 de septiembre de 1973. Sergio Albornoz Matus, trece años, ejecutado el seis de septiembre de 1973; Iván Zurita, catorce años, desaparecido el diez de septiembre de 1974.

* * *

Es día de trabajo, el sol ya está alto. Por Villa Grimaldi se afanan jardineros y obreros. El lugar ha de mantenerse limpio, en orden. Al jardín acuden muchos.

Por un camino de tierra color ladrillo, llegamos a otro monumento Más nombres y apellidos, nuevas listas de ejecutados y desaparecidos. Mario Benedetti transmite dolor y consuelo: "El olvido está lleno de memoria".

La señora Andrade se retrasa y lleva con disimulo el dorso de la mano derecha a sus ojos húmedos.

—Llora, Carmen —le dice Escalona.

—Aquí cumplí veintiún años. En la celda de mujeres estuve al lado de una criatura con uniforme escolar. La falda azul de tirantes, la blusa blanca, los zapatos oscuros, las tobilleras. Aquí escuchaba los gritos de mi hermano.

Avanzamos por el Patio de los Abedules, así llamado por los militares el corazón negro de Villa Grimaldi. Sobre el piso, medallones de mosaicos, siempre azules y blancos, niegan el olvido La extensa línea de los medallones empieza con el "lugar de celdas y torturas de prisioneros". Ahí está el recuerdo, la parte oscura de la memoria.

Siguen los testimonios:

"Celda 2 mts. x 1 m." "Celdas de 1 x 1 metros." "Lugar de aislamiento. Vendados y encadenados de pies y manos." "Celda para mujeres detenidas." "Sala de tortura. Camas metálicas con electricidad y parrilla." "Sala de guardia con sala de tortura anexa." "Laboratorio fotográfico de la DINA y pieza de serigrafía para falsificar documentos, patentes, logos, etc." "Piscina: lugar de amedrentamiento."

La señora Andrade se vuelve a retrasar:

—Llora, Carmen, te hace bien.

—Ya no, Camilo.

* * *

Miguel Krasnoff Marchenko no figura en las columnas de Villa Grimaldi. Pertenece a otras listas.

Ruso blanco de origen, teniente coronel en los años sobrecargados del pinochetismo, llamaba la atención porque mataba y mandaba matar como los niños en los juegos de soldados. Sobre Krasnoff Marchenko caían querellas que también lo divertían. Observaba a su alrededor. No había motivos para el temor. Chile se limpiaba. En 1978 se supo hombre por encima de los hombres. La Ley de Amnistía decretada por Pinochet lo colocaba a salvo de contingencias desagradables.

Transcurrió el tiempo y fue promovido por sus jefes. Coronel, paseaba su arrogancia por las calles de Santiago. En el mundo de las víctimas su presencia provocaba un sufrimiento corrosivo.

La historia como es y como sigue es contada por Camilo Escalona. Una época presidente del Partido Socialista, se mantuvo enterado de sucesos y personas. Así, supo que alguna vez Aylwin consideró la posibilidad de enviar a Krasnoff Marchenko a retiro sin opción al ascenso. Y como a él, a los asesinos con uniforme.

Pinochet enfrentó el amago sin dificultad. El Ejecutivo carecía de potestad para enviar a retiro a los oficiales de las fuerzas armadas. Éste era asunto de los generales comandantes en jefe y de nadie más. En el caso específico de los divisionarios, al tope

de la jerarquía, el presidente de la república no tendría derecho alguno, ni siquiera derecho a voz.

"No tenía límite la insolencia de Pinochet —dice Escalona—. Se comportaba como hombre poderoso entre minusválidos". Así era la mentalidad castrense que pretendía imponer.

—¿Por qué dices pretendió, Camilo?

—Dos de los generales más renombrados, Contreras, de la DINA, y Arellano Stark, de "La caravana de la muerte", prueban mis palabras. Contreras está preso y Arellano libre bajo fianza después de 105 días en arresto domiciliario. A Stark se le enfrenta el general Lagos. Lo llama asesino, sin más. Y Lagos está libre, incólume. Estuvo a cargo de los campos de concentración del norte de Chile, pero se apartó de "La caravana de la muerte".

Los generales se pelean. La historia irá sabiéndose, completa.

* * *

Una semana después del golpe — el 18 de septiembre de 1973 —, Pinochet habló por primera vez ante la prensa como miembro de la Junta Militar. Dijo: "Hubo un trato de caballeros. Yo no pretendo estar siempre dirigiendo a la Junta. Lo que haremos es rotar. Ahora soy yo, después será el almirante Merino, después el general Leigh y luego el general Mendoza".

Nueve meses después se autoproclamó Jefe Supremo de la Nación, mediante el Decreto Ley Número 527 fechado el 27 de junio de 1974. No le bastó. El Decreto Ley Número 806, del 17 de diciembre de 1974, lo convirtió en presidente de la república.

A partir de ese momento, lo tocó la sabiduría. Declaró en 1975: "Yo me voy a morir. El que me suceda también tendrá que morir. Pero elecciones no habrá en Chile".

El año 1981 dijo que había limpiado la patria de marxistas. Los resultados se avistaban: "En treinta años más —dijo— tendremos una población de gente más inteligente".

Decretada la amnistía en 1978, almidonados los uniformes de los asesinos, venerado por las fuerzas armadas, silenciosa la población que se ajustaba al infortunio, Pinochet inició el ascenso al Olimpo. Sus méritos cubrieron al país y su palabra fue dogma.

Escritor sin ritmo ni vuelo, antes de 1973 publicó obras que pudieran recordarse por los plagios a que recurrió. En la página 45 de su libro *Geopolítica*, el más importante hasta entonces, dictó: "Para muchos, la Geopolítica no es más que una falsa ciencia desarrollada por los alemanes con el fin de justificar su política imperialista y sus ansias de dominio mundial."

En 1950, el coronel Gregorio Rodríguez había iniciado así una conferencia ante los alumnos de la Academia de Guerra:

"Para algunos, la Geopolítica no es más que una falsa ciencia ideada por los conductores de una determinada potencia con el objeto de justificar su dominio mundial."

En 1983, todo el poder para su gozo, Pinochet escribe *Política, politiquería y demagogia*. No es un ensayo teórico, explica, sino "una visión muy personal que describe aquel tipo de conducta y actitudes que deterioran progresivamente nuestra vida institucional".

Su dedo apunta al dedo de Dios. Expone, barnizado el estilo: "Es el Creador quien nos pone enfrente de una realidad de equilibrio, orden y autoridad. Es bello sólo lo que tiene relación con una armonía que origina funciones limitadas y esas funciones se llaman jerarquías". (Ninguna tan alta como la suya, repitió muchas veces. Su jerarquía, el mando en Chile, afirmaba, descendía del Creador.)

Por último, el general Pinochet, excomandante en jefe, expresidente de la República, exsenador vitalicio, publicó a partir de 1990 *Camino recorrido*, sus memorias en cuatro tomos. Deja en suspenso su vida, la historia. Escribe:

Al detener mi pluma me preguntaba si el lector de este libro me habrá visto en estas páginas como soy: idéntico a mí mismo. Puesto que "To be or not to be — that is the question". Ser o no ser—de eso se trata, en suma (Hamlet, III, 1, 56).

Repito junto al poeta, que dijo:

Dejar quisiera / mi verso, como deja el capitán su espada, / famosa por la mano viril que la blandiera, / no por el docto oficio de forjador preciada.

Al girar mi cabeza escucho las notas agudas del corneta que vocaliza en su tocata la orden de ¡alto, alto la marcha! Por mi parte, no quiero cerrar estas Memorias sin dar gracias al Altísimo, que lo invocara un 11 de septiembre de 1973 para pedir ayuda para este pueblo, hoy le doy gracias porque me ha dado vida para ver casi derrotada a la URSS, la caída del Muro de Berlín y la detención del avance comunista en el mundo. Ver también caer a mis enemigos con las mismas armas que esgrimieron contra Chile, ¡pero caer vencidos! ¡Gracias mi Dios!

* * *

En 1930 el joven Pinochet pretendió inscribirse en la Escuela Militar. Sus músculos daban para todo, pero no su cabeza. Fue rechazado.

Insistió al año siguiente. No llegó a la orilla. En la escala del uno al siete, repitió su fracaso: Castellano, 3; Historia y Geografía, 4; Inglés, 2; Francés, 2; Matemáticas, 3; Ciencias, 2; Física, 2; Química, 2.

Al finalizar el año lectivo cíclico 1932, los cadetes fueron despedidos con palabras que les humedecieron los ojos. Uno de los maestros, orador sagrado, habló de la milicia y el sacerdocio, las más nobles expresiones de la vida. Religiosos y soldados se entregaban a Dios y a la Patria, ajenos al egoísmo de la recompensa mundana.

Pinochet hizo un tercer intento y al fin fue aceptado en el colegio militar. Su ingreso ocurrió el once de marzo de 1933. La fecha está grabada en su memoria como una oración de la infancia, imposible de olvidar. Otro 11 de marzo, el de 1990, había entregado el poder formal a Patricio Aylwin, primer presidente de la transición democrática. El once, además, sería el número de su vida. Once de septiembre de 1973, el golpe.

Pinochet había reinado casi diecisiete años. Chile le había pertenecido.

* * *

La ciencia infusa, el soplo de Dios que transmite sabiduría, fue generoso con Pinochet. No habrá biógrafo del dictador que pudiera evadir este pasaje, del cual Pinochet da cuenta:

A las diez de la noche ya estoy en cama, generalmente leyendo materias filosóficas, de historia, política, en fin.

La primera vez que abrí una Biblia fue cuando entré en el ejército. Es bien larga la materia para leerla, pero la leí. Después leí otros libros religiosos y ahí se me fue quitando ese miedo al infierno, esas ideas que me habían metido en el colegio. En ese tiempo empezaron a formarse en mi mente los conceptos teológicos que hoy tengo. Leo diario, un cuarto de hora.

También contó acerca de su vida, monocorde y constante el ritmo, como el salto de la cuerda:

Me levanto todos los días entre las 5:30 y las 6:30 de la mañana. Después hago gimnasia un cuarto de hora, pesas, bicicleta y otros ejercicios. De las 6:30 hasta las 7:00 me arreglo y a las 7:15 ya estoy camino al trabajo. Entre las 7:15 y las 7:30 llego a La Moneda.

Los domingos me levanto a las nueve de la mañana. Después leo los diarios. Me demoro dos horas, porque subrayo las informaciones que el día lunes tienen que ver los analistas. De once a doce trote o camino a paso vivo. También juego con mis nietos entre la 1:30 y las 2:05.

* * *

Los psicoanalistas María Dolores Souza y Germán Silva estudiaron a Pinochet en el microscopio: sus discursos leídos, sus improvisaciones, los datos biográficos y autobiográficos, el lenguaje, sus costumbres, el claroscuro de la vida pública y privada, la ilusión de la grandeza, la degradación paulatina.

Dicen: "Antes del once de septiembre encontramos a un hombre bonachón, cordial, tolerante de las ideas contrarias y altamente confiable. En unos días, irreversible el cambio, se convirtió en un sujeto que desconfiaba de todos, amenazaba con dureza y establecía una división inflexible entre amigos y enemigos".

Instalado en el mando, a tiro de pistola sus adversarios, los cómplices suplieron a los amigos. El general pagó el acto de fe al poder con su adhesión a los incondicionales. Desapareció la ley en Chile. Quedaron las relaciones personales.

El 24 de marzo de 1982, el general Hugo Medina, jefe del Estado Mayor del ejército uruguayo, se entrevistó con Pinochet en La Moneda. Al término del encuentro, dijo a la prensa que Chile y Uruguay se veían afectados por la subversión y que ambos debían avocarse a terminar con esa situación lo antes posible. Si no —advirtió— "ellos van a terminar con nosotros".

Pinochet comentó: "Acertada formulación de un dilema de hierro: ellos o nosotros". Desechó el matiz, el conflicto de la conciencia. Mirada la existencia en blanco y negro, no había duda posible. Al pan, pan y al vino, vino, como diría tantas veces. "Nada de

esas ambigüedades en las que son expertos los demagogos cobardes. En las guerras se gana o se pierde. En las de corte irregular no hay capitulación, transacción o empate". Antes del golpe, cuarenta años soldado, Pinochet hizo suyo el viejo principio: obedecer y mandar, mandar para obedecer, obedecer para mandar. Se declaró devoto de los distintos niveles de la jerarquía hasta que él fue la jerarquía. Dueño de Chile, se elevó entre el cielo y la tierra. De sus decisiones, dijo, daría cuenta "a Dios y a su conciencia". Escribió: "Quien manda sabe que ejerce una de las funciones más delicadas de la vida militar. Lo hace luego de reflexionar, de estudiar cuáles son los medios para llegar a un fin. Y quien obedece sabe que, adhiriéndose de mente y corazón a lo mandado, cumple con su deber. Lo demás son caricaturas".

Dijo también: "El ejército tiene un sistema jerárquico de mando y son sus autoridades superiores las que hacen presente lo que la institución piensa".

A juicio de los psicoanalistas, después del once Pinochet sólo tuvo elogios para las fuerzas armadas. Vivían para el heroísmo. Su disciplina era ya una ofrenda, a la lucha, al sacrificio, a la muerte.

Despreció a los civiles. Su vida se agota en la vida y la muerte sobreviene intrascendente. No cabía en la mentalidad del dictador el heroísmo civil, "un absurdo lógico". Olvidó que somos duales: el calor, el frío, la penumbra, la claridad, yo, el otro. Caminamos sobre dos pies. En el viaje a la cumbre, Pinochet perdió uno. Lisiado, se hundió.

* * *

Existe en las personas una realidad de difícil acceso: el lenguaje fantástico. Corresponde a los sueños, las verdades soterradas y las mentiras profundas, las inhibiciones, la herencia, que de todo tiene, la timidez, de la que pocos escapan.

María Dolores Souza y Germán Silva estudiaron la palabra de Pinochet. Se adentraron en el discurso improvisado, el lenguaje espontáneo, las metáforas, los símbolos. No se detuvieron en su periodo de encantamiento, Pinochet, el hombre de Chile, y dividieron su trabajo en etapas: aparición de Pinochet como hombre fuerte, su desgaste en el poder, la sensación de abandono, el retorno, la imagen reconstruida, la soledad.

Dicen los psicoanalistas: la presencia pública de Pinochet después del golpe corresponde a la de un dictador. De ahí la muerte, el estado de sitio, las detenciones arbitrarias, el destierro y todo lo demás. Emerge el general de un combate que juzga horrendo e inevitable. Le acompañan los fantasmas de toda guerra y también la lucha interna. Se sabe distinto de lo que fue. Habla de Dios y emite la palabra "salvarnos". La angustia está ahí, velada. Aún no aplasta su pasado.

Pinochet domina al enemigo y poco a poco se disipa su crispación interna. A sus adversarios dedica advertencias y arengas. También habla a su persona, interlocutor de sí mismo. Pronuncia palabras limpias: "libertad", "amor".

El asesinato de Orlando Letelier en Washington es un golpe a la fortaleza interna y externa de Pinochet. Los efectos del atentado se extienden por el mundo. El general quiere rehacerse, afirmar su poder. La CÍA es la responsable. Aparecen también las siglas de la KGB. Nadie le cree. La DINA, la policía secreta, la Gestapo chilena, tiene nombre por vez primera: Augusto Pinochet Ugarte. Pinochet le cambia las siglas (CNI)

y a su léxico personal incorpora vocablos significativos: "riesgo", "gravedad". Recurre a una figura: "dique amenazado".

* * *

La década de los ochenta concentra los extremos, Pinochet vulnerable e invulnerable a la vez. Hace sentir su poder e impone una Constitución que le da ocho años de respiro. Será senador vitalicio y la autoridad civil quedará bajo la tutela de la gloria militar. En marzo de 1981 se trasladó a La Moneda. Aguardó ocho años para cumplir su más caro propósito. Habría demorado mucho más, la vida hasta expirar.

En el recinto de la historia, el general cierra y abre heridas. Se desvanecen las cicatrices, pero vuelven con fuerza las hemorragias internas. Sus partidarios festejan la legitimidad formal del gobernante. Sus adversarios guardan la ira. Están descabezados. No viven en Chile los líderes de la Unidad Popular, los colaboradores de Allende, muchos muertos, muchos desterrados, desaparecidos algunos.

El año de 1982 se inicia con expresiones públicas de malestar. La muerte del expresidente Eduardo Frei, al final de su vida enfrentado a Pinochet, y el asesinato del sindicalista Tucapel Jiménez —degollado y luego rematado de un tiro en la nuca— agravan el descontento. La crisis económica se resuelve para mal: el catorce de junio el peso es devaluado. La palabra pesimismo en el habla de Pinochet se escucha extraña. También dos términos, parecidos y distantes, no exentos de melancolía: desesperar, desesperanza.

Crece la zozobra al año siguiente. En mayo de 1983 estallan las "Protestas Nacionales". Una el once de cada mes. La convocatoria y el descontento crecen. Las víctimas también. El once de agosto Pinochet saca 18 mil soldados a la calle. El saldo oficial es de 28 muertos. El cardenal Silva Henríquez recibe de la Vicaría de la Solidaridad un informe que no coincide con esa cifra. Son muchos más.

En un periodo de dos años, el general sorteja la situación. Medidas de violencia le significan un éxito relativo. Expulsa a tres sacerdotes extranjeros y las fuerzas policiales y militares aprietan el orden. Durante un mitin de protesta, tres personas fallecen en Santiago. Pinochet se fortalece. Es el mismo de años pasados, los mejores, exclaman sus simpatizantes.

Pinochet, guerrero al fin, se apresta a consolidar el poder, sin "diques amenazantes". Sus palabras adquieren el tono de la grandilocuencia:

Inquebrantable, restablecer, estrategias, liberador, rehacer, emperador romano, emperadores.

Dicen los psicoanalistas: "En el fragor de la lucha, Pinochet necesita realizar —en el nivel de la fantasía inconsciente— su deseo profundo de transformarse en una figura de autoridad irrefutable, como la de un emperador".

* * *

El siete de septiembre de 1986, Pinochet sufre un atentado. No se le quiebra un hueso, pero cinco de sus escoltas caen muertos. Hay luto y ardor entre su gente. La persecución de los terroristas se da sin cuartel y no hay piedad para ellos en las planchas de hierro.

El atentado es un signo de la violencia que bulle en el país. Para fortuna de Pinochet, por ese tiempo sus huestes descubren un enorme contrabando de armas, procedente de Cuba. La subversión quedó sin pólvora.

Pinochet la pasa mal. Da pasos para atrás y, ya avanzado 1987, confiado en el poder, que incluye el aparato de gobierno, los medios de comunicación, el dinero y el amedrentamiento de la población, se presenta como personaje único de un plebiscito insólito. El "sí" contra el "no". Los chilenos dirán si aceptan que continúe en el poder o ya no. Su permanencia en el mando alejaría —por otros ocho años— el día de una elección libre.

Gana el "no", Pinochet se ve avasallado y rechaza el escenario, esporádicas sus apariciones públicas. Pero encarna el poder. Suyas son las fuerzas armadas y de carabineros. Benemérito de Chile, fundador de la nación al par de Bernardo O'Higgins, vuelve a la arena.

Ya es otro. Los psicoanalistas anotan sus palabras: "doloroso", "deshecho", "soy el blanco", "pecado", "mal nacido", "puñalada por la espalda".

* * *

Exiliado, menor de edad, Camilo Escalona conoció La Habana, Moscú, Berlín Oriental. Iba y venía, fiel a las órdenes del Partido Socialista. En Alemania fue nombrado secretario general de sus juventudes, cuerpo sin esqueleto. Ni la emoción rozó a Camilo. El amor estaba en Chile o no había vida qué vivir.

En ese tiempo endureció el cuerpo y supo del trabajo clandestino. Aprendió a cuidarse de los sabuesos que rastrean. Le enseñaron que en momentos de alarma debía treparse a un autobús e instalarse al fondo, en el último asiento. El espía se acomodaría cerca, nunca a su lado. A buena velocidad el transporte, Camilo gritaría: "¡Pare aquí, chofer!" El alarido paralizaría a los pasajeros en los primeros instantes. El soplón se incorporaría súbito —así ocurría casi siempre— o permanecería adherido a su asiento, perdida la naturalidad. Camilo no necesitaría saber más. El comportamiento a seguir era claro.

Comentaba: "Para perderse sólo existen las puertas de entrada y salida de los cines abarrotados, el metro, el mercado, la muchedumbre. Un rostro entre miles es un boceto."

En Chile, Camilo fue Alfonso, conoció las casas de seguridad e hizo de los frijoles y las lentejas el pan nuestro de cada día. La clandestinidad oprime, decía, inmensa prisión al aire libre. En cuanto le fue posible organizó a sus compañeros, extendió mallas subterráneas y preparó el regreso de Clodomiro Almeyda, exiliado en Berlín Oriental.

El líder de la Unidad Popular había sido acusado por la Junta Militar, señalado como estafador.

Repentina la aparición de Almeyda en Santiago, sorprendidos todos, el magistrado, el fiscal, los escribientes, aclamado en un juzgado pictórico, liberado de calumnias, Pinochet tragó la ponzoña. Humillado, envió a Clodomiro a Chile Chico, a tres mil kilómetros de Santiago, en la Antártida. La población de la aldea no excedía de cuatro mil habitantes y en invierno la temperatura descendía a diez grados bajo cero.

El mundo oscuro de la clandestinidad se afirmaba. Por mar, los rebeldes esperaban toneladas de armamento. Un satélite de los Estados Unidos observaría maniobras

extrañas en alta mar. Una embarcación pesquera había zarpado de Coquimbo, pesaba 67 toneladas, se llamaba *Astrid Sue* y no se afanaba en el trabajo, recogidas las redes sobre cubiertas. Pinochet fue advertido por los norteamericanos y dispuso la captura de la nave y las que pudieran llegar a las apartadas costas de Chile.

Nelson Ascendió Prado fue el dueño del *Astrid Sue*. Seis años permaneció en la cárcel, la mitad sin un día de sol ni viento. Salió de la mazmorra sin manera de gobernarse. Una mañana calurosa lo vi cubierto con un abrigo que le quedaba holgado. Fue hombre de mar y también de pelea, boxeador. De esos tiempos sólo le quedaban los dedos gruesos, las manos poderosas. Contrastan las muñecas, adolescentes. Una mulata, Betsabé Moneada, lo acompaña.

Chile cambiaba —Almeyda, el desafío; el atentado al dictador; la guerrilla que ahí estaba, a pesar de todo—. A Pinochet se le ocultaba la realidad. Habían vuelto sobre sus ojos las gafas negras, aquellas del 11 de septiembre de 1973, la imagen de un asesino en el poder.

Convocó a un plebiscito para eternizarse. Los chilenos le dijeron "no". Pinochet cedió a los civiles el poder formal y los rebeldes cerraron las casas de seguridad. Se inició, una nueva, desconcertante, "vía chilena".

* * *

Poco después de un año, el catorce de diciembre de 1989, Patricio Aylwin es elegido presidente de la república. La multitud abarrotó el Estadio Nacional, en la avenida Grecia. El candidato hablaría, habló: "Ha ganado la gente, toda la gente, todos los chilenos".

Las paradojas suelen ser diabólicas. Aylwin, el triunfador, fue golpista.

* * *

Escalona tiene estampa de peso welter y en sus labios la risa y la sonrisa se confunden. La pesadumbre está en los ojos, cubierta su pátina con los dolores de una vida joven que ya es vieja.

Dos meses antes del golpe apareció en las pantallas de la televisión. Tenía 16 años y su partido lo había enviado ante las cámaras para una intervención más. El país estaba saturado de mesas redondas, duelos personales, declaraciones de guerra en falsos tiempos de paz.

No imaginaba Escalona el tamaño de su contendiente: Patricio Aylwin, presidente del Partido Demócrata Cristiano. Tampoco que el abogado y maestro universitario arremetería con furia. Directo, exigió la renuncia del presidente Allende. "El país está enfermo de muerte", dijo.

Escalona respondió como fajador, la guardia descubierta, los puños preparados para un leñazo que hiciera daño. A Chile lo enfermaban políticos ciegos, bramó. La alusión fue directa, Aylwin es el rostro del golpe.

Primer presidente de la transición democrática (1990-1994); Aylwin alentó a los militares en 1973 y vestido de civil fue uno de ellos. Ya tarde se arrepintió sin

desdecirse y transitó por la vida como el cuento del diablo mediocre, que ni diablo fue, tampoco ángel con alas.

Combatió a Allende con toda su fuerza y la ley del péndulo lo lanzó a los golpistas. Cuenta él mismo que siete meses después del incendio de La Moneda, en marzo de 1974, fue citado por el general Óscar Bonilla, ministro del Interior de Pinochet. El funcionario lo llamaba a cuentas, soldado de pies a cabeza, el poder en las botas lustradas y los entorchados de oro.

Narra Aylwin:

Bonilla se refirió a las constantes denuncias que recibían acerca de que la Democracia Cristiana hacía política, que estaba preparando una acción contra la Junta y que los Servicios de Inteligencia habían detectado un plan que se llamaba "El Lirio Azul". Yo rechacé esas imputaciones, tan falsas como ridículas, sólo explicables por el interés de algunos sectores de indisponer a la Junta con nosotros.

A su requerimiento para que le explicáramos qué significado tenía el párrafo de una carta relativa a la duración del gobierno militar, le expresé que nosotros admitíamos, lamentablemente, que cierto tiempo de dictadura era necesario, pero que pensábamos que debía ser lo más breve posible, dos, tres o cinco años.

Escalona asistió a la concentración en homenaje a Aylwin el día de su toma de posesión como presidente de la república, el once de marzo de 1990. El Estadio Nacional rebosaba, ocupados los asientos por dos y hasta tres espectadores. Era una fiesta y un funeral. En una pantalla enorme, amarillas las letras en el atardecer opaco, fueron apareciendo los nombres de los desaparecidos. En el césped del campo de fútbol se extendió la bandera blanca, azul y roja de Chile. La multitud gritaba, tocaban las bandas, el bullicio traía de todo, alborozo y consternación. Aylwin pedía perdón en nombre del pueblo chileno, no a título personal, grande como se miraba, presidente de la transición, la ley en la mano y la justicia en su ánimo superior.

El ritmo de la cueca se extendió de pronto y en el estadio las voces multitudinarias se hicieron murmullo. La canción nacional superaba cualquier canto. Una mujer de cabello blanco, esbelta, ajada su piel por la edad, inició el baile, sola. Aleteaba un pañuelo blanco sobre su cabeza y se movía con gracia de jovencita nacida para el don. Danzaba sin el compañero muerto, desaparecido, torturado, quién sabe donde quedaría su cuerpo triturado.

La anciana llegó al centro del campo de juego, cada vez más sola y miles empezaron a cantar:

La vida, la niña,
la niña que está bailando,
la vida se le ve, se le ve
el borde de l'enagua,
la vida, y el joven,
el joven que le acompaña
la vida, la boca

se le hace agua,
la vida, la niña, la niña
que está bailando.

* * *

El doctor Joan Garcés me había contado en España: Aylwin y Freí abrieron a los militares las puertas de La Moneda. Aliados en la conspiración después de marzo de 1973, se repartieron el Senado y el Partido Demócrata Cristiano. Freí ocupó el liderazgo del Parlamento y Aylwin ascendió a la presidencia del órgano político.

A partir de ese momento rechazaron las iniciativas del Ejecutivo y bloquearon la máquina del Estado. Apoyados por la CÍA, involucrados Nixon y Kissinger en la conjura contra Allende —temerosos los norteamericanos de su alianza con Fidel Castro—, hicieron de la Unidad Popular un blanco de odio. Allende era un monstruo, como Stalin. Los niños pasarían al poder del Estado, como en los pueblos bárbaros. Los marxistas bajarían a Dios de los altares y lo expulsarían de los templos. Sobre La Moneda ondearía la bandera de la hoz y el martillo.

Los dueños de empresas y medios de comunicación se sumaron a la conjura, tejida ya la red de las fuerzas armadas. Los oficiales constitucionalistas fueron aislados y en el último momento se unió Pinochet a la insurrección en marcha. Los víveres fueron ocultados en bodegas custodiadas por las armas. En Chile se experimentaron nuevos métodos de "desestabilización" programada, como reconoció William Colby, director de la CÍA. Resonaron por las calles las cacerolas de las mujeres acomodadas.

Allende saltaría sobre el complot y se entendería con el pueblo, los hombres y las mujeres de Chile, los obreros, los trabajadores del campo, los humildes, la mayoría. Convocaría a un plebiscito, confiado por los puntos ganados por la Unidad Popular en la más reciente pugna electoral. El presidente contaba con su vida como escudo. No había sido hombre ejemplar desde el punto de vista de una moral cortada a la medida de la burguesía. Había sido honrado con su pueblo. La traición no estaba en su vocabulario, menos en los sentimientos. Contaba con el ejército.

Y Fracasó. Pinochet se anticipó unos días a la consulta popular.

* * *

Camilo me sorprende. Fue exiliado, complotista, luchador clandestino, clara en su mente la estampa de Aylwin.

—¿Por qué fuiste al estadio? —le pregunto. Hemos discutido sobre el golpe y las circunstancias.

—Declaré incluso en una carta pública a Aylwin que me resultaba inadmisiblesu idea de que una "dictadura breve" era necesaria. Pero en la recuperación democrática rechazó ese rol.

—Lo conocías, Camilo.

—Voté por él, a sabiendas. Pensé que nos adentraríamos en un laberinto, que caeríamos en una ciénaga y al pantano entramos. Pero no podíamos más. Muertos, desaparecidos, torturados, casas destruidas porque sí, familias lanzadas a la intemperie porque sí,

golpizas a las mujeres y a los niños porque sí, desempleados porque sí, hambre porque sí, el miedo de vivir. Para el "no" a Pinochet el cinco de octubre de 1988, luchamos enfebrecidos. Sin recursos, instalamos treinta mil mesas de votación. De la isla de Chiloé los pescadores partieron de sus barcas a las tres de la madrugada para asegurar el sufragio. El ejército y los carabineros extendieron por Chile el temor y aun el pánico. Pero vencimos. Era el principio para deshacernos de Pinochet. Sólo el primer paso. Pero, entenderás, estábamos en movimiento.

—Hicieron presidente a un hombre que abandonó a las víctimas de la dictadura, sordo al clamor de los deudos, millones.

—Todo es cierto.

—¿Entonces?

—Escúchame, escúchame bien. Lo habíamos intentado todo, por las buenas y por las malas, todo. Hicimos lo que teníamos que hacer: las protestas nacionales, verdaderas jornadas de rebelión que trataban de tumbar a Pinochet. Estallábamos de dolor. El pueblo de Chile estuvo dispuesto a humillarse para que Pinochet se fuera.

* * *

El calendario chileno marca el 19 de septiembre: "Día de las Glorias del Ejército". Es la ocasión en que los soldados y oficiales exhiben su orgullo prusiano, el un dos, un dos con las piernas en ángulo recto, a la altura del vientre.

Los tambores marcan el paso de los robots dispuestos a la muerte y los clarines difunden órdenes precisas en su lenguaje vibrante. Siguen las bandas de música, las marchas transformadas en júbilo popular. No hay en la orquesta militar un violín o un chelo, instrumentos concebidos para otras emociones.

El 19 de septiembre de 1990, por vez primera desde el golpe, Pinochet asistió a la ceremonia acompañado de un civil, el presidente de la república, Patricio Aylwin. La multitud los observó, opuestos en el gesto y la actitud, cuadrada la mandíbula del general, impassible el rostro del profesor. El espectáculo llevó a muchos a un optimismo sereno. El país cambiaba.

El general brigadier Carlos Parera, exjefe del Departamento Exterior de la DINA y comandante de la guarnición de Santiago, encabezaría el desfile. Los ojos de los hombres y las mujeres, los niños y los viejos, se detuvieron en el espigado militar. Era familiar el ritual centenario. Parera saludaría al presidente y le diría: "Señor presidente: permiso para iniciar el desfile".

Respondería el presidente: "Concedido, general".

No ocurrió así. Silencioso, el general Parera se cuadró ante Patricio Aylwin y bajó y levantó la cabeza en un segundo único. Instantánea la pausa que siguió, galvanizó a sus hombres: "¡A... tención!"

El desprecio tuvo al país por testigo. Concluida la parada, el presidente de la república exigió al comandante en jefe de las fuerzas armadas que, de inmediato, enviara a retiro al insolente brigadier. A Pinochet le bastó una frase para reducir al silencio a su interlocutor: "Es uno de mis mejores hombres", dijo.

* * *

Aylwin revive en su memoria el golpe y el tiempo que lo siguió. ¿Cómo se movió su alma? ¿Qué pensó? ¿Qué sintió entonces?

Creyó que las fuerzas armadas permanecerían en el poder el tiempo indispensable para "restablecer la institucionalidad quebrantada en Chile". Honrarían su palabra, dice. La envilecieron. Aylwin se declara, "por decir lo menos, ingenuo".

De la masacre que abrió a Chile en dos, resume:

La brutalidad sin límites de la persecución desencadenada por la dictadura, con su inmensa secuencia de arbitrarios encarcelamientos, relegaciones, torturas, exilios, asesinatos y desaparecimientos de personas, y la lógica de la guerra impuesta desde las alturas del poder a la convivencia nacional, dividiendo a los chilenos en amigos y enemigos, patriotas y antipatriotas, marcaron a Chile con los signos del dolor y el odio, y le causaron el oprobio de reiteradas condenas por la comunidad internacional.

El doce de diciembre de 1989, cercano el triunfo, Aylwin habló en el parque O'Higgins ante un millón de personas jubilosamente desesperadas por su libertad. Era domingo y era radiante el día.

El orador arengó a la multitud sintiéndose, sabiéndose presidente: "Llamo a las fuerzas armadas y de orden de nuestra patria. Yo las quiero otra vez gozando del cariño de todos los chilenos. Sí, señores, yo las llamo a ellas porque forman parte de Chile y un pasado reciente que les enajenó la voluntad de la patria no puede hacerlas perder el prestigio, la admiración y el cariño que conquistaron durante una historia de hace más de un siglo".

Ofreció en su discurso que las puertas de La Moneda "estarán siempre abiertas para los trabajadores chilenos". Sus palabras lo derrotaron. No pudo con su promesa. Hasta el año 2000 los transeúntes pudieron circular por la acera más importante de Santiago. Conservaba el palacio en llamas su fuerza devastadora, Allende adentro.

Aylwin canceló vías de comunicación con su país. Influyente en Europa por las ramificaciones de la Democracia Cristiana en el continente, calló el sufrimiento de una población que, al paso del tiempo, lo haría presidente. Aylwin dejó ir la gloria que el pueblo de Chile le ofreció como "presidente de la transición democrática", símbolo quebrado.

El 26 de junio de 1975, de paso por Alemania, fue entrevistado por *Cambio 16*. Declaró que la situación en Chile no podía ser peor: inflación de 340 por ciento, descenso del producto nacional bruto en un 14 por ciento anual y el paro llegaba ya al 20 por ciento. "Éstos son índices —agregó— que en un país democrático provocarían la caída de un gobierno".

Las estadísticas tienen su realidad helada y las personas su vivencia ardiente. Aylwin silenció el tema central en su encuentro con la revista española. El reportero le preguntó por los derechos humanos. Aylwin respondió que no debía referirse al problema que se le planteaba. El periodista dejó ir la única pregunta posible: ¿por qué, señor Aylwin? Cayeron las palabras, una a una: "No hay nada que moleste más a un militar que las críticas hechas en el extranjero".

* * *

El 25 de abril de 1990, en el arranque del primer gobierno de la transición democrática. Patricio Aylwin creó la Comisión Nacional para la Verdad y la Reconciliación. Se le llamaría "Comisión Rettig" en homenaje a su presidente, Raúl Rettig Guissen.

Aylwin expuso que "sólo sobre la base de la verdad sería posible satisfacer las exigencias elementales de la justicia y crear las condiciones para alcanzar una efectiva reconciliación".

En su oficina de Madrid, el doctor Joao Garcés examina el Decreto número 355 que dio nacimiento a la comisión. Fue burla para los chilenos, ofensa para las víctimas de la dictadura, afirma. Consolidó la impunidad y confirmó la servidumbre de Aylwin al poder militar. Pinochet creció, más sólido, más fuerte. El demócrata y el tirano se abrazaron, foto para la historia. Uno y otro negaron la justicia. Pinochet en términos absolutos, Aylwin en el lenguaje torcido de la simulación.

Salvo casos extremos, la comisión no debía revelar los nombres de los asesinos. El silencio protegió también a los torturadores. Sólo en las circunstancias de un desenlace irrevocable en la plancha del martirio podría hacerse pública la identidad de las víctimas. Hubo centenares de miles torturados, el doce por ciento de la población mayor de quince años. Hubo miles que perdieron los reflejos, incontables las neurosis y psicosis, hubo inválidos, hombres y mujeres inhabilitados para el trabajo, gritos en la noche, nublado el sueño.

El inciso noveno del Decreto 355 dijo puntual que la tarea de los comisionados "se limitaría a los casos de desaparición de personas detenidas, ejecuciones y torturas con desenlace de muerte".

A su vez, el artículo noveno estableció:

La Comisión no podrá pronunciarse sobre la responsabilidad que con arreglo a las leyes pudiera haber a personas individuales por los hechos de que haya tomado conocimiento. [...] Las autoridades y servicios de la Administración del Estado deberán prestar a la Comisión toda la colaboración que ella les solicite, poner a su disposición los documentos que les requiera y facilitar su acceso a los lugares que ella estime necesario visitar.

Sobre el cementerio que fue Chile, Aylwin fijó a la comisión un plazo de nueve meses para que entregara su trabajo. El país debía tener cuanto antes, dijo, "un cuadro global sobre los hechos que más gravemente han afectado la convivencia nacional". Visión global, visión abstracta, la justicia de los hombres allá en el horizonte, resumió Garcés. Rettig y sus colaboradores penetraron al horror de la represión a partir de los testimonios de las víctimas. Las fuerzas armadas eludieron su colaboración para ofrecer la verdad a los chilenos, esencial para la reconciliación nacional.

Cita la comisión: "Cuando se pidieron datos sobre la participación de las ramas en los servicios de seguridad, hicieron ver que se encontraban legalmente impedidos de aportar información que se refiriera a labores de inteligencia".

Dice Rettig que recibieron expedientes valiosos, a la vez que se estrellaron frente a un muro de impunidad. A sus requerimientos de información, el ejército, la armada, la fuerza aérea y los policías, los carabineros, respondieron con palabras imponderables: "Los archivos fueron legalmente incinerados".

* * *

Los comisionados conocieron los "recintos secretos de detención y tortura": Cuatro Álamos, Londres número 38, Villa Grimaldi, La Discotheque (música ambiental 24 horas), la Venda Sexy (la violación pausada, sutil, el refinamiento), José Domingo Cañas, Implacate, Cuartel Venecia, Calle Belgrano número 11, Rinconada de Maipú. De Villa Grimaldi, cuentan:

Ubicada en José Arriega a la altura del 8200, comuna de La Reina, Villa Grimaldi fue el recinto más importante de la DINA. Sus lugares característicos empezaban por "La Torre":

Se trataba de una construcción que sustentaba un depósito de agua. En su interior se construyeron unos diez estrechos espacios para la manutención de reclusos, de unos 70 x 70 centímetros y unos dos metros de alto, con una pequeña puerta en la parte baja por la que era necesario entrar de rodillas. En esa torre también había una sala de tortura. En cada una de estas celdas se mantenía a una o dos personas en un régimen de encierro permanente. En el caso de haber dos detenidos en una celda debían acomodarse de modos muy forzados para permanecer en el lugar y especialmente para dormir.

Y los pormenores: Había secciones verticales similares a closets donde el detenido debía permanecer de pie, a oscuras, durante varios días... En un catre de metal, la "parrilla", se amarra desnudo al detenido para proceder a aplicarle descargas eléctricas sobre distintas partes del cuerpo, especialmente los labios y los genitales, y aun sobre heridas o prótesis metálicas... se emplearon drogas... un tiempo se intentó hipnotizar a los detenidos... se arrojaba agua hirviendo a los detenidos... golpes a toda hora... vejámenes a toda hora... a toda hora hombres y mujeres descoyuntados... a toda hora mujeres y hombres colgados de una barra por las muñecas, las rodillas, los tobillos... a toda hora el hambre que devora... a toda hora la muerte que llega o no llega.

Dice la comisión: "En todos estos años el dolor ha sido poco escuchado en Chile. En conciencia, debemos atención a las voces en duelo".

En el Informe Rettig, canta dolorosa la letanía:

Tenía 18 años, estudiaba en el Liceo Industrial y estaba allí de paseo cuando lo detuvieron y lo mataron.

Estoy convenciéndome de que lo han eliminado. Es como si lo hubieran borrado. ¿Por qué lo eliminarían? Él era deportista aventajado, ajedrecista.

Durante dos años me urgía llegar a mi casa después del trabajo por si él había vuelto.

En noches de viento mi mamá creía que era él cada vez que crujía la puerta. Se levantaba a abrirla y luego lloraba.

Tuve que explicarle a mi hijo de cinco años que así como a los animales y a las flores, a los hombres también a veces los matan los hombres.

Mi herida tuvo que cerrarse sin haberla limpiado. Sé que murió, pero nunca me entregaron su cuerpo. Es un duelo no terminado.

Nunca supe lo que había pasado, sólo supe que a los presos de guerra se les enterraba en fosas comunes.

Por el Registro Civil me enteré que había muerto. Nunca nadie nos había dicho nada.

Cuando mi hijo cumplió 17 años, tenía tanta necesidad de saber donde estaba su padre, que le dije: "Hijo, anda al cementerio, busca la tumba más abandonada, cuidala y visítala como si fuera la de tu padre".

Me entregaron una urna cerrada y sellada. Tuve que enterrarlo yo sola, en una hora. ¿Y si no era él?

No sé si era o no era el cuerpo de mi marido. Mi padre tuvo que reconocerlo, pero él tampoco estaba seguro porque estaba completamente mutilado.

Nos permitieron excavar como veinte tumbas. Al final había uno que por su textura se parecía a mi marido, pero estaba sin brazos y sin piernas. Le dimos sepultura para tranquilizar a mis suegros. Estoy segura que enterramos a otro.

Sentí los disparos, salí de mi casa y encontré su cuerpo. Me gritaron que fuera a enterrar al perro que había muerto. Ese perro era mi único hijo. Me dieron tres horas para enterrarlo y salir del pueblo. Tuve que envolverlo en una frazada, conseguirme una carreta de bueyes y dejarlo en el cementerio.

Cuando nos avisaron que los habían fusilado, nos prohibieron ponernos luto y decir misa.

Él siempre decía que quería un velorio con todos sus amigos, un funeral grande. No fue así. No hubo velorio. En el cementerio nos golpearon a culatazos.

Los muertos se entierran vestidos. A los nuestros los enterraron desnudos.

Mis hijos me preguntan. No sé que decirles.

Llevaron a mi marido a mi casa, destrozado, para pedirme que lo convenciera de que colaborara.

Yo los llevé donde mi hijo porque ellos me prometieron que lo tratarían bien y quería salvar del maltrato a los más chicos. Lo mataron igual.

Cada vez que veo a un loco o a un vagabundo en la calle, pienso que puede ser mi esposo.

Lo había buscado tanto. Fui a llorar al mar y allí estaba, hinchado, con balas. Le habían sacado los dientes.

Lo colgaron de una grúa. Volvió al encierro en tan malas condiciones que lo abrigamos y ayudamos a bajar por una escalera estrecha. En un descuido se lanzó al fondo de una escotilla, al mar.

Me contaron de su último cigarro con las manos esposadas. Tiritaba y no podía aspirarlo. Esa imagen es la que no me deja morir en paz.

La imaginación castiga más que la misma muerte.

Yo fui a todas partes, desde Arica hasta Chillan. Escarbé la pampa.

Hasta hace poco los esperábamos vivos, hoy andamos buscando los huesos. Esto no va a terminar nunca y yo ya no sé si podré despertar, porque se me olvidó la vida normal.

Cada vez que he comido algo rico me he preguntado si no tendrá hambre.

Ya no me atrevo con la esperanza.

Vino una adivina al hotel Araucano, mamá vendió lo último que nos quedaba y fue con mi hermano chico. La adivina le dijo que no se preocupara, que mi hermano iba a llegar para la Navidad. Mi mamá nos llamó a todos, preparó la mejor comida y no llegó.

Mis hijos son diferentes al resto. Los señalan con el dedo en el colegio por ser hijos de un fusilado.

Después de ocho meses nos entregaron un cadáver que, según el médico legista, era el de mi padre. Lo estuvimos velando toda la noche. Momentos antes del entierro, llegaron los carabineros con una orden, diciendo que había sido una equivocación y que el cadáver era de otra familia. Tuvimos que entregarlo.

Éramos como una noche negra, traíamos malos presagios.

Yo estoy dispuesta al perdón, pero necesito saber a quién tengo que perdonar. Si ellos hablaran, si reconocieran lo que hicieron, nos dañan la oportunidad de perdonar. Sería más noble si así lo hicieran. Sólo habrá reconciliación si hay justicia.

* * *

Bajo el toque de queda, Salvador Allende fue sepultado el doce de septiembre de 1973 en el cementerio del barrio de Santa Inés, ciento cuarenta kilómetros al norte de Santiago. Custodiado el féretro por soldados, no se permitió a la viuda levantar la tapa del ataúd y contemplar con ojos inéditos al presidente rígido. Un oficial detuvo su mano. "Después", le dijo.

La Junta Militar negó a Carmen Paz, a Isabel y a Beatriz el salvoconducto para que pudieran acompañar a su madre esa mañana atroz. Junto a Hortensia Bussi estuvieron su cuñada, la exdiputada Laura Allende, el comandante Sánchez, edecán del presidente, y dos sobrinos políticos. Laura Allende moriría poco después en La Habana. Avanzado el cáncer, Pinochet denegó la asistencia médica que ella solicitaba y que por ese tiempo la mantenía en pie.

Temprano el doce de septiembre [recuerda la Tencha], fui notificada de que debía acudir al Hospital Militar, donde pensé que encontraría a Salvador herido de gravedad. Hasta ese momento no sabía de su muerte, pero al llegar al hospital recibí la orden de presentarme en el aeropuerto Los Cerrillos. Dentro de un avión Catalina, en el que viajaría, estaba el féretro, cerrado.

El entierro fue secreto, vigilada por los militares como criminal. Sobre la tierra removida apenas pude dejar unas flores.

Veinte años después de su ascensión a la presidencia y a 17 años menos una semana de su muerte, los restos de Salvador Allende serían exhumados de Santa Inés e inhumados en el Cementerio General de Santiago. Así lo habían decidido Hortensia Bussi y sus hijas. No había motivo para someterse a la paranoia de Pinochet, enfrentado a un adversario que no acababa de matar. En el cementerio remoto el dictador mantenía sin identificación el sitio donde se encontraba el cadáver aborrecido.

A través del ministro del Interior, Enrique Krauss, Aylwin se apresuró a restar importancia a la ceremonia que preparaba la señora Allende, enlazadas la memoria y la

continuidad de la vida. Dijo el vocero presidencial: "Se trata de un funeral sugerido por la familia, respecto del cual el gobierno otorga patrocinio oficial, pero no un funeral de Estado".

Pinochet se había anticipado a Aylwin y Krauss: El acto cívico era, en rigor, un acto de provocación. Las fuerzas armadas no rendirían homenaje al expresidente.

Hortensia Bussi fue escueta: "Nos sentimos muy bien interpretados con el homenaje popular". No reclamaba honores ni quería "causar molestias".

* * *

Ximena Ortúzar, de *Proceso*, vivió el funeral. Acerca del responso en la Catedral Metropolitana, presentes la señora Allende y su familia, el presidente Aylwin, su esposa y el gabinete; miembros del poder legislativo, dirigentes de los partidos, el cuerpo diplomático y los invitados especiales (Danielle Mitterrand, Michel Rocard, primer ministro de Francia; Armando Hart, ministro de Cultura de Cuba y representante de Fidel Castro), escribió:

El arzobispo Carlos Oviedo recordó que en enero de 1973, en Roma, el Papa le preguntó cómo era la relación de Allende con los obispos y que él le había señalado que el mandatario observaba gran respeto por la Iglesia en consideración a la venerada memoria que tenía de su madre (doña Mariana), una buena cristiana. El Papa me escuchó interesado y fijando en mí su mirada profunda, me dijo: "Una buena católica hace apostolado hasta después de muerta. Dígaselo al presidente". Por La Moneda y la avenida O'Higgins, congregadas miles de personas que deseaban "hacerle calle" al presidente, el cortejo pasó a toda velocidad. Una anciana que esperaba desde temprano con flores apretadas en las manos, me miró llorosa: "¿Y mis flores? No vi a Allende".

Ya en el último tramo camino al cementerio, el féretro fue colocado sobre una cureña cubierta por la bandera de Chile. La multitud, recogida, esperaba los discursos. Hablarían Clodomiro Almeyda, dirigente del Partido Socialista, el primer ministro Rocard, Hortensia Bussi y el presidente Aylwin.

Almeyda: "Frente a quienes intentaban arrebatárle el poder, Salvador Allende selló con sangre su decisión suprema de morir antes que traicionar el solemne pacto contraído con Chile y su pueblo".

Rocard: "Vuelve Allende a la capital de Chile, de la que "fue expulsado por la fuerza brutal de las armas".

Hortensia Bussi: "En esta tumba no hay restos, sino semillas".

Finalmente, Aylwin inició la lectura de su discurso. Tras una semblanza neutra de Allende, dijo: "Como todo el país sabe, yo fui su adversario político..."

Silbidos como proyectiles habrían lapidado al orador.

Siguió, apagada, a medias la indignación colectiva: "... lo que no me impidió respetarlo como persona. Fui severo opositor de su gobierno, lo que tampoco me impidió, a él ni a mí, dialogar en busca de fórmulas de acuerdo para salvar la democracia".

Continuó la algarabía, Aylwin se decidió, hizo a un lado sus hojas y retó a la multitud inconforme: "Debo decirlo con franqueza: si se repitieran las mismas circunstancias volvería a ser decidido opositor, pero los horrores y quebrantos del drama vivido por Chile desde entonces nos han enseñado que esas circunstancias no deben ni pueden repetirse por motivo alguno. Es tarea de todos impedirlo".

Muy lejos en el tiempo y en el espacio, en Madrid, ya en el año 2000, Joan Garcés comentaría: "Palabras sin grandeza". Y luego:

Aylwin propició el golpe y lo festejó en su momento. No hay demócrata en el mundo que pudiera desear una dictadura para su país. Menos aún, fijarle fechas tan inciertas y prolongadas como dos, tres o hasta cinco años. La suspensión de las garantías individuales es desoladora, así se trate de un solo día. Se eclipsan la ley, los tribunales y aparecen el odio y la venganza.

Aylwin se repite frente al ataúd del doctor Allende, su familia, sus amigos, sus partidarios y se vuelve a llamar decidido opositor. Un decidido opositor está por el cambio y Chile cambió. Y del cambio es un responsable con nombre, apellido y hechos de armas.

Es dramática la historia personal de Patricio Aylwin en la historia inmensa de Chile. No quisimos ni queremos el mismo país. En el momento crítico, él se alineó con el general Pinochet, yo con el doctor Allende. Los valores nos separan indefectiblemente.

* * *

Frei fue como Aylwin: frente al poder real de las fuerzas armadas aceptó el poder formal de las instituciones civiles. Conservó el gobierno, sexenal, y abdicó del Estado, la visión del país a largo plazo. En el trato con Pinochet fue más obsecuente que Aylwin. A Frei no le brillaban los ojos, ni se le distendían los labios, ni se le movía un músculo. Era perfecto en su somnolencia móvil. Lo vi durante la comida que ofreció a un centenar de intelectuales durante su visita a México el seis de septiembre de 1995. Uno a uno nos presentábamos al mandatario y a su esposa, siempre atrás de él. "Fulano de Tal, señor presidente". "Mucho gusto". Su señora lo emulaba, el mismo ritmo, el mismo tono apagado de la voz, la misma sensación de fatiga: "Mucho gusto... mucho gusto." Frei construyó una cárcel al general Manuel Contreras y a militares de alto rango. Sumiso a las fuerzas armadas, pasó por alto que su ministro de Obras Públicas, Ricardo Lagos, se negara a firmar el decreto que legitimaba la inversión. Condenado por su implicación en el asesinato de Orlando Letelier y Ronni Moffit, en Washington, el exdirector de la DINA no debía poner un pie en prisión alguna, salvo la especial, para él. Cómo mezclarlo con los delincuentes de cuello blanco, en la llamada cárcel de "Los Capuchinos", o mezclarlo con la hez promiscua de la penitenciaría. Pinochet había acatado la pena de seis años para su cómplice a cambio de cerrar el paso a la extradición que exigían fuerzas poderosas de los Estados Unidos por violación a su espacio soberano. La cárcel fue levantada en tres meses. Ubicada en la colonia militar de Punta Peuco, las alambradas impiden el paso a unos 200 metros de su mole lóbrega. El paraje es inanimado, la vida escondida quién sabe dónde. Contreras ingresó al penal con sus

galones intactos. Divisionario único, se hacía obedecer por oficiales y guardianes. Él mandaba. Agentes del FBI que lo interrogaron a fines del año pasado dirían más tarde a Isabel Margarita Letelier:

—La cárcel es muy cómoda para el general.

—¿Se priva de algo? —pregunté a la viuda.

—Tú que crees —se burló.

Durante el gobierno de Freí, Pinochet y su familia se las arreglaron para vivir como les viniera en gana. Fue la época en que Lucía, la primogénita, publicaría *Augusto Pinochet, Pionero del Mañana*, homenaje a un hombre que trascendía el tiempo. Jacqueline, la hija menor, de ojos almendrados y cuerpo perturbador, hacía sentir su voluntad. Casada tres veces y con siete hijos, tres veces la Iglesia había descendido hasta ella para tocarla, bienaventurada.

Inolvidable había sido su primer matrimonio. Fue en 1978, tenía 19 años y su padre era dueño de un país que le quedaba chico. A través del nuncio apostólico había recibido la bendición del Santo Padre, y el vicario general castrense, Francisco Gilmore Stoch, había oficiado la misa en el esplendor de sol y flores de la catedral metropolitana.

Alguna vez se franqueó la hermosa mujer: "No estoy de acuerdo con el divorcio ni con la libertad sexual de los adolescentes. A lo mejor pueden decir: esta niña tiene tres matrimonios, siete hijos y presume de beata. Puede ser, pero yo sé las razones que tengo y frente a Dios me considero absolutamente limpia. He tratado de ser consecuente con las reglas de la Iglesia. Vivir excomulgada me era muy difícil".

Jacqueline lamenta que los chilenos no salden su deuda con el general Augusto Pinochet, salvador de la nación. "Son poco agradecidos", dice. Desprecia a Patricio Aylwin y se expresa con afecto de Eduardo Freí.

Sobre la pena de muerte evita la generalización. Cada crimen ha de juzgarse como un hecho único. En el caso del atentado contra su padre, le indigna que Aylwin haya indultado a los terroristas. Actuaron a conciencia y no habría manera de rehabilitarlos. Buscaron la muerte del prócer. La merecían en carne propia.

* * *

El poder circula por todo el cuerpo. Es la sangre roja que amenaza y aprovecha situaciones y circunstancias en beneficio propio. Es insaciable, como la avaricia. De aquí que el poder absoluto corrompa absolutamente.

El 30 de octubre de 1989 publicó la revista *Análisis*, dirigida por el laureado periodista Juan Pablo Cárdenas: "En el mes de abril de 1987, un Pinochet enérgico y seguro le dijo a un enviado especial del diario francés *Le Monde*. 'Si partimos, si partimos... Si debemos partir será en efecto sin fortuna alguna, tal como llegamos. Hasta ahora, nuestros adversarios han buscado por todas partes tratando de encontrar una falla. No han encontrado nada!'"

Si partimos... Eran los tiempos en los que Pinochet pretendía erigirse absoluto en Chile: presidente, generalísimo, O'Higgins a la zaga.

El seis de noviembre de 1989 publicó la misma revista:

El general Pinochet tenía 58 años cuando asumió el poder el 11 de septiembre de 1973. Es la edad en que los hombres de Chile consolidan lo poco o mucho que han acumulado. Dieciséis años de poder absoluto en la familia del general giraron sus vidas en 180 grados. Ya nada queda de aquella señora Lucía Hiriart vestida modestamente con popelinas y linos y confecciones de costurera de casa. Ya nada queda de aquel Pinochet que hacía enjuagues con su presupuesto para brindarle pequeñas fantasías a sus hijos. Las porcelanas típicas de clase media y artesanías de madera que adornaron la apacible casa de Laura de Neves número 128 dieron paso a vajillas con ribetes de oro, a cuadros de pintores famosos, joyas finas y antigüedades, propiedades agrícolas, autos, propiedades en el extranjero, casas secundarias y casas muy al estilo de un Somoza o un Stroessner.

* * *

Sin pérdida de tiempo inició Pinochet su *carrera*, de millonario. A finales de 1973, ensordecedor el silencio por los desaparecidos, compró un mausoleo familiar. Luego de algunos conflictos entre su esposa y su madre, posesivas, decidió que el sepulcro llevaría el nombre de la familia Pinochet Hiriart.

Narra la periodista Mónica González, de *Análisis*: Cuando llegó la primera orden de pago por el mausoleo, Pinochet no tenía dinero disponible en su cuenta bancaria. Se supo con el tiempo, que todo descubre, que tomó el teléfono y llamó a su agente para que lo autorizara a sobregirarse. El agente accedió de inmediato.

La señora Hiriart vio clara la luz de los signos. Su primera compra fue una vitrina impenetrable, de museo. Deslumbraría su interior con las medallas y condecoraciones ofrendadas a su marido desde próximas y apartadas regiones del mundo.

Por esos tiempos, ya el poder en el puño, su hija Verónica y su yerno Julio Ponce Lerou llegaron de Panamá después de una larga ausencia. La felicidad de la familia fue plena, todos reunidos de nuevo. Ponce Lerou, ingeniero agrónomo, asumió de inmediato la dirección de CORFO (Corporación de Fomento de la Producción) y al poco tiempo fue presidente de Celulosa Constitución y del Complejo Maderero y Forestal, de propiedad estatal, regalo de su suegro.

Meses más tarde, los ojos hipnotizados por el dinero, Ponce Lerou asumió la presidencia de la Compañía de Teléfonos. Después el mando de la Sociedad Ganadera y Forestal Martell Limitada. Vertiginoso, compró extensiones de tierras. Ya arrendaba la finca El Pafú, pero nada le era suficiente. Adquirió el rancho y después, Río Bonito. No paraba "el yernísimo", como se le conocía. Fundó la Compañía de Inversiones Agroforestal y luego fue cabeza de Soquimich, la productora de yeso y salitre más importante de Chile.

La familia vivía en la rueda de la fortuna, bien construida. Augusto Pinochet Hiriart fue un tiempo oficial del Arma de Blindados de los Estados Unidos. Hijo del general, extendió redes por el país e hizo contactos valiosos. Un día, junto con 45 militares de la DINA, firmó la escritura de una sociedad extraña: Pedro Diet Lobos. Entre los socios figuró Pedro Espinosa, vinculado con el asesinato de Orlando Letelier y Ronni Moffit. Diet Lobos serviría para operaciones encubiertas en el extranjero, especialmente en

Argentina. También fue estación para la venta de armas al ejército chileno. Nada de todo esto le bastaría a Augusto y constituyó la Empresa Constructora IPC Ltda.

Había para todo y para todos. La esposa de Pinochet, cédula de identidad número 2.781.404-2, compró un piso del edificio ubicado en la calle Aurelio González número 3548, frente a la residencia de la ONU. El piso sería para una de sus hijas.

El matrimonio Pinochet quería una casa para el reposo de la familia entera, que bien ganado se lo tenía. Don Augusto y doña Lucía buscaron y buscaron. Finalmente se decidieron por doce mil metros cuadrados en la ciudad de Limache, la Quinta Croce. La propiedad pertenecía a un matrimonio italiano. Tenía palmeras altas y caballerizas. El sitio era apacible y muy hermoso. Pero la belleza no reconoce límite. La pareja cambió de parecer y adquirió setenta mil metros cuadrados en El Melocotón Alto. Ahí empezó una historia romántica, "la casita junto al río", el albergue amoroso que cobijaba hermosos amores familiares. Su primera piedra simbólica fue un letrero que decía: "Ministerio de Obras Públicas. Departamento de Acción Social".

Siguió La Parcela Cordillera, siguieron para las hijas las comisiones de Seguros del Estado, de LAN-Chile, el Banco Central, la importación de automóviles alemanes. También el escándalo de cheques turbios, "los pinocheques".

La historia fatiga.

* * *

Armando Uribe es un personaje de la literatura, la diplomacia y el derecho en Chile. En un pequeño volumen, *Carta abierta a Patricio Aylwin*, le dice que durante su gobierno destruyó la esperanza puesta en él y "legitimó la tortura".

Le cuenta que en el extranjero —Uribe fue un exiliado— escuchó relatos tan espeluznantes que una vez, sin poderlos resistir, Julio Cortázar abandonó la sala que congregaba a un público estremecido y le confió "con su 'apasionada voz en murmullo: 'Ni en el *Jardín de los Suplidos*, de Mirabeau, aparecen datos tan terribles'."

(En carta fechada en París el nueve de abril de 1974, la rabia impotente de Cortázar provocó que le mentara la madre a Pinochet. Escribió a su amigo Gregory Rabassa:

"La otra noche me desperté de golpe y 'vi' una especie de poema que dice más o menos lo siguiente:

'Si yo fuera una mujer chilena

y me naciera un hijo,

antes que llamarlo Augusto

lo llamaría Hijo de Puta.

sin contar que si lo llamara Augusto

entonces los demás lo llamarían Hijo de Puta'.")

Uribe remite a Aylwin a las palabras que dejó escritas Jean Amery, torturado por la Gestapo en Bélgica y sobreviviente de Auschwitz: "Quien ha sido torturado permanece torturado... Quien ha sufrido el tormento no podrá ya nunca ambientarse en el mundo, la abominación de haber sido torturado no se extingue jamás. La confianza en la humanidad, ya debilitada por el primer golpe en el rostro, no se recupera nunca más".

Y agrega Uribe, por su cuenta:

La tortura humilla. Se tortura con distintos objetos, pero sin excepción para humillar. Lo que la ley antigua llamaba pudorosamente "apremios", se extendió tanto que numerosas personas dicen: a mí no me torturaron, me golpearon no más, me pusieron venda en los ojos, capuchón y eso fue todo. ¿Le parece poco? No ha habido procesos después del 90 —¡y antes qué iba a haber!— por sólo casos de tortura. "Sólo casos de tortura", avergüenza referirse así a estos aspectos del Apocalipsis. Y ello ocurrió en masa en este Chile que los dulzones llaman "Chilito". Por cierto, usted no es culpable de nada eso. Con todo, al crear la Comisión Verdad y Reconciliación, dejó fuera de su competencia lo relativo sólo a la tortura. ¡Sólo a la tortura!

Dice el doctor Joan Garcés:

Los presidentes Aylwin y Freí impidieron que se conociera la identidad de muchos asesinos. Fueron encubridores, fea palabra con su cadena de sinónimos: tapar, ocultar, esconder. Además, excluyeron a los torturadores de las investigaciones encomendadas al grupo que encabezó Rettig. Inhibieron a los comisionados, nueve meses para el trabajo gigantesco y obstáculos al seguimiento de pesquisas que no se sabe hasta dónde podrían haber llegado. [...] En los países aplastados por el genocidio, son los propios funcionarios públicos los autores de los crímenes. Cuentan con el consentimiento o participación de todas las instituciones gubernamentales. Es el crimen de Estado por excelencia, el más cobarde, el más vil. Se tortura y se mata con impunidad, sobre seguro. El Estado envuelve a los asesinos y los mantiene en la niebla, inaccesibles a los ojos de las víctimas.

—Usted ha dicho, doctor, que Aylwin y Freí fueron a la vez impulsores falsos y genuinos represores de la democracia. Prepararon el escenario y Pinochet dio el golpe. Después, por la vía electoral ascendieron al poder sin poder.

—Aylwin empujó a Pinochet, luego lo aplaudió. Después cayó en el mutismo. Fueron años de silencio frente a los asesinatos masivos y la tortura generalizada. Aylwin izó la bandera de la oposición sólo cuando Pinochet convocó a los chilenos como candidato único a la presidencia y los chilenos le dijeron: "No".

—¿Y Freí?

—No era fatal, pero sí previsible que Frei Ruiz Tagle se identificara con Frei Montalva. El mismo año 1973 el hijo aplaudió el complot que tiempo atrás había preparado el padre, según consta en documentos. El silencio de Frei Ruiz Tagle no tuvo escrúpulo. Supo de las matanzas y en momento alguno denunció la acción devastadora del régimen dictatorial. Durante cinco años como presidente rechazó las peticiones para que recibiera a las agrupaciones que representaban a las víctimas. La audiencia siempre les fue negada a padres, hijos, amantes enlutados. Cinco años sin un gesto cortés, el más simple: extender una mano y recibir otra.

—Asesinos de todos los días tienen cómplices y se les castiga por encubrimiento. ¿No cree, doctor, que los cómplices del más alto rango merecerían trato igual?

—Hay que distinguir entre la responsabilidad política y la responsabilidad penal. Hay sujetos que incurren en responsabilidad política al favorecer un golpe militar. Pero la ley penal ha de considerar, sobre todo, los factores estrictamente relevantes del delito. El caso Pinochet tendrá en el futuro nuevas formas. Se darán el caso Rodríguez o el caso Schmidt o el caso Ivon. Seguirán las masacres. Hoy somos testigos de que así es, lo mismo en regiones de la avanzada Europa que en continentes a la zaga. Pinochet deja un precedente que alivia: la cooperación entre gobiernos que han suscrito tratados para enfrentar las matanzas. Son los crímenes de *lesa humanidad*. Y el primero, el más profundo, es el genocidio. Los crímenes de *lesa humanidad* tienen como sujeto pasivo a la propia humanidad. Sin diferencia de frontera, ideología, sin pasaporte que separe al victimario de la víctima. Es válido el viejo concepto: que el hombre conozca todo lo que al hombre concierne.

—Le pregunto desde el punto de vista más simple: si yo oculto a un criminal en mi casa, soy responsable. Si oculto a un criminal en Palacio mi responsabilidad crece. Si pervierto la ley, mi responsabilidad es mucho mayor. ¿Es justo que de todo esto estén excluidos Aylwin y Frei?

—El proceso de Nuremberg nos sirvió para analizar el problema, complejo y aterrador. En Nuremberg, los altos mandos político y militar del Tercer Reich fueron sentados en el humillante banquillo. Entre los acusados se encontraba Franz von Papen, secretario general de la Democracia Cristiana Alemana en 1935. Digamos, el Aylwin y el Frei de Alemania en el ascenso de Hitler a la Cancillería. El tribunal envió a la muerte a nueve de los acusados. Los ahorcó. Condenó a la cárcel a otros jefes políticos y militares. Pero absolvió a Von Papen a pesar de que limpió el camino del Führrer. No encontró el tribunal responsabilidad personal en los crímenes posteriores que estremecerían al mundo. Frei y Aylwin favorecieron el golpe de Estado, pero no aparecen personalmente implicados en la conexión del crimen después de 1990, apertura de los diez años de su mandato. Éste es el problema, su raíz envenenada. En los crímenes contra la humanidad se mata y nadie ve, nadie escucha. Volvamos a Pinochet: su caso es un esfuerzo para romper el círculo de hierro. Nos consta que ahora hay sitios donde la justicia es una ficción, no las masacres. Yugoslavia es un ejemplo. Ruanda otro. Para qué seguir.

—1990, doctor. Si obligo al silencio, de alguna manera mato en la omisión.

—Muy bien, 1990. No hay duda desde el punto de vista ético y político. La complicidad puede ser aún más repugnante que el crimen mismo. Es el hedor del desvío de poder. El doctor Garcés abre una pausa larga. Se estira. Pide café a la secretaria embarazada. Dice:

—Muchas veces me he preguntado cómo fue posible que políticos que abandonaron sus oficinas y se lanzaron a la calle para pedir el voto, que caminaron con la fotografía del doctor Allende en alto, que invocaron el nombre de las víctimas de la represión para alcanzar un escaño, no hayan pedido, siquiera, información sobre el horror vivido. Me repugna la pasividad frente al crimen. Me repugna la fidelidad a un futuro sólo personal. Me repugna el largo silencio.

* * *

El doce de enero de 1988, ante el Comité de Apelaciones de Santiago, Gladys Marín entabló querrela criminal contra Pinochet. Fue la primera. Seguirían peticiones que hundirían al general en una ciénaga de la que no se ve como podría salir.

Secretaría general del Partido Comunista, Ana Cecilia Friz Salinas cumplió un deber, frío el corazón, durante sus años de acción revolucionaria. Desconfiaba. La sociedad chilena seguía sojuzgada y los tribunales mantenían su servidumbre al poder.

Cuatro años antes había presentado una denuncia similar a nombre del Partido Comunista. Acusaba a Manuel Contreras, "el asesino de la DINA", de la desaparición de su marido, Onofre Jorge Muñoz, el 18 de septiembre de 1976. Unía a Muñoz con sus compañeros Víctor Díaz López, Mario Jaime Zamorano, Uldarico Donaire y Jaime Montano. Formaban el núcleo cerrado del partido: la comisión política.

La denuncia cayó al vacío. Nada pudo el partido frente a la cláusula abyecta: "rendir fianza de calumnia".

Explica Gladys Marín: "A la presentación de la querrela, el Comité de Apelaciones reclamaba una fianza. La hipocresía de los jueces los llevaba a sostener que se protegían contra el perjurio y la mala fe del acusador: o pagaban o no había litigio."

—¿Cuánto pagabas?

—Nunca sabías. Los jueces determinaban el monto de la fianza en el momento en que acudías al Comité. El pago era arbitrario. Podría ascender a un millón de pesos, a cien, o mil.

—No había denuncia que prosperara, supongo.

—A veces te pedían una fianza baja o simbólica. Los jueces formaban parte de los secretos de la corrupción. Hacían su trabajo. Allá arriba alguien urdía alguna venganza.

—¿Y tu querrela frente a Pinochet?

—La admitió el comité. Ya tendría manera para turnarla al tribunal militar, donde todo se cae.

—¿Por qué la aceptó en tu caso?

—Yo presenté la querrela por Jorge, mi marido, a título personal, y no a nombre de los compañeros desaparecidos con él. Fue un trámite amargo, pero no había otra manera de sentar un precedente. Al pariente real o supuestamente agraviado se le aceptaba el documento "sin rendir fianza de calumnia". La dictadura descalificaba a la mujer o al hombre aislado. No era persona frente al aparato de un Estado confabulado, totalitario.

—¿Por qué dejaste ir cuatro años de la primera a la segunda denuncia?

—Junto con un grupo de abogados del partido fue un asunto que pensé todo ese tiempo. Pinochet se había hecho tan fuerte en el país que la conducta de todos nosotros, quisiéramos o no, estaba condicionada por su crueldad. Habíamos pasado de la persecución indiscriminada a la matanza colectiva, el secuestro ejemplar. Pinochet abatió primero a la población y luego a personas señaladas con su dedo asesino. Siempre hemos sabido que sin libertad y justicia no hay persona que respire. Los pulmones se encogen, el corazón se atrofia. Sólo queda espacio para una vida al ras. Semanas antes de que Pinochet abandonara la comandancia en jefe del ejército, futuro senador vitalicio, decidimos enfrentarlo así fuera con armas endebles. La indignación fue el último impulso que necesitábamos. La náusea nos llenaba la boca.

* * *

El de 1998 fue el año oscuro de Pinochet, la luna negra de la que algunos hablan. El 10 de diciembre, el juzgado central de instrucción número cinco de la Audiencia Nacional de Madrid dio a conocer el auto de procedimiento 10.12.98 contra Augusto Pinochet Ugarte. El documento habla de terrorismo y genocidio. Su nombre es bélico y literario: "Operación Cóndor".

Señala el auto inculpativo:

—En fecha 16 de octubre de 1998 se admite trámite querrela contra Augusto Pinochet Ugarte y otros por los delitos de genocidio, terrorismo y torturas.

—En la misma fecha se dicta auto de prisión y orden internacional de detención contra Augusto Pinochet Ugarte por aquellos delitos.

—El día tres de noviembre de 1998 se decidió proponer al gobierno la extradición de Augusto Pinochet Ugarte, detenido a tales efectos en Londres. La petición ha sido debidamente cursada y se halla en tramitación.

En el capítulo dedicado a la descripción de los hechos, puntualiza el documento: Junto con los militares que detentan el poder en Paraguay, Uruguay, Bolivia, Brasil y Argentina, Pinochet preside una organización delictiva cuya finalidad será: conspirar, desarrollar y ejecutar un plan sistemático de secuestros, detenciones, torturas, desplazamientos forzosos de miles de personas y desaparición selectiva de un número aproximado de tres mil para alcanzar una serie de objetivos político-económicos que reafirmen las bases de la conspiración y consigan instaurar el terror en los ciudadanos. La acción criminal persigue también la destrucción de personas contrarias al planteamiento religioso de la organización. Será el caso de "Cristianos por el Socialismo", identificados como miembros ideológicos del marxismo internacional. En Chile se eliminará a los mapochos. Los indígenas creyentes serán sometidos a un trato envilecedor.

La Operación Cóndor, ideada por Manuel Contreras, fiel a las órdenes de Augusto Pinochet y los militares de los países comprometidos en la lucha contra el comunismo internacional, celebró su primera reunión en Santiago el mes de octubre de 1975. Seguiría Asunción. No fue casual la sede elegida. Ahí se encuentran "Los Archivos del Terror".

Fueron descubiertos el 22 de diciembre de 1992 por el juez José Fernández y el abogado Martín Almada. Buscaban antecedentes e informes sobre la represión y los encontraron en la estación de policía de Lombardí. Bajo la protección del ejército, los papeles fueron trasladados al octavo piso del edificio del poder judicial.

Invitada en 1988 por la Comisión Nacional de Derechos Humanos de Paraguay, Gladys Marín visitó el archivo. Abrió gavetas, revisó expedientes. Cuenta: "Sentía que ahí estaban ellos, los detenidos, los desaparecidos, los torturados, los ejecutados. Entre miles de fichas me estremeció comprobar que chilenas y chilenos, quién sabe cuántos, habían terminado sus vidas absolutamente solos". Fue leyendo:

Ficha de Jorge Isaac Fuentes Alarcón, dirigente del MIR chileno detenido en Paraguay y hecho desaparecer.

Informe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas del Paraguay, al jefe de Investigaciones de la Policía, consignando antecedentes del ciudadano chileno Santiago Dinamarca, ante petición enviada por la DINA.

Información intercambiada sobre el ciudadano chileno Manuel Sepúlveda.

Información intercambiada sobre ciudadanos chilenos Alejandro Mella Latorre y María Cristina Castro Ayala de Mella.

Petición de DINA al aparato represivo de Paraguay para detener al ciudadano chileno Fernando del C. González Núñez.

Y así hasta agotarse.

Los Archivos del Terror conservan el documento clave para comprender, bajo la luz instantánea de un relámpago, el funcionamiento de la Operación Cóndor.

Se trata del documento de "la reunión de inteligencia realizada en Chile a fines de 1975".

Consigna la foja 1058:

Banco de Datos:

Establecer en un país de los que aquí se encuentran representados, un Archivo Centralizado de Antecedentes de Personas, Organizaciones y otras Actividades, conectadas directa o indirectamente con la subversión.

En líneas generales, algo similar a lo que tiene INTERPOL... en París, pero dedicado a la subversión.

El alegato contra Pinochet y sus cómplices, 285 páginas a renglón seguido, está firmado por el Ilmo. Sr. D. Baltazar Garzón Real, Magistrado-Juez del Juzgado Central de Instrucción número cinco de la Audiencia Nacional con sede en Madrid y detalla acerca de la DINA, Contreras y Pinochet: "Manuel Contreras debía lealtad y obediencia personal y absoluta a Augusto Pinochet, sin posibilidad alguna de tomar decisiones sin la orden y conocimiento de este último".

Según el propio testimonio de Contreras, ésta fue su relación con Pinochet:

Siempre cumplí conforme a las órdenes que el Sr. presidente de la República me daba. Solamente él, como autoridad superior de la DINA, podía disponer y ordenar las misiones que se ejecutaran y siempre, en mi calidad de Delegado del presidente y Director Ejecutivo de la DINA, cumplí estrictamente lo que se me ordenó. El presidente tenía la orden de que se le informara diariamente sobre lo importante que sucedía y al mismo tiempo, como doctrina normal, se le informaba permanentemente sobre el cumplimiento de las órdenes impartidas.

Trabajaba subordinado directamente al presidente de la república y Comandante en Jefe del ejército, sin ningún mando intermedio. Mi dependencia directa de la Junta de gobierno y posteriormente del presidente de la república, avala totalmente mi correcto y disciplinado proceder, ya que el presidente sabía exactamente lo que hacía o no hacía la DINA y su delegado y director ejecutivo. El ejercer el mando pleno en una institución militar no involucra ser independiente, por cuanto todos los comandantes tienen un mando superior del

cual dependen, al cual deben rendirle cuenta permanente del cumplimiento de sus misiones y de las órdenes recibidas. En mi caso particular ése era el presidente de la república y es por eso que digo que yo no me mandaba solo y cualquier misión a cumplir tendría que haber venido, como siempre vino, del presidente de la república.

Siguen nombres y más nombres, asesinatos y más asesinatos, los secuestros, las torturas. En las páginas infestadas está el caso de Fuentes Alarcón, en Villa Grimaldi: "Le llaman 'el bicho' y lo tienen encerrado en una jaula. Como un animal, rapado y lleno de piojos, está en exposición permanente, como una bestia".

* * *

El juez Nicholas Evans ordenó a la policía de Scotland Yard la detención preventiva del *Super Star* latinoamericano el 16 de septiembre de 1998. Por la noche, después de la operación exitosa de una hernia discal, Pinochet fue notificado del arresto que lo retendría en Londres casi año y medio. Los magistrados Baltazar Garzón y Manuel García Castellón habían cumplido desde julio de 1996 los trámites necesarios para que se investigara lo ocurrido en Chile de 1973 a 1990.

Pinochet entraría en un túnel del que ya no saldría. Presunto salvador de Chile, había convertido al país en un territorio de dolor y muerte. Los jueces querían conocer, entre otros sucesos, qué había ocurrido con noventa y dos españoles de quienes no había más noticias que el recuerdo. El largo silencio que siguió a su desaparición los había llevado a la certeza de la muerte.

Garzón iría más lejos: acusaría a Pinochet de genocidio, que no hay crimen más oscuro entre los hombres, así como de torturas y terrorismo.

La esposa del dictador, doña Lucía Hiriart, contempló su propia desgracia y se condeció de ella misma, de su marido, de su familia. Chile eran ellos, el matrimonio, los hijos, los nietos, los parientes políticos. Aseguró que para todos la aprehensión del general había sido un golpe "doloroso, muy fuerte".

Miró a Chile con sus ojos verdes. No estaban solos. Dijo: "No importan las diferencias de pensamiento. Cuando hay dolor para un chileno, todos los chilenos están con él".

El general observaría cómo se agitaban las hojas de los árboles sin su voluntad. Guardián de la patria, se entregaba.

"Sáquenme de aquí", pedía a sus amigos.

Su hermana, María Teresa Pinochet Ugarte, lloraba inquina: "Estoy consciente del sufrimiento de muchas madres que perdieron a sus hijos, porque nosotros también perdimos gente. Pero lo que se está viviendo ahora ya no es dolor. Es odio."

Frei hablaría en cadena nacional: "Más allá de las profundas diferencias que nos separan, podemos entender la situación humana que atraviesan el señor Pinochet y su familia. En consecuencia, pediremos las consideraciones necesarias dado su delicado estado de salud."

Las palabras que siguieron darían cuenta de la mansedumbre del presidente, sello de su gobierno. Dijo: "Algunos creen que mediante conductas violentas y exaltadas ayudan a su propia causa. Se equivocan. Sólo agregan obstáculos a sus propósitos". Anunció

que ante el gobierno inglés apelaría a "razones humanitarias" para repatriar al senador vitalicio.

Millones de chilenos no podrían escuchar palabras más hirientes. La piedad como último argumento había sido befa en los centros de tortura y paredones de fusilamiento. Desde la quimera, Aylwin pidió al general Pinochet y a sus partidarios que hicieran "un gesto de reconocimiento de sus responsabilidades en las violaciones de los derechos humanos cometidos durante el régimen militar".

Añadió, las manos sin tierra ni sudor, instalado en el equilibrio y la sensatez, pulcro: "Indudablemente, producido ese gesto sería mucho más fácil crear un clima que facilitara acciones humanitarias o de cualquier naturaleza de la sociedad chilena en su conjunto. Pero mientras no haya ese gesto, es muy difícil esgrimir razones humanitarias para lograr la libertad del general".

Augusto Pinochet Hiriart, el primogénito, dijo por su cuenta y riesgo: los fusilamientos que ordenó el general "fueron justos, porque no se ejecutó a personas sino a bestias".

Agregó en una frase inconclusa: "Si a Cristo lo traicionaron..."

"La Dama de Hierro", una condecoración en el curriculum de Pinochet, unió la compasión y el menosprecio por el general. Dijo: "Pinochet está viejo, frágil y enfermo. Sigo convencida de que es interés, tanto de Chile como de Gran Bretaña, permitirle regresar a Chile".

* * *

De los sueños de Pinochet quedarían las pesadillas. Menguado su inmenso poder, quedaba expuesto a la justicia, como sus oficiales. En marzo de 1990, Aylwin en la presidencia de la república, Pinochet se pensaba intocable. Nadie podría lastimarlo. Su fuerza era la de sus soldados, intocables también.

Razonaba, abierta su alma al clima benigno de una vida irreprochable:

Voy a seguir siendo comandante en jefe para tener a mi gente protegida. Mi gente está conmigo un ciento por ciento.

Yo sé lo que ha pasado en muchas partes. Y he visto cómo principian a tirar la hebra, a sacar y sacar con la famosa jeringa de los derechos humanos, que es un invento que hicieron los comunistas.

A los comunistas no los tocaron en la Segunda Guerra Mundial. Porque los principios de los derechos humanos vienen de Francia. En Francia aparecieron. Pero en la Primera Guerra Mundial no tocaron los derechos humanos porque a los señores aliados no les convenía. En la Segunda Guerra Mundial, tampoco. Salvo a los alemanes. A ellos sí los atacaban. Pero no tocaron a los rusos y nada dijeron de los asesinatos de los diez mil oficiales polacos en los bosques de Katyn. Cuando el frente ruso retrocedía un metro, a los soldados los fusilaban. Sin embargo, aquí, ahora, hablan de los derechos humanos. ¿Cuáles son? Si el gobierno no ha estado nunca contra los derechos humanos. Ahora, si hubo faltas fue porque hubo una exacerbación de parte de los otros caballeros. Yo llegué a la Presidencia como comandante en jefe. No venía de la calle. Y los derechos humanos los he respetado siempre.

Repasaba su vida, dictaba:

Cuando cumplí cuarenta años de servicio llegué a general de división. Pensé que pasaría a retiro. ¿Qué haré? Ir con mi mujer al extranjero y a la vuelta termino mi trabajo de historia militar sobre la Guerra del Pacífico. Después termino el trabajo sobre las campañas de la Confederación Perú-Boliviana, que he iniciado. Ése es mi plan. En la mañana salir a trotar o a caminar. A las nueve, después del baño, ir a la Biblioteca Nacional a investigar.

Pensaba llevar una vida tranquila y burguesa. Y vino el Once de Septiembre, no porque estuviéramos deseosos de ocupar La Moneda. Y aquí estamos.

He tenido todo lo que podía desear en la vida. Una familia linda. Una mujer a la que quiero y unos hijos cariñosos. Diecisiete nietos. ¿Condecoraciones? Un montón, más de cincuenta millones de pesos en oro que acabo de entregar a la Escuela Militar. Soy desprendido con mis cosas materiales. Mi biblioteca: treinta mil volúmenes. Le regalé una parte a la Academia de Guerra. Me voy a quedar con los libros de historia de Chile y nada más.

* * *

En la última etapa como presidente, Freí hizo de la libertad de Pinochet la razón de su gobierno. El senador vitalicio representaba la soberanía de Chile, su entereza ante el mundo.

Para evitar el proceso del general en Londres o la extradición a España, habló de violaciones a la inmunidad diplomática, atropellos a los convenios internacionales, la dignidad quebrada si se aceptaba el juicio de Pinochet en tierras extrañas, bajo otros tribunales, otras leyes.

Aludió a España. Nunca se entrometió en cuarenta años de dictadura sangrienta, la de Francisco Franco. Citó a Polonia. Seis millones de muertos le había costado la Segunda Guerra Mundial y Chile no decía a los polacos de qué manera debían reconstruir su país. Las comparaciones de Freí indignaron en Varsovia, ciudad mártir como ninguna. "No exagere", lo reconviniere los medios de comunicación. "Confunde la historia, presidente". También provocaron malestar en Madrid. Los tribunales acababan de condenar a la cárcel al ministro del Interior y a la cúpula de la policía del gobierno de Felipe González por el secuestro del vasco-francés Marey, durante los años ochenta.

José Miguel Insulza, el canciller, se burló de su propio pasado. No pesó en su ánimo la condena a un largo destierro decretada por la dictadura. Aliado de Frei se transformó en el apasionado defensor de Pinochet.

Insulza fue asesor de Clodomiro Almeyda. Estuvo a su lado hasta el nueve de septiembre de 1973. Almeyda, delegado a la Asamblea de los No Alineados que tenía lugar en Argelia, viajó ese día a Santiago. Insulza permaneció en África. Diría después que no hubo pasaje para él. Se trasladó a París. De Francia hizo su residencia distante. Apoyado en la letra plana de los códigos, Insulza llegó a hablar de los "presuntos delitos" de Pinochet, expresión que mueve a menosprecio al doctor Garcés.

Afirma el politólogo que el derecho de gentes, los derechos humanos, sagrada la persona en su integridad física y moral, el derecho internacional, los convenios supranacionales, todo, absolutamente todo condena a Pinochet como autor de crímenes de *lesa humanidad*. Ni a la luz de la razón, ni de la justicia, ni de la ley, tiene escapatoria. El veredicto histórico está dado y ha sumido al genocida en una depresión visible. Ya no habla, parece que ya no vive. Escapó de la silla de ruedas, no del oprobio que lo acosa. Argumenta Garcés, en su mano el articulado de la Convención Interamericana para Prevenir y Sancionar la Tortura:

—Los Estados parte [Pinochet estampó su firma] se obligan a prevenir y sancionar la tortura en los términos de la presente Convención.

—Se entenderá por tortura todo acto realizado intencionalmente por el cual se inflijan a una persona penas o sufrimientos físicos o mentales, con fines de investigación criminal, como medio intimidatorio, como castigo personal, como medida preventiva, como pena o métodos tendientes a anular la personalidad de la víctima o disminuir su capacidad física o mental, aunque no causen dolor físico o angustia psíquica.

—El delito a que se hace referencia en el artículo 2 se considerará incluido entre los delitos que dan lugar a extradición en todo tratado de extradición celebrado entre Estados partes.

Además, "todo Estado que subordine la extradición a la existencia de un Tratado, podrá considerar la presente Convención como la base jurídica necesaria para la extradición referente al delito de tortura".

Agrega: "El mismo espíritu de la Organización de Estados Americanos alienta en la Carta de las Naciones Unidas y la Declaración Universal de los Derechos Humanos".

Pertinaz, sin apartar el índice de un tema que considera fundamental, alude Garcés a la indefensión de la autoridad civil frente al poder militar, los presidentes que no se engallan y el pinochetismo que no muere.

Dice:

Desde que se constituyó la República de Chile en 1818, el presidente de la nación, de acuerdo con los principios republicanos de soberanía popular y nacional, tiene la facultad de nombrar y remover los mandos militares, particularmente los comandantes en jefe. Esa facultad del jefe de Estado se mantuvo ininterrumpidamente hasta 1990.

Sin embargo, en 1990 Aylwin aceptó ser presidente de Chile sin esa facultad inherente a toda república bien constituida y también el hijo de Frei Montalva en 1994 y también Ricardo Lagos en el año 2000.

* * *

Pregunto a Joan Garcés:

—Sin conocer físicamente a Pinochet, usted lo ha observado al revés y al derecho. ¿Es el hombre mediocre del que tanto se habla?

—Pinochet tiene el reflejo del criminal. Conoce mejor que nadie la magnitud de su traición el 11 de septiembre. Los conspiradores entendían que eran conspiradores y sólo eso, pero Pinochet sabía que su deslealtad no tenía paralelo. Había tenido la confianza del general Prats y del presidente Allende, había sido elevado al rango superior, comandante en jefe del ejército. En esas circunstancias, desarrolló la personalidad del hombre sin alternativa. Para cubrir su primer crimen había de cometer el segundo, el tercero, el cuarto, los que hicieran falta. En esa espiral identificó el crimen con su propia vida. De ahí que necesitara construir un ejército cómplice. La sobrevivencia de Pinochet no me dice nada de su inteligencia, mediocre o no. Me lleva a su instinto: vivir matando. Pinochet camina sobre cadáveres y Garcés camina sobre las huellas de Pinochet. Ha investigado, paciente. De uno a uno levantó rimeros de expedientes alineados en estantes o desperdigados por el piso de su oficina.

Ante Garcés y los abogados que trabajan con él, las víctimas de Pinochet aceptaban el desafío con el pasado. Llegaban dispuestas a contar su historia, abrir secretos, revelarse. Después testimoniaban ante los jueces Manuel García Castellón y Baltazar Garzón. Un notario daba fe del suceso.

Al momento de la prueba judicial, se quebraban. "Así es el sufrimiento guardado en la memoria", dice Garcés.

Había una primera, una segunda y todas las comparencias que hicieran falta. Un tiempo extraño corría, sin prisa. Antes de rendir su declaración, los querellantes debían serenarse, embargados de dolor como estaban.

"Las sesiones eran muy penosas —rememora el politólogo—. Podría asegurar que prácticamente todas terminaban en llanto. Nosotros, los abogados, también resentíamos el shock".

A su alrededor, en libros y papeles está la historia de Chile vinculada con la dictadura, un trabajo de veinticinco años.

Dice: "Repaso escenas vividas con un adolescente, un anciano o una mujer, torturados. Los miraba volver a lo inaudito. Asistían a su derrumbe, a todo lo que habían sido. Se acababa el rubor del cuerpo desnudo, el abatimiento por la vejación, el sentido de la propia humanidad. Daba lo mismo la vida que la muerte. Querían dormir."

"Lea", me pide Garcés. Y de un armario toma un expediente cualquiera:

Me aboqué con mi esposo a la búsqueda de mi hijo. Tengo cinco más. El menor tenía ocho años. Quedaron solos. Mi hija mayor tuvo que hacerse cargo de la familia. Yo tenía que buscarlo. A ella le vienen depresiones. Cambió todo, la vida de nuestra familia, la de mi esposo, la de mis hijos. Mi hijo menor fue afectado, no maduró bien. La represión, después de desaparecerlo, buscaba a los amigos de mi hijo. Tuvieron que esconderse. La gente de la población lo quería mucho. Alguna gente de derecha nos aisló.

Narra otro testimonio:

Cambió todo. Teníamos cuatro hijos, él entregaba el sustento. Cuando desapareció quedamos muy pobres. Uno de mis hijos murió. Queríamos educar a nuestras hijas, ser una familia, la ilusión de todos. Todo se frustró. Pasamos

hambre y miseria. La familia se desintegró. Los niños estaban solos. Yo tenía que ser muy dura con ellos, no querían estudiar, no teníamos donde vivir. Mis hijos no están bien. Han sufrido mucho y siguen sufriendo por todo lo que pasó. Cuando se llevaron a Luis, también se llevaron a dos vecinos que después soltaron. No podía visitar a nadie. Donde yo iba llegaban a allanar. Entonces me aislé, mi familia se aisló. No tenía a quien pedirle ayuda. A mis hijos también los aislaban, como también los culpaban.

Un caso más:

Estuve tres años en tratamiento psiquiátrico. Tenía muchas pesadillas. Producto de los golpes tenía una hernia.

Siempre he vivido de impotencia, eso se queda en una. Yo pienso que este dolor siempre va a estar, los que estaban ayer están hoy, el que detuvo a mi pareja es un Director de Investigación, Nelson Mery. Eso es frustrante y da pena que estén allí, aún en el poder. Hace un año me dio un infarto cerebral que afectó todo mi lado izquierdo. Ya no puedo hacer cosas como antes. Siento que la vida se me fue en eso.

* * *

El general Sergio Arellano Stark, comandante de "La caravana de la muerte", fue acusado ante la ley por su compañero de armas, Joaquín Lagos Osorio, como autor de crímenes nefandos. La querrela contra el delegado personal de Pinochet fue presentada el tres de julio de 1986 ante el Primer Juzgado del Crimen en Antofagasta. Lagos Osorio juró ante Dios decir "la verdad de los hechos relatados". Esa verdad involucraba a Pinochet, cómplice de la matanza. El 19 de octubre de 1973, poco antes de que partiera Arellano Stark de Antofagasta a Calama, el auditor militar, teniente coronel Marcos Herrera Aracena, le pidió que firmara unos documentos. Según comunicaría Arellano Stark a Lagos Osorio, los papeles aludían al trabajo efectuado la víspera. Narra Lagos Osorio:

Me fui a la oficina de la intendencia y a eso de las diez se presentó el jefe de relaciones públicas, mayor Manuel Matta Sotomayor, hoy general en servicio activo. Me preguntó, reflejada la preocupación en su rostro:

—¿Qué vamos a hacer ahora, mi general?

—Yo le contesté: ¿hacer de qué?

Pareció abrumado y me preguntó si no estaba en conocimiento de lo que había sucedido la noche anterior. Yo lo conminé a que me informara de una vez por todas de qué se trataba.

En la noche, la comitiva del general Arellano Stark había sacado del lugar de detención a catorce reos bajo proceso, los habían llevado a la Quebrada El Way y los habían muerto a todos con ráfagas de metralletas y fusiles de repetición. Después habían trasladado los cadáveres a la morgue del hospital de Antofagasta y cómo ésta era pequeña y no cabían los cuerpos; la mayoría quedó

fuera. Los cuerpos estaban despedazados, más o menos con cuarenta tiros cada uno y permanecían al sol y a la vista de todos.

Quedé estupefacto, indignado por los crímenes cometidos a mi espalda, en un sitio de mi jurisdicción. Ordené que los médicos militares y los del hospital armaran los cuerpos, avisaran a los familiares y les entregaran los cadáveres en la forma más digna y rápida posible.

Fue un día muy duro. Recuerdo que le pedí al padre José Donoso, a quien había designado capellán del ejército, que hablara con algunos de los familiares. Por mi parte, intenté comunicarme con el Comandante en Jefe del ejército [Pinochet]. Fue imposible. Volaba entre Iquique y Arica.

Por la tarde me reuní con los comandantes de unidades de la guarnición de Antofagasta. Conversamos en mi oficina el jefe del Estado Mayor, coronel Sergio Cartagena [fallecido]; Adrián Ortiz G., director de la Escuela de Unidades Mecanizadas; comandante de la Unidad de Artillería, teniente coronel Lagos Fortín; comandante de la Unidad de Infantería, teniente coronel Victorino Gallegos; teniente coronel Juan Bianchi G., comandante de la Unidad Logística. Mi pregunta fue si tenían conocimiento de lo que había sucedido. Todos guardaron silencio.

Al día siguiente, alrededor de las nueve de la mañana, me llamó el general Arellano Stark desde el aeropuerto. Quería agradecerme las atenciones dispensadas. Le contesté que no me interesaban sus agradecimientos y que debía trasladarse de inmediato a la intendencia [por antigüedad, Lagos Osorio ostentaba una jerarquía superior a la de Arellano Stark]. Reunido con él lo conminé a que me explicara su actitud y la masacre de su comitiva, a mis espaldas.

Le enrostré su conducta criminal y le manifesté mi indignación. Se disculpó diciendo que el coronel Sergio Arredondo había actuado por su propia iniciativa, sin su autorización. Me molestó sobremanera el subterfugio que asignaba la responsabilidad a un subalterno, siendo Arellano Stark el jefe de la comitiva.

Agregué que no encontraba adjetivo para calificar los hechos. Había dado muerte a gente que aún estaba procesada y con derecho a las instancias que la justicia militar prevé, incluso en tiempo de guerra: proceso ante el fiscal militar, defensa de los inculpados, consejo de guerra y sentencia del juez militar, que en este caso era a mí a quien correspondía pronunciarse en conciencia.

El general Arellano me contestó que él respondía de todo esto. Yo le reiteré su actitud innoble para con el ejército, el país y para conmigo mismo. Le dije también que el suceso ya era conocido en Antofagasta, en el país y el extranjero. Sólo entonces me entregó un documento, la comunicación del Comandante en Jefe del ejército que lo nombraba oficial delegado para revisar y acelerar los procesos.

Por el estado en que me encontraba no leí el documento con la atención debida, pues más me molestó que no me lo hubiera mostrado cuando llegó y que lo hiciera entonces, cuando habían dado muerte a catorce personas.

Ya no me quedaba más alternativa que dar cuenta de todo al Comandante en Jefe del ejército. Esa misma tarde regresaba a Santiago. Yo también iría al

aeropuerto de Cerro Moreno junto con los jefes institucionales de la Fuerza Aérea, la Armada y los Carabineros. Le rendiríamos los honores que corresponden.

Al jefe de la Fuerza Aérea le pedí que me hiciera preparar una sala contigua al hangar donde se detendría el avión del Comandante. A su llegada me adelanté a saludarlo y le manifesté que tenía urgencia de hablar con él. Inicialmente me contestó que no tenía tiempo. Ante mi insistencia dijo que me concedería cinco minutos.

Le informé al Comandante en Jefe del ejército todo lo sucedido en Antofagasta. Le expuse que estos hechos proyectaban la peor imagen tanto en el ámbito nacional como internacional, lo que constituiría un grave daño para el país. Por esta razón y por no aceptar los procedimientos seguidos, le pedía que me relevara de mi cargo en Antofagasta. Con lo obrado por el general Arellano yo había perdido mi ascendiente sobre la ciudadanía y también dentro de la división a mi mando, toda vez que se había procedido en contra de las normas de respeto y justicia que se habían hecho públicas desde el 11 de septiembre de 1973. Consideraba que no podía continuar en el ejército y le pedía cursara mi expediente de retiro.

El general Pinochet me reiteró que nunca había pensado siquiera que el general Arellano pudiera proceder así. Me encontró razón, además, en el daño que estas muertes ocasionarían. Me dijo que sería trasladado a Santiago en una fecha próxima, pero que por el momento debía permanecer en mi puesto dadas las actuales circunstancias y que por mis medios tratara de superar ante la opinión pública la grave situación producida.

Dejo constancia de esta reunión, que iba a ser de cinco minutos y duró más de una hora.

El tres de octubre recibí un telex del Comando de las Fuerzas Armadas. Se me pedía le informara de la nómina de los ejecutados dentro de mi zona jurisdiccional. Entregué los nombres:

Luis Eduardo Alanís Álvarez, Nelson Guillermo Cuello Álvarez, Mario Silva Triarte, Miguel Manrique Díaz, Daniel Alberto Moreno Acevedo, Washington Muñoz Donoso, Eugenio Ruiz Tagle Orrego, Mario Arqueros Silva, Marcos de la Vega Rivera, Dinator Ávila Rocco, Segundo Flores Antivilo, José García Barrios, Darío Godoy Mancilla, Alexis Valenzuela Flores.

Fui citado por el Comandante en Jefe del ejército para el día primero de noviembre de 1973. En dicha oportunidad, por los hechos perpetrados a mis espaldas, le reiteré que me relevara de mi cargo, tanto en Antofagasta como del ejército, por no poder hacerme partícipe de ellos ni ante el país, ni ante el ejército, ni ante mi familia. No tuve respuesta a mi petición y me ordenó que regresara a Antofagasta.

Por la noche llegó al lugar donde me alojaba el ayudante del señor Comandante en Jefe del ejército, coronel Enrique Morel Donoso. Llevaba consigo el oficio que había entregado, transmitiéndome la orden en el sentido de que en el oficio no debía especificarse lo obrado por el general Arellano, haciéndose sólo una lista general.

Al día siguiente concurrí a la oficina del señor Comandante en Jefe. Ahí había un funcionario que rehizo el oficio conforme a lo dispuesto por el Comandante en Jefe del ejército. Después de hacerle entrega de lo ordenado, debí regresar a Antofagasta a hacerme cargo de mi puesto.

En febrero de 1974 fui trasladado a Santiago y después de ocho meses fui llamado a retiro del ejército.

Es todo cuanto puedo declarar.

* * *

Conocí a la abogada Carmen Hertz Cádiz en el departamento de la viuda de Salvador Allende, Hortensia Bussi. Se ubica en el número 14 de la calle El Bosque, octavo piso. La zona es tranquila, contigua al centro de Santiago.

La vista al exterior es simplemente bella. Bajo un cielo claro, la cordillera es blanca y conforme avanza el día es azul acuarela, dorada y ya al atardecer de un rosa que no se mira así, pero se sabe que de ese tono es.

La abogada es distante y apasionada, combinación que le permite la espontaneidad o el silencio, como ella quiera o lo demanden las circunstancias. Lucha contra Pinochet y sus cómplices. Asesinaron a su marido y a veinticinco personas más.

Ocurrió la masacre el 19 de octubre de 1973, en Galanía, cerca de Antofagasta. En la madrugada, el general Sergio Arellano Stark y su caravana dispusieron de la vida en Antofagasta y por la noche enlutaron al pueblo de Galanía. Los sucesos fueron semejantes. En ambos, el engaño y la sevicia se apretaron con el mismo nudo.

La denuncia fue presentada ante la Corte de Apelaciones de Santiago, el 24 de mayo de 1999. Está dirigida contra el general Augusto Pinochet Ligarte, senador vitalicio, capitán de ejército actualmente detenido en Londres y una constelación de militares. Arellano Stark es uno de ellos.

Consta en la Corte:

El 23 de septiembre de 1973, Carlos Berger Guralnik fue condenado a sesenta y un días de prisión. Su mujer llegaba cotidianamente a la cárcel acompañada por el hijo de ambos, Germán Alejandro, de once meses.

El 25 de octubre, Carmen solicitó la conmutación de la pena al comandante Óscar Figuerosa. Pagará la multa que determinara la jurisdicción de Galanía. El oficial estuvo de acuerdo. Al día siguiente, Figuerosa informó a la señora que no podía satisfacer su petición. A Calama había llegado una comisión de oficiales de Santiago. Sergio Arellano Stark los encabezaba.

A las 16 horas de ese 18 de octubre, doña Carmen se dirigió a la prisión, como siempre. En el trayecto se cruzó con una fila doliente: encapuchados y esposados, trece sujetos caminaban con pasos cortos y vacilantes. Reunida con su marido le contó lo que había visto. A la celda ni los murmullos llegaban, fue el comentario del doctor Berger.

El 19 de octubre, de Patricia Bahamondes, de la Gobernación de Calama, escuchó la noticia presentida: los reos habían sido fusilados. Todos. Los 26. Contradictorio, un funcionario militar de apellido Shejman le informó que los detenidos habían sido trasladados a Santiago. Por último, el oficial Eugenio Rivera ordenó a la señora que permaneciera en su casa.

A las ocho de la noche una voz la llamó por teléfono. Fue breve. Salga a la esquina, señora. Salió. Sin descender de un *jeep* militar, dos oficiales le rindieron parte: Al intentar fugarse, los reos habían sido muertos.

El cadáver no fue entregado a la viuda ni tuvo señal del sitio donde habría sido sepultado. Sólo se le extendió un certificado con la causal de la muerte: destrucción de tórax y región cardiaca por fusilamiento.

Sabría después y así lo hizo constar ante la Corte de Apelaciones: Las ejecuciones fueron perpetradas mediante acuchillamiento con corvos militares y disparos a diferentes partes del cuerpo.

* * *

Si en el largo y estrecho territorio de Chile no se movía la hoja de un árbol sin que Pinochet lo supiera, en América Latina no se agitaba una rama sin que la Casa Blanca estuviera enterada.

Jack Kubish, subsecretario del Departamento de Estado para Asuntos Iberoamericanos, envió al secretario, Henry Kissinger, el siguiente memorándum secreto el 16 de noviembre de 1973:

El 24 de octubre la Junta anunció que ya no llevaría a cabo ejecuciones sumarias y que las personas capturadas (o sorprendidas) en un acto de resistencia al gobierno, en lo sucesivo serían retenidas por las cortes militares.

Las ejecuciones públicamente conocidas, tanto las sumarias como las relacionadas con sentencias en cortes marciales, suman aproximadamente 100, agregados los 40 prisioneros acribillados mientras trataban de escapar.

Un reporte confidencial interno preparado por la Junta, indica que el número de ejecuciones en el periodo del 11 al 30 de septiembre, es de 320. Esta última cifra es probablemente una indicación precisa del alcance de esta práctica.

* * *

El atentado contra Orlando Letelier y Ronnie Moffit en el corazón de Washington hirió el orgullo de los Estados Unidos. Más allá de la complicidad de Nixon y el aparato devastador de su gobierno en el golpe contra Chile, pareció que el tiempo borraba el agravio. En la conjura habían participado hombres del peso de Henry Kissinger, Premio Nóbel de la Paz 1973, y George Bush, director de la CIA y ulterior presidente de la Unión Americana.

La acción contra Pinochet en Londres, el estupor en Chile por su captura, la cólera de muchos que no sabían o no habían visto completa la aviesa película de la vida del dictador y la exigencia de su extradición para juzgarlo por crímenes contra la humanidad, atizaron un fuego moribundo en los Estados Unidos.

Lawrence Barcella fue uno de los actores de la historia que renacía. Investigador de los crímenes del narcotráfico, la corrupción y el terrorismo en el mundo, como subprocurador dirigió las pesquisas para dar con los responsables del doble crimen. En ese tiempo, el 76 y los años subsecuentes, no tuvo otra tarea ni otra pasión.

El seis de diciembre de 1988 publicó un artículo en el *Washington Post* que deshizo cables enmohecidos. Clinton reabrió el caso y agentes del FBI se trasladaron a Santiago. A su vez, el Tribunal Supremo de Chile interrogó a cuarenta y dos personas en relación con el complot. Volvió a la sórdida actualidad el nombre del general Manuel Contreras y la viuda de Letelier, Isabel Margarita, reiteró los cargos contra Pinochet. Barcella escribió:

Como están ahora las cosas, España, Suiza y Francia han solicitado la extradición de Pinochet por crímenes contra la humanidad cometidos contra sus ciudadanos en Chile durante y después del golpe. Como complemento de estos requerimientos, puedo afirmar que palidecerían ante una solicitud de extradición a los Estados Unidos por crímenes contra nuestros ciudadanos y nuestros residentes en el corazón mismo de Washington.

Sobre este punto, el silencio del Departamento de Estado y las declaraciones insulsas del Departamento de Justicia han sido, para decir lo menos, incómodas. La reciente decisión del gobierno por desclasificar documentos sobre los abusos a los derechos humanos bajo Pinochet, no es suficiente. Yo he venido esperando más y no he aceptado la prolongada pugna entre los abogados de los derechos humanos y los burócratas temerosos del Departamento de Estado que, inconscientemente, se han asido aliados al *statu quo*

Dejó en claro, sobre todo: "Los gobiernos de otras naciones se han rebelado contra Pinochet en defensa de sus ciudadanos. Nuestro gobierno debiera hacer lo mismo."

Conversamos el diez de julio del 2000 en su oficina, cercana al Capitolio. Bajo el sol de la tarde los cristales brillaban como diamantes.

—¿Qué falta, doctor Barcella, para acusar a Pinochet por el asesinato de Orlando Letelier y Ronni Moffit?

—Falta la constancia de la orden para liquidarlos. A sus palabras, sigue el desprecio:

—Pinochet y Contreras no son distintos de John Gotti y sus secuaces. En su tiempo todos sabían que Gotti era el padrino, pero sin una orden precisa que lo incriminara no habría sido posible llevarlo a la cárcel, incomunicado de por vida.

(Son iguales John Gotti y Augusto Pinochet. Los dos traicionaron a sus jefes para hacerse del poder. Gotti a las afueras del restaurante Sparks, en Nueva York, y Pinochet en el interior del palacio de La Moneda. Gotti morirá en la cárcel y Pinochet será señalado de por vida).

Volvemos al diálogo:

—La Comisión Church señaló que el presidente Nixon y el secretario de Estado, Kissinger, intervinieron en el golpe a Chile. En su calidad de ciudadano norteamericano ¿cómo reacciona frente a Nixon y Kissinger, conocida su participación en la historia sombría?

—Desafortunadamente no hay conexión entre la política y la ética. Los políticos debieran vivir una conducta ética, pero no es así. La política determina que los políticos tomen decisiones que no son éticas, ni morales, ni justas. A veces, en los Estados Unidos nos es difícil reflexionar y mirar hacia atrás los malos momentos de nuestra historia. No queremos recordarlos, mucho menos superarlos. A mí me impactó que los

chilenos hayan tenido la capacidad para recordar su historia, revisarla y superarla. Procesaron a Contreras y luchan para abrir la investigación contra Pinochet.

* * *

Sam Buffone lleva la causa Letelier-Moffit. Su oficina se ubica en el piso de un edificio alto que sugiere una cárcel vertical. De arriba a abajo se entrecruzan barras de concreto. La imaginación se ve atrapada. No habría por donde salir.

—¿Hasta dónde quiere llegar usted en el juicio contra Pinochet? —pregunto al abogado.

—El general Pinochet pudiera terminar en los tribunales de los Estados Unidos.

—¿Encuentra usted alguna similitud entre los casos de Orlando Letelier y el general Carlos Prats?

—Es claro que los crímenes fueron llevados a cabo como parte de la Operación Cóndor y también es claro que Pinochet supervisó y controló esa operación.

—Dicen que Hitler fue totalitario y Mussolini, dictador. Bajo Mussolini hubo algunas manifestaciones de libertad, en el arte, por ejemplo. Bajo Hitler no hubo expresión alguna de libertad. ¿Fue totalitario Pinochet?

—Cuando Pinochet participó en el golpe, actuó de manera totalitaria, pero cuando gobernó se comportó de manera dictatorial. El reino del terror que siguió al golpe tuvo como propósito destruir a la oposición, silenciarla. Al abrirse el sistema político, los hombres y mujeres de la izquierda todavía tenían miedo. Concluyó la época totalitaria, pero el miedo continuaba.

—¿Cómo logró Pinochet pervertir a las fuerzas armadas?

—Necesitamos recordar de qué trató la Guerra Fría y a qué dieron lugar los actores de ambos bandos. Los militares chilenos fueron enlistados en la guerra internacional contra el comunismo.

—¿Qué lo involucró con las familias Letelier y Moffit?

—Sentado en el tribunal de Londres escuché los cargos contra Pinochet y me mantuve atento a las descripciones de la tortura. Nada me impresionó tanto. Aún me hiela la frialdad de los relatos.

Se hablaba del horror como de un hecho sencillo. Me sacudió saber de un hombre amarrado a un poste y sometido a electrochoques en los genitales.

* * *

Isabel Margarita volvió a su taller de artista, laboriosa la escultura como la formación de un niño. Trabaja con las manos y mantiene la energía entera contra Pinochet. Una a una cuenta sus culpas, que una a una las irá pagando. Dice: El 26 de septiembre de 1976 mantuvo inmóviles sus ojos esmeralda en los ojos claros de Letelier. Fue la última vez. Su historia podría ser repetida por millares. Algunos aún buscan vestigios de sus desaparecidos.

La mañana del asesinato contó, lúcida y aterrada:

Alrededor de las nueve y media sonó el teléfono. La secretaria de Orlando me llamaba, diciéndome: "venite inmediatamente al hospital George Washington porque Orlando tuvo un accidente". No alcanzamos a decir nada más en el teléfono, pero tuve la sensación de lo fatal. Al llegar al hospital vi muchas ambulancias, muchos autos de policía, un canal de televisión, periodistas y mucha, mucha gente. Y también traté de decirme a mí misma: no, debe haber habido un accidente. Debe ser para otra persona todo esto. Pero al entrar al hospital estaban los colegas de Orlando, quienes me miraron y no me dijeron nada. Finalmente entramos a un cuarto y se me acercó Susan Bernard, una colega de Orlando, y en esa cara lo vi todo. Me abrazó llorando y una sensación de vacío horrible me envolvió y dije: "está muerto".

Michael Moffit, el marido de la muchacha que murió en este accidente horrible, me abrazó diciendo: "mataron a Ronni también, mataron a Ronni también". En inglés me decía: "*The God my baby*" Inmediatamente pedí ver a Orlando y alguien mencionó: bomba, fue una bomba. Vino un agente del FBI y me llevó a un cuarto, cerró la puerta, me sentó y me dijo: "Señora, éste no fue un accidente. Pusieron una bomba en el auto de su esposo. Su cuerpo ha quedado completamente destrozado, usted no puede verlo". Pero yo insistí. No importa. Yo necesito la autorización para verlo. Hablé con todos los médicos en los pasillos, hablé con las enfermeras, pero imposible. La negativa era constante.

Finalmente una amiga, un médico y una señora, Anne, entendieron lo que yo estaba diciendo. Yo le dije: "Anne, yo necesito despedirme de mi compañero de veinte años. Aunque lo que haya quedado de él sea una mano. Yo necesito tomar esa mano para seguir viviendo. Necesito ver lo que sucedió para aceptarlo." Solamente quería verlo, verlo. Finalmente me hicieron pasar al cuarto. Vi el rostro de Orlando. Su cuerpo informe estaba tapado con una sábana. Indignación, el horror era demasiado, pero lo besé en la frente, le vi los ojos. Me quedé mirando sus ojos. Así nos matan, Orlando. Sus ojos reflejaban asombro. Estaba con los ojos abiertos. Y había asombro y dolor en su mirada. Antes de entrar al cuarto yo le había preguntado a Michael Moffit: "¿Orlando murió instantáneamente?" Él me dijo: "No, Isabel. Yo traté de sacarlo del auto. Él estaba consciente".

* * *

Augusto Pinochet liberó su furia contra Orlando Letelier. Antes de ordenar su muerte, pretendió humillarlo. Que supiera, vivo, sano, del desprecio de su patria.

El siete de septiembre de 1976, el general de ejército y presidente de la república firmó el Decreto Supremo número 588 que privaba de su nacionalidad a Orlando Letelier. Diecinueve días después explotó el automóvil en el que viajaba con Michael y Ronni Moffit.

Entusiastas, avalaron a Pinochet los miembros de la Junta de Gobierno y los ministros. No faltó uno, veinte por todos. El decreto fue expedido por el contralor general, Héctor Humares M. Dios guarde a ustedes, invocó el funcionario. Y firmó.

El *Diario Oficial* de Chile difundió el comunicado al país y enumeró los motivos de la decisión tomada:

—Orlando Letelier del Solar realiza en el extranjero una campaña publicitaria destinada a lograr el aislamiento político, económico y cultural de Chile.

—En el caso concreto de sus actuaciones en Holanda, ha incitado a trabajadores portuarios y transportistas de ese país a declarar un boicot sobre las mercaderías con destino o procedencia chilenas y ha inducido a su gobierno a que entorpezca o impida la inversión de capitales holandeses en Chile.

—La conducta descrita constituye un grave atentado en contra de los intereses del Estado chileno, por cuanto ha tenido y tiene por objeto paralizar el desarrollo de las actividades económicas nacionales, provocando el consiguiente desabastecimiento de la población toda con las dolorosas y graves consecuencias que son fáciles de prever.

—Tan innoble y desleal actitud desvinculan al nacional de la Patria y del Estado, haciéndolo acreedor de la máxima y vergonzosa sanción moral que contempla nuestro ordenamiento jurídico al respecto, cual es la pérdida de la nacionalidad chilena.

* * *

Al abrirse el mes de mayo del 2000 y abrirse el juicio de desafuero contra Pinochet en la Corte Suprema de Chile, muchos vieron la película anticipada de un final inevitable. El general está muy enfermo, pero no está loco, no está demente, dijo varias veces Ricardo Rivadeneira, el abogado del senador vitalicio en entredicho.

En la sala del tribunal, el alegato jurídico pasó a segundo plano. El discurso de Rivadeneira decía a las claras que la fuerza había escapado del cuerpo del inculpado, también de su alma. Había que cuidarlo de los sobresaltos de la vida y los males del tiempo. La estampa era la de un viejo decrepito.

De cabello blanco y cejas oscuras, la frente despejada como signo de inteligencia, afirmó el abogado apenas iniciado su discurso:

No puedo alegar directamente por el senador Pinochet porque, aunque parezca difícil de explicar, yo no he tenido ocasión, salvo en una oportunidad, de saludar al senador Pinochet. No he tenido ninguna oportunidad de conversar con él en relación al tema que aquí en esta sala se está tratando. Yo no he tenido esa oportunidad porque los médicos no autorizan que al general Pinochet se le consulte sobre materias tales que su salud no le permiten afrontar.

Esto es delicado porque la verdad es que la relación entre el abogado y el cliente tiene que ser mucho más directa de la que yo he podido tener. Me habría gustado que el senador Pinochet hubiera estado en condiciones de ser informado directamente por mí sobre las imputaciones que se le formulan y haber recibido de él alguna orientación acerca de cómo quiere ser defendido. Eso no ha sido posible.

El sentido de las palabras iba más allá de las palabras, el adjetivo daba valor al sustantivo, el modo de ser sobrepasaba al ser. Rivadeneira hablaba de un organismo de

vidrio, quebrado. En sus circunstancias a Pinochet no le quedaba horizonte por mirar, vida por vivir.

Enseguida, de cara al presidente del tribunal, insistió el defensor:

En esta sentencia definitiva va a declarar vuestra Señoría Ilustrísima si existen o no elementos de juicio que permitan entender que existan sospechas de que el exjefe de Estado tuvo participación como autor, cómplice y encubridor de estos delitos de tanta gravedad como son los que son materia de auto de procesamiento y delitos por los cuales se está pidiendo su desafuero.

Pues bien, Ilustrísimo Señor, no ha sido posible exponerle al señor Pinochet la naturaleza de estos cargos, por qué se le formulan y qué es lo que él puede expresar, como poder instruir a su defensa para defenderse de una audiencia como ésta.

La invocación al estado de salud de Pinochet para desacreditar o nulificar el proceso apuntó el retrato hablado del dictador, exangüe. En el doble filo se movía el discurso de Rivadeneira. Dijo:

Los órganos del Estado, incluso el Poder Judicial, no sólo deben respetar los derechos humanos, sino promoverlos. La idea básica de estos tratados, Ilustrísimo Señor, es que el debido proceso exige que el inculpado sea oído. Si el inculpado no puede ser oído, no sólo porque esté loco, demente, sino porque está sin conocimiento, porque está enfermo, porque padece una enfermedad particularmente grave, si no puede ser oído, si por razones de salud no puede ser oído, no puede haber debido proceso.

Y enseguida:

Por favor, que no se invoque aquí, Ilustrísimo Señor, porque eso lo sabemos con tristeza, que las cárceles chilenas tienen partes enteras con personas enfermas, viejas, que no pueden ser oídas y que no pueden defenderse, y sin embargo, están presas y están sometidas a proceso. Pero eso no puede invocarse sino como una enorme deficiencia de nuestro sistema procesal penal que por suerte está a punto de ser sustituido por un procedimiento razonable que no lo estamos teniendo en estos momentos.

Reiterativo sin fatiga, volvió al camino caminado. Subrayó:

Nadie ha pensado jamás invocar las condiciones de salud del señor Pinochet para invocar eximentes de responsabilidades. Es un problema concreto: hoy el senador Pinochet no está en condiciones de defenderse. No se está invocando tampoco locura o demencia, porque hay que decir la verdad y es posible que el senador Pinochet no esté loco ni demente, por suerte. No se está invocando eso: se está invocando que sufre otros trastornos de salud que le impiden defenderse.

Al terminar su alegato, el abogado Rivadeneira elogió a un hombre sin relación con la peste de la dictadura:

Creo que [Pinochet] cometió errores políticos en el manejo de los temas de seguridad y organismos de seguridad, pero, con la misma energía, no se me ha pasado a mí jamás por la mente la duda de que puede haber incurrido en responsabilidad penal, que haya participado en hechos sancionables penalmente, juzgables criminalmente ante tribunales del crimen. Jamás he pensado eso, Ilustrísimo Señor. No estamos en presencia de un delincuente, no estamos en presencia de una persona a la cual puedan imputarse hechos penales o participación en delitos como estos de secuestros, desapariciones de personas, ejecuciones ilícitas de prisioneros...

* * *

Pinochet fue desaforado por su brutalidad en el ejercicio del poder. Dios entre los mortales, los mortales terminaron por desnudarlo y exhibirlo. Dueño del poder, no le fueron ajenos los crímenes cometidos en nombre del absolutismo. Juzgó la Corte Suprema, frontal su razonamiento:

Si se considera la regla de la verticalidad del mando y que a la comisión del general Arellano se la dotó de todos los elementos logísticos necesarios para llevar a cabo su cometido y que ante los excesos producidos no hubo ninguna reacción ni sanción a los responsables, debe concluirse que la orden de proceder en la forma que se ejecutó debió haber sido decretada por el propio Comandante en Jefe de la época.

A lo dicho cabe añadir que el general Pinochet tenía un claro concepto de lo que es el mando militar en la forma en que él mismo lo explica en su libro denominado "Política, Politiquería y Demagogia" publicado en 1983. En efecto, allí se expresa textualmente lo siguiente:

"En la vida militar se vive, quizá con mayor claridad formal que en otra parte, en la permanente dinámica de mandar y obedecer. En la organización militar, quien no sabe mandar no sirve. Y quien no sabe obedecer tampoco sirve. Por lo demás y aunque resulta un tanto drástico decirlo así, en la vida la persona que resulta más inútil es aquella que no sabe mandar ni obedecer. Creo que para ejecutar bien el mando es imprescindible haber aprendido a obedecer. Y obedecer en plenitud, en forma comprometida, sin vacilaciones. Es mal jefe, por tanto, quien haya sido mal subalterno".

Los solicitantes de desafuero imputan al entonces Comandante en Jefe del ejército, general Augusto Pinochet Ugarte, hoy senador inculpado, la responsabilidad de "autor inductor" de los hechos delictuales investigados en el proceso tenido a la vista, o sea, le atribuyen la calidad de autor de quien induce directamente a otro u otros a la ejecución de los hechos delictuales.

En doctrina jurídica inducir es lo mismo que instigar o mover a otro a la realización de un hecho ilícito penado por la ley, esto es, crear en el ánimo de otro la voluntad de realizar tal hecho.

A la par de su fracaso en la Corte, Pinochet apostó al futuro y perdió. En sus manos los hilos del poder, se creyó imbatible: mataría y borraría las huellas de los crímenes. Los cadáveres desaparecerían y sin cuerpos no habría delito que perseguir.

No supo que la desaparición de un detenido no prescribe hasta que la víctima vuelve al mundo de los vivos o yace entre los muertos, identificada, reconocida. En la estratagema, Pinochet construyó su propia trampa. Centenares de cadáveres fueron enterrados y dinamitados, arrojados al mar, lanzados a volcanes abiertos, descoyuntados hasta la demencia, triturados sin piedad.

Breve el camino que le quede por recorrer a sus ochenta y cinco años, la luz del general de cinco estrellas y *Super Star* latinoamericano, sigue apagada.

* * *

Ocho años tardó Pinochet en reconstruir La Moneda, bombardeada como un objetivo militar el once de septiembre de 1973. A su arbitrio transformó el palacio centenario en refugio personal.

Dos años y medio trabajó el presidente Allende en una pequeña oficina de cara a la Plaza de la Constitución, permanente el bullicio de la gente. Fue célebre el balcón desde el que arengaba a la multitud, vociferante en favor y en contra.

En el mismo segundo piso de La Moneda, Pinochet se ocultó en una pieza interior. Mira al Patio de los Cañones, así llamado por las dos piezas de artillería que recuerdan la Guerra del Pacífico, a fines del siglo XIX. Diecisiete años, todos los de la dictadura, permaneció cerrado el patio por razones de seguridad.

Pinochet se protegía contra hombres y espectros. Comunicaba a su despacho el Salón de las Camelias y también fue cerrado. Cuentan en La Moneda que las flores blancas conviven con los espíritus, puras como son, sin aroma.

A la derecha de la oficina del general, pequeñas ventanas rectangulares dan a otros espacios que se mantuvieron vacíos. El más conocido es el Patio de los Naranjos, simple la armonía entre los árboles con fruto, la piedra color almendra que los circunda y el agua incesante de una fuente circular.

Pinochet dispuso también la construcción de un elevador que lo llevara a los sótanos de Palacio. Diseñó en su bunker un segundo salón para el Consejo Supremo, idéntico al oficial y formal del que todos tenían noticia. Las mismas veintiún sillas, los mismos micrófonos para el presidente de la república y sus ministros, la misma mesa en vaga forma de sirena.

Fuentes:

Ministerio de Justicia

1991 *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*, Santiago de Chile.

Pinochet Hiriart, Lucía

1996 *Pinochet. Pionero del Mañana*, Zig-Zag, Santiago de Chile.

Soto, Óscar

1999 *El último día de Salvador Allende*, Aguilar, Santiago de Chile.

Subercaseaux, Elizabeth y Raquel Correa

1989 *Ego sum Pinochet*, Zig-Zag, Santiago de Chile.

Verdugo, Patricia

1989 *Los zarpazos del Puma*, Chile América, Santiago de Chile.

Escaneado y Corregido por JCJ